

Amor italiano

Jennie Adams

Amor Italiano

Jennie Adams

2º Hermanas Gable

Amor italiano (2007)
Título Original: **The italian single dad (2007)**
Serie: **2º Hermanas Gable**
Editorial: **Harlequin Ibérica**
Sello / Colección: **Jazmín 2148**
Género: **Contemporáneo**
Protagonistas: **Luchino "Luc" Montichelli y Bella Gable**

Argumento:

Su primer amor… la oportunidad de ambos para encontrar la felicidad.

Bella Gable no quería volver a ver al rico y guapo Luchino Montichelli nunca más. Habían tenido un breve romance en Italia cuando ella no era más que una joven ingenua, pero Bella había descubierto poco después que Luc la había traicionado y eso le había roto el corazón.

Ahora, años después, Luc estaba en Australia con su hija. Aquel hombre que miraba a su pequeña con tanto cariño parecía el mismo del que Bella se había enamorado locamente. Pero, ¿podría confiar tanto en él como para darle una segunda oportunidad?

Prólogo

Arabella Gable, de veinte años, se sentó entre otras dos modelos y esperó a que el avión despegara. Mientras se alejaban cada vez más de Italia, respiró. Su segunda visita a aquel país había terminado y ya tenía depositado en el banco el salario por su actuación como modelo. Ella y sus hermanas podrían beneficiarse de ello. Pero desde aquel momento en adelante sólo iba a trabajar en Australia. No tenía ningún deseo de regresar a Italia. El país era precioso, pero los recuerdos de Luchino, del error que había cometido, eran demasiado fuertes incluso tras casi un año.

—No me puedo creer que lo vieras, Karen —dijo Lareen, una de las modelos que estaba sentada delante de ella—. Estoy tan celosa. Parece ser que ahora viaja por toda Europa. ¿Cómo es que te lo encontraste en Nápoles?

Pero a Bella no le interesaba aquello. Miró por la ventana y deseó estar en casa con sus hermanas, en su agradable piso de Melbourne.

—Sí, ¡vi al «señor Diamante» en persona! No al hermano mayor. ¿Quién lo querría? Pero Luc Montichelli… Oh, sí —Karen se rió tontamente.

—¿El «señor Diamante»? ¿Luc Montichelli?

Bella se quedó sin aliento. ¿Luchino había estado en Nápoles? Había pensado que había estado segura de él, lo había creído en Milán, donde vivía normalmente. Si no, no hubiese ido. Se puso enferma al pensar que se podía haber encontrado con Luchino, con su mujer e hija.

Luchino era una mancha en su vida; nunca más volvería a ser tan crédula con ningún hombre.

—Tengo que decir que no sé si querría tener algo con él —dijo Lareen.

—¿Por qué no? —preguntó Karen.

—Porque creo que debe de ser muy inflexible, cariño —prosiguió Lareen—. He oído que se divorció de su mujer y que obtuvo la custodia de su hija, para luego mandar a la pequeña a un pueblo remoto con la sola compañía de una niñera. Y nunca va a verla. Tienes que admitir que eso implica tener sangre fría.

—¿De verdad? —Karen dio un grito ahogado—. ¿Cuándo se divorciaron?

—No estoy segura, pero han estado separados por lo menos un par de meses —Lareen hizo una pausa—. Ahora él no parece la misma persona. Eso fue lo que me impresionó cuando lo vi. Tiene como una especie de enfado reflejado en los ojos…

Bella se quedó rígida. Se le aceleró el corazón. Apenas podía creer lo que había oído. Le impresionó que el matrimonio de Luc hubiese terminado, aunque quizá debía haberlo esperado. Después de todo, él no había sido precisamente fiel. Pero arrebatar a la niña de los brazos de su madre para luego abandonar a la pequeña era imperdonable. Le desgarró el corazón… porque ella sabía cómo dolía aquello.

—Debe de haberse llevado el bebé para castigar a su esposa o algo parecido —continuó diciendo Lareen, que no se había dado cuenta de lo impresionada que estaba Bella—. Los divorcios pueden llegar a ser horrorosos.

—¿Estás segura de que todo eso es verdad, Lareen? —preguntó Karen, vacilante.

Bella apretó las manos; todavía se sentía muy herida por el rechazo de sus padres hacia sus hermanas y ella hacía dos años. A pesar del engaño de Luchino hacía un año, cuando la había perseguido, ocultándole su matrimonio, una parte de su mente no quería creer que él hubiera abandonado a su hija. No quería creer que nadie hiciera eso.

Pero el enfado que había sentido hacia sus padres durante los últimos dos años comenzó a dirigirse también hacia Luchino. Él la había perseguido, habiendo tenido mujer e hija, y ella se había enamorado perdidamente de él. Cuando apareció su esposa y ella se dio cuenta de que Luc había estado simplemente jugando con ella, se quedó destrozada.

Había aprendido de aquello y había construido una coraza a su alrededor para proteger su corazón. Pero ni aun sabiendo todo aquello podía haberse imaginado que Luc pudiera abandonar a su hija.

—Es cierto —dijo Lareen con una profunda voz—. Mi prima, la que estuvo viajando por Europa, obtuvo un trabajo en ese mismo pueblo. Salió con el chico que repartía comestibles, que le contó todo. Un día que fue a llevar un reparto a la casa donde vivía la niña con la niñera, ésta estaba con una amiga a la que le estaba contando que Luc simplemente se mantenía apartado. Pagaba las facturas, pero no quería saber nada de la pequeña.

Las muchachas comenzaron a hablar de cómo se sentirían si las abandonaran. ¡Como si supieran algo sobre ello!

Con las manos temblorosas, Bella se puso los auriculares para dejar de oír a sus compañeras. Pero ni siquiera oyó la música que ofrecían éstos. Simplemente podía pensar en el asco que le daba aquel hombre, al que había pensado no poder despreciar más…

Capítulo 1

Se acercó al María's, en Melbourne, un minuto antes de que cerraran, en una cálida tarde de verano. Era un hombre mediterráneo, alto, que sobresalía entre los demás.

—Buenas tardes y bienvenido a María's. ¿Puedo ayudarle en algo? —dijo Arabella Gable de manera profesional y educada.

Pero cuando el hombre se volvió hacia ella, una ráfaga de memorias se apoderó de su mente; hacía seis años, aquel hombre había tenido su corazón en sus manos.

Se le hizo un nudo en la garganta mientras la furia, el dolor y la desilusión le recorrían el cuerpo. Se preguntó por qué estaría él allí.

—Cuando te explique lo que ocurre, no te va a quedar más remedio que ayudarme.

El profundo acento italiano de Luc provocó que Bella se estremeciera…

—Luchino —susurró ella, que lo había creído fuera de su vida para siempre.

Lo miró como lo había hecho en Milán hacía tantos años; analizó su oscuro pelo, sus ojos marrón chocolate y aquella boca hecha para seducir. Luchino Montichelli desprendía sensualidad y poder.

—Sí, soy Luc, el único e irremplazable. Ha pasado mucho tiempo, Arabella —dijo, analizándola con la mirada—. Parece que los años te han favorecido.

A Bella le dio un vuelco el corazón y se preguntó cómo se atrevía él a mirarla de aquella manera. Nerviosa, se pasó una mano por su rubio moño.

—A ti también te han favorecido —admitió—. Tienes… buen aspecto.

Entonces recordó que él le había arrebatado su hija a su madre, para después abandonarla.

—¿Qué haces aquí, Luchino? ¿Cómo puedo ayudarte?

—Nunca planeé volverte a ver, Arabella —Luc esbozó una dura mueca—. Te aseguro que preferiría no estar aquí.

—¿Preferirías no verme? Me temo que el sentimiento es mutuo —espetó ella.

Pero entonces vio reflejada en los ojos de Luc una dulce expresión y recordó algo que había parecido muy especial y correcto. Una leve vulnerabilidad se apoderó de ella. ¡Pero todo aquello era una ilusión!

—Estoy a punto de cerrar la tienda, así que sea lo que sea a por lo que has venido…

María, su jefa, la mataría por tratar de echar a un cliente, pero ella estaba fuera y Luc no estaba allí en calidad de cliente.

—Cierra la tienda —Luc señaló hacia la puerta principal—. Mejor aún, dame la llave y yo lo haré por ti mientras tú haces caja. Lo que te tengo que decir es mejor que te lo diga en privado.

—¡Qué sabrás tú de hacer caja!

Pero la familia de él era propietaria de joyerías a lo largo de toda Europa y otras partes del mundo. Y seguro que seguían el mismo procedimiento de hacer caja.

—De todas maneras, no sé si quiero hablar contigo a solas. Por si se te ha olvidado, no quedamos precisamente como amigos.

—No me he olvidado de nada —dijo él, mirándola—. Tengo una tienda a un par de manzanas de aquí —entonces dirigió la mirada hacia la ropa de la tienda—. Creo que sé cómo asegurar este lugar.

Bella sabía que una tienda de Diamantes Montichelli había abierto hacía dos semanas cerca de allí, pero lo había apartado de su mente.

—Pensaba que la tienda era una filial de la tienda de Sidney y que habría un gerente local. Pensaba que tú te dedicabas al diseño.

Cada vez que las hermanas de Bella habían sufrido durante los últimos años, ella había encontrado un nexo con Luchino, ya que él también había abandonado a su hija. Con ella misma había jugado, engañándola y divirtiéndose a su costa.

—¿Ahora te encargas de la administración? ¿Estás aquí para dejarlo todo preparado y después dejar la tienda a cargo de alguien? La tienda de Sidney tiene un encargado local…

Bella deseó que así fuera y que Luchino se fuese a marchar.

—Ya no trabajo con mi familia. Diamantes Montichelli es mi tienda, una entidad separada de todas las demás. Quizá comparta el nombre familiar, pero la tienda tendrá éxito por mi trabajo, por mis diseños y por mi reputación.

Luc esbozó una dolorosa expresión y bajó la mirada.

—Tengo muchas funciones que desempeñar aquí… propietario, diseñador jefe, encargado, vendedor. Haré todo lo que se necesite hacer. Estoy aquí para quedarme.

Luchino, tomando la llave de la puerta principal, se dirigió a cerrar.

—Termina lo que estuvieras haciendo, Arabella, para que así podamos hablar.

—Me marcho en un minuto —dijo Bella, tratando de controlar el temblor de sus manos mientras vaciaba la caja registradora.

Luc miró entonces los maniquíes vestidos con ropas que ella

había diseñado, y Bella, a pesar de su enfado, contuvo la respiración, esperando a ver cuál era el veredicto de él.

—Eres una mujer de talentos ocultos, Arabella. Son buenos. Por lo menos tu destreza con los diseños y con las creaciones deja claro que hay una posibilidad de que arregles el lío que has creado.

—¿Lío? ¿Qué lío?

—Has pasado de modelar a obligar a mujeres de mediana edad a gastarse enormes cantidades de dinero en negocios que no tienen garantía de éxito. Debes de estar muy orgullosa de ti misma.

—Modelé para poder poner dinero sobre la mesa para mis her… —se detuvo al darse cuenta de que estaba tratando de explicarse ante él—. ¿Qué quieres decir? Yo no he obligado a nadie y, de todas maneras, ¿qué tiene eso que ver contigo?

Bella había conseguido un contrato con María Rocco, por el cual llevaba a la tienda de ésta en exclusiva sus diseños durante un plazo de cinco años.

—María Rocco es mi tía —dijo Luchino—. Y eso hace que esto sea también mi negocio.

Bella se quedó impresionada. María era milanesa, pero había vivido en Australia durante casi toda su vida adulta.

—María es una Rocco, no una Montichelli, y ella misma me dijo que no tenía familia.

—Mi tía se marchó de Milán, dejó a la familia y se cambió el apellido hace mucho tiempo. Sin duda, ella consideraba que estaba sola —dijo él, enfadado—. Estoy seguro de que pensaste que eso era una ventaja cuando decidiste robarle una gran cantidad de dinero.

—¡Yo no hice eso! ¿Cómo sabes siquiera nada del acuerdo que hice con ella?

Pero estaba claro que él sabía algo. Bella observó cómo Luc se llevaba una mano al pecho, como para asegurarse de que todavía tenía algo en el bolsillo de la camisa. ¿Quizá una foto?

—Le dije a mi nuevo asesor de negocios que quería conocer a María. Él había oído que María tenía una protegida. Cuando mencionó tu nombre, le pedí que averiguara detalles sobre ti.

—Eso es una invasión de la privacidad de María, ¡y de la mía!

—Ha sido una intervención muy oportuna. Aunque estemos distanciados, no voy a dejar que María tenga problemas financieros por tu culpa. De alguna manera la forzaste a que te contratara para trabajar diseñando para ella, a un precio astronómico y sin ninguna garantía de que los vestidos se venderían.

Bella frunció el ceño. No era un acuerdo injusto, porque María sabía que su objetivo era que ambas tuvieran éxito.

—En realidad es un acuerdo, no un contrato —aclaró ella, que no había querido pagar a un abogado.

Henry Montbank, antiguo jefe de Chrissy, le había ayudado a realizar el acuerdo sin lagunas.

—Es un robo disfrazado de acuerdo de negocios.

—¿Me estás llamando ladrona? ¿Cómo… te atreves? Has investigado mi vida a mis espaldas, como si tuvieras todo el derecho a hacerlo. ¿Qué has averiguado de mis hermanas y de mí? ¿Hasta dónde has excavado, exponiéndonos…?

—He investigado tus finanzas, Arabella, el trabajo que has realizado en los años desde la última vez que te vi. Y me enteré de todo sobre el acuerdo al que llegaste con mi tía. No me voy a disculpar por ello —dijo, con una dura expresión reflejada en los ojos.

Entonces prosiguió hablando.

—Pretendo reclamar a María como tía mía —dijo Luc, suavizando un poco su expresión—. Es de la familia y… si es posible, quiero tener ese vínculo con ella. Hubiera quedado para verla antes si no hubiera estado fuera de la ciudad.

Aquel amor por la familia, teniendo en cuenta su historial, era extraño.

—A pesar de lo que dices, no debes de haber investigado muy bien, Luchino, porque María no está en peligro financiero por culpa mía.

—Al contrario; la adquisición de tu colección casi la deja en bancarrota.

—Tu tía es muy rica, Luchino. Tiene un ático en la mejor zona de la ciudad, conduce el último modelo de coche deportivo y se marcha de vacaciones al extranjero frecuentemente. No dudó en acceder a mis condiciones y puede mantenerse seguir adelante hasta que mis modelos reporten beneficios.

—María se ha gastado más de lo que debía durante años. El ático es alquilado, así como el coche, y todos esos viajes le han hecho estar en deuda. No estaba en condiciones de meterse en una aventura especulativa como la tuya.

—Mis vestidos se venderán. María ha hecho una buena inversión y pretendo probarlo.

A Bella le dio un vuelco el estómago. No le había preguntado a María su situación económica, simplemente la había asumido por lo que había tenido delante de ella. Pero si realmente María no tenía dinero…

—No puedo fallar —afirmó severamente.

La palabra fracaso ya no era una opción para ella. No lo era desde que sus padres habían abandonado a Chrissy, a Sophia y a ella.

—A medida que vaya creando una cartera de clientes, se venderán más vestidos y María recibirá un gran beneficio por la inversión que hizo.

Pero nada de eso funcionaría si María entraba en bancarrota…

—Voy a telefonear a María para averiguar cómo están las cosas.

María podía disipar el miedo que se estaba apoderando de Bella. Todo estaría bien de nuevo, salvo por la intención de Luc de ser parte de la vida de su tía, lo que provocaría que tuviera contacto con Bella.

—No puedo permitir que telefonees a mi tía. No quiero que sepa que compré… que la investigué. Quiero una oportunidad de poder conocerla sin que se interpongan asuntos comerciales.

Bella sintió la necesidad de hablar con sus hermanas, de oír sus voces para que la reconfortaran, pero si les telefoneaba, hablaría demasiado. Y sabía que no debía hacerlo. Ellas sabían que había tenido un problema en Milán con un hombre, pero no les había contado los detalles de aquella devastadora experiencia. Ella sólo había tenido diecinueve años por aquel entonces…

—La prevaricación es una pérdida de tiempo, Arabella. El acuerdo te favorece. María tiene problemas financieros porque tú ejerciste presión para conseguir diseñar tus vestidos. Conocieras sus problemas económicos o no, tus exigencias eran inaceptables y espero ver que lo remedias. Estos son los hechos. Ahora, te voy a dar dos opciones para reparar el daño.

La expresión de la cara de Luc se endureció mientras se quedaba mirando a Bella.

—La primera opción es que pagues cada céntimo de lo que ella te ha prestado y que entonces te marches.

—Esto no es sólo cuestión de dinero, Luchino. María ha accedido a lanzar mi marca, mi nombre. Si pidiera un préstamo para pagar lo que ella me dio, no podría restablecerme en otra parte. Ya no tengo dinero. Lo he invertido en tejidos e ideas para nuevos vestidos.

—Supongo que eso nos lleva a la segunda opción —dijo él, dando un paso adelante.

—¿Oh? ¿Y cuál es? —preguntó Bella, tratando de no pensar en lo cerca que estaban el uno del otro, tratando de no sentirse intimidada ni confundida.

—Es bastante simple, Arabella. Tienes que asegurarte de que cada vestido que mi tía te compró se venda rápido y a buen precio.

—Claro. Haré que eso ocurra —dijo, pensando que buscaría una madrina en las páginas amarillas para que agitara su varita mágica por ella—. La rapidez no es el ingrediente principal en mi plan de trabajo. María lo sabía. Es por lo que estuvimos de acuerdo en un plazo de cinco años.

—Esos cinco años ya no son válidos. Debes salir y atraer clientes de las altas esferas para vender hasta el último de esos vestidos… y rápido.

—Siento decepcionarte, Luchino, pero no tengo acceso a ese tipo de gente.

—Estando a mi lado, se te abrirán esas puertas —dijo él, esbozando una nefasta sonrisa—. Te pasearás entre ellos hasta que las finanzas de María se arreglen. Me pegaré a ti para conseguirlo.

—No. Ni siquiera sé si estás diciendo la verdad.

Bella se enfureció; todo el enfado que había guardado en su alma explotó.

—Después de todo, esconder la verdad es lo que haces, ¿verdad, Luchino? Fingiste no tener esposa. Dime, ¿te dolió perderla? ¿O simplemente te alegraste de librarte de ella para así continuar con tus romances sin que te pesara la conciencia?

Capítulo 2

Me sorprende que sepas lo de mi divorcio —dijo Luc sin poder apartar su vista de Arabella.

Le enfureció el renacer de la vieja atracción hacia ella. Bella era tan mala como Natalie, decidida a conseguir lo que quería fuese como fuese, y él no se iba a dejar embaucar por segunda vez. Pero no entendía aquel repentino interés que se había despertado en él por Arabella.

Acarició de nuevo la foto de su hija que llevaba en el pecho, y la culpabilidad se apoderó de él.

—Hace cinco años fui a Italia para un pase de modelos —dijo Bella, deseando que fuera él el que regresara a Italia en aquel mismo momento… pero para quedarse—. Alguien habló de ti. Yo no fui tratando de sacar información, créeme.

—Desafortunadamente, Bella mía, ya no confío en nadie y, desde luego, tampoco en ti.

La capacidad de confiar en las personas le había sido arrebatada a Luc irrevocablemente, y no una, sino tres veces. Por Bella, por su hermano y por su ex esposa.

Quizá Bella, con aquel maravilloso pelo rubio ceniza y aquellos ojos marrones, no sintiera ningún remordimiento. Su ex esposa no lo había sentido. Y ante las preguntas de Luc, su hermano tampoco lo había mostrado.

Luc se dijo a sí mismo que no debía permitir que la amargura del pasado interfiriera en su nueva vida. Había elegido ir a Australia deliberadamente. Por… su hija. Por Grace. Para empezar de nuevo en un lugar donde la traición pudiera ser, si no olvidada, por lo menos apartada a un lado. Había elegido Melbourne porque quería conocer a la escurridiza tía de la que su familia siempre había hablado susurrando.

—Tengo aparcado el coche a unas pocas manzanas. Las pruebas de la situación de María están en él —gruñó Luc, luchando contra los recuerdos de Arabella que todavía le conmovían, aún sabiendo que eran falsos. Se dirigió hacia la puerta principal—. Marchémonos.

—Estoy más que preparada para ver esas pruebas —Bella salió de la tienda y cerró la puerta, activando la alarma—. Cuanto antes terminemos con esto, mejor.

—Estoy de acuerdo —concedió él, tomándola por el brazo y dirigiéndola hacia su coche—. Pero esto es sólo el principio.

Cuando llegaron al coche de Luc, éste lo abrió con el mando a distancia.

—Bien. Enséñame los documentos.

Luc sacó su maletín del coche.

—El restaurante Brique's estará tranquilo. Está aquí al lado. Miraremos juntos los documentos.

—¿Por qué no los miramos aquí? ¿Y qué ocurre si quiero comprobar que esos documentos son auténticos?

—Si necesitas comprobarlo una vez los hayas mirado, puedes quedártelos. Tengo copias —entonces señaló hacia el coche—. Si prefieres sentarte en medio de esta calle tan ajetreada…

—Supongo que será mejor ir a Brique's.

Cuando entraron al restaurante, Luc pidió bebidas y un plato de queso y fruta.

—Está bien, ahora estamos en un entorno civilizado —dijo Bella, bebiendo un sorbo de agua.

—Me gustan las cosas buenas. No me avergüenzo de ello.

—Mmm, quizá no sea Pont l'Eveque, pero está igual de bueno —dijo, probando el queso.

Luc abrió su cartera, tratando de desviar su atención del movimiento de la boca de Bella, y sacó los documentos para que ella los viera.

Bella leyó algunos de ellos durante un par de minutos en silencio. Entonces lo miró, frunciendo el ceño.

—¿Dijiste que tu asesor financiero obtuvo esto?

—Son auténticos, Arabella. La información nos ha llegado de una respetable empresa de investigación. Como puedes ver, la compra de tus vestidos por parte de María fue una operación financiera más que arriesgada para ella.

Indicó el papel que había adjunto al documento.

—Si quieres, puedes telefonear a la empresa ahora mismo. Te confirmarán todo lo que has leído.

—No puede ser verdad —susurró Bella, comenzando a revisar de nuevo los documentos—. Pero es cierto, ¿no es así? María se ha excedido de tal manera que es difícil que pueda recuperarse, y se ha llevado con ella mis vestidos y el comienzo de mi reputación como diseñadora. Debería haber comprobado su situación financiera, no debería simplemente haberla asumido.

A Bella le faltó el aire.

—Estamos las dos arruinadas. No veo cómo siquiera ella puede esperar recuperarse económicamente, por no hablar de que mis vestidos sean un éxito. Mi plan de cinco años se ha terminado antes siquiera de que comenzara.

—Lágrimas de cocodrilo, querida mía —dijo Luc, que no se creía

su pesar.

—No puedo comprar los vestidos —dijo Bella, mirando sus manos—. Ya tengo… ya tengo suficientes problemas ahora mismo.

—Aun así no te importó que fuera María la que los tuviera.

—Sabía que funcionaría con el tiempo —explicó ella, con el desasosiego reflejado en la mirada—. Quizá debería haber establecido una cláusula de escape para María. No pensé en ello.

—Simplemente pensaste en usar a María y, si las cosas no marchaban bien, marcharte sin ninguna responsabilidad. ¿Crees que voy a quedarme de brazos cruzados y dejar el futuro del negocio de mi tía en tus manos ahora que sé lo que has hecho, Arabella?

—Si María hubiese sido tan rica como yo creía…

Bella se levantó y tomó su bolso.

—Trabajarás conmigo hasta que arreglemos las cosas, Arabella —decretó Luchino—. Llevarás puestos tus vestidos en las recepciones más importantes de Melbourne, en el teatro, en la opera, en las fiestas… en cualquier lugar en el que tus posibles clientes se reúnan.

—Una cosa es que me ponga un vestido bonito y vaya al teatro con mis hermanas —dijo Bella, a la que le encantaba hacerlo con ellas y con el marido de la embarazadísima Chrissy—. Pero tú no puedes decidir las cosas y decir que tengo que hacerlas. Y de todas maneras, ¿por qué querrías estar conmigo?

—Puedo decidir y hacer que lo hagas. No quiero estar contigo. Simplemente quiero comprobar que cumples mis exigencias. No quiero que mi tía sufra por tu culpa —dijo Luc, rozándole el brazo a Bella mientras abandonaban el restaurante—. Quiero que hagas todo lo necesario para que esto funcione, y quiero que lo hagas discretamente.

—Sin decírselo a María —dijo Bella, que quería hablar con ella —. ¿Y si insisto en hablar con ella?

Luc simplemente continuó andando y la miró a los ojos.

—Si no cumples con alguno de mis requisitos, tomaré represalias y arruinaré tu reputación como diseñadora. No podrás volver a trabajar en ese campo nunca más.

—¿Harías eso? —preguntó ella.

Se respondió a sí misma al ver el enfado que reflejaban los oscuros ojos de Luc.

—No lo dudes, Arabella —dijo él, aminorando el paso.

La angustia se apoderó de su cara.

—¿Luchino? ¿Qué…?

Parecía que él no la estaba escuchando. Bella siguió con la

mirada lo que estaba mirando él y vio que estaban cerca de su coche de nuevo. Y vio… a una niña pequeña y a una señora de mediana edad al lado del coche. Una niña de pelo rizado y negro con piel aceitunada.

¿La hija de Luc?

¿Allí? ¿Con él? ¿Por qué? Bella trató de comprender, pero todo lo que vio fue a una niña asustada que se aferraba a aquella señora al ver que Luchino se acercaba.

Era la misma expresión que sus hermanas habían tenido reflejada en la cara una y otra vez hasta que ella hubo logrado darles estabilidad y una nueva vida tras el abandono de sus padres. Ella le había dado a sus hermanas todo el amor que sus padres se habían negado a darles…

—¿Papá? —la pequeña dio unos pasos hacia delante lentamente —. Has estado fuera mucho tiempo. La nana Heather tenía miedo de que no regresaras.

—Grace —murmuró Luc, como si le doliera decir aquel nombre.

La emoción se palpaba en el ambiente.

—Acepto tus condiciones —espetó Bella, que sabía que no tenía otra opción—. Trabajaré para vender mis vestidos lo antes posible. Asistiré a los eventos sociales contigo hasta que la situación económica de María mejore, y entonces lo haré sin ti.

—Una elección acertada.

—Me tengo que marchar, o si no perderé el tranvía. Es… es por allí —dijo, señalando al azar una dirección—. Estaré en contacto sobre nuestro… acuerdo.

—No tienes mi número —dijo Luchino, sacando una tarjeta de su bolsillo y dándosela.

—Está bien. Ahora ya lo tengo. Adiós —dijo Bella, marchándose de allí a toda prisa.

Capítulo 3

Cuando Bella llegó a su piso, trató de mantener sus emociones bajo control, pero habían pasado demasiadas cosas muy rápido y no sabía cómo comenzar a asimilarlo.

—Estoy en casa —dijo en alto al entrar.

Su hermana Soph salió a recibirla.

—Hola. ¿Qué te parece este color de pelo? Se supone que me lo tengo que enjuagar, pero parece bastante… —Soph dejó de hablar —. Parece que hayas visto un fantasma.

—Sí —Bella se rió, pero se contuvo de seguir haciéndolo, ya que rozaba la histeria—. He visto un fantasma. Y si no hago lo que él quiere, me va a arrebatar el sueño de mi vida.

Soph se quedó mirando a su hermana y tomó el teléfono inalámbrico, telefoneando con marcación rápida.

—¿Puedes venir? Me parece que tenemos que celebrar una asamblea familiar.

—Estoy bien, Sophia. No tienes que preocuparte por nada —dijo Bella.

Pero era demasiado tarde. Soph ya había telefoneado, y la hermana de ambas no tardó en llegar.

Chrissy llegó mientras Bella estaba tratando de aclararse las ideas. Sus dos hermanas se quedaron mirándola, y Bella supo que tendría que explicarles qué ocurría.

—Hoy he visto a Luchino Montichelli. Su hija estaba con él. No exactamente con él, pero estaba allí, esperando en el coche cuando regresamos a él, con una niñera a su lado.

—¿Ha vuelto a hacerse cargo de la niña? —preguntó Soph, cuyo tono de voz dejaba claro que aquello le parecía incomprensible—. ¿No habías dicho que la había abandonado tras su divorcio?

—A mí también me cuesta creerlo y no tengo ni idea de si la niña está permanentemente con él o no.

—Me pregunto si ahora quiere a la pequeña —dijo Chrissy, acariciándose la barriga—. Porque un niño necesita que lo quieran, y si los padres no pueden hacerlo, no tienen derecho ni a estar cerca de ellos.

—Tú quieres a tu bebé muchísimo. Todos lo hacemos. Tengo muchísimas ganas de ser tía —dijo Soph, abrazando a su hermana por los hombros.

Entonces Bella les explicó la amenaza a la que estaba sometida.

—¿Qué vas a hacer, Bella? —preguntó Chrissy—. No puedes aceptar este ultimátum. Tendrías que verlo constantemente y soportar que considere que eres una avariciosa y que utilizaste a

María.

—Creo que no tengo otra opción —dijo Bella, que comenzó a dar vueltas por la habitación.

—Nate y yo podemos comprar tus vestidos para que así le devuelvas el dinero a María. Te podemos ayudar a establecerte por tu cuenta, Bella, para que comiences de nuevo. Con tu propia tienda, en cualquier lugar. Estoy segura de que Nate lo verá como una inversión a largo plazo.

—O eso, o las tres pedimos préstamos al banco para así poder arreglar el problema —dijo Soph.

—Eso quizá le permita a Bella pagar a María —dijo Chrissy—. Pero no creo que consigamos suficiente dinero para que se pueda establecer en una tienda nueva.

—Creo que tienes razón —dijo Soph, soplando un mechón de su pelo rosa—. Supongo que entonces tiene que ayudarnos Nate —miró a Bella—. Sé que no tuvisteis un buen comienzo cuando él dejó embarazada a Chrissy y todo eso, ¡pero mira qué bien han salido las cosas! De todas maneras él ayudará, y lo más importante es que no queremos que te acerques al mal nacido que te hizo daño cuando estuviste en Milán.

—Uno de los mal nacidos. Recuerda que el encargado del espectáculo también llevó a Bella a su habitación aquella última noche —recordó Chrissy.

—Debiste habernos dicho toda la verdad cuando regresaste de aquel viaje —dijo Soph.

Bella se puso de pie en medio de sus hermanas. Aquello le dolía. Las quería. Querían ayudarla, pero no podía permitir que lo hicieran.

—¿Nos has contado toda la verdad ahora, Bella? —exigió saber Chrissy.

—Sí, eso es todo. Sé que podía haberos contado mucho más de lo que ocurrió en Milán en su momento, pero quería tratar de olvidarlo.

Bella respiró profundamente.

—Aprecio tu oferta para ayudarme, Chrissy, pero no estaría bien que Nate y tú comprometierais tanto dinero.

Al considerar la situación en la que estaba, Bella dudó.

—Ahora mismo me pregunto si hice bien en abandonar la profesión de modelo. Es cierto que no era el trabajo de mis sueños, pero quizá no tuve en cuenta todos los riesgos de la rama de los diseñadores. Simplemente porque os haya hecho toda la ropa durante años…

—Has hecho los conjuntos más impresionantes con un presupuesto muy pequeño. Tienes talento, Bella —insistió Chrissy.

—Tampoco puedo consentir que Soph y tú pidáis prestamos para ayudarme, aunque aprecio ambas ideas muchísimo.

—Pero tienes que salir de la situación en la que te encuentras —dijo Soph.

—No. Luchino ha dicho que no tengo otra opción, y tiene razón. Tengo que vender los vestidos rápidamente. Si trabajar con él es la única manera de conseguirlo… Tendré que soportarlo.

—Solucionaría el problema —Chrissy asintió con la cabeza a regañadientes—. Siempre y cuando no trate de sobrepasarse del acuerdo de negocios, tratando de hacerlo más personal —entonces miró a Bella, indagadora—. ¿Es probable que ocurra eso?

—No, pues él piensa que soy una avariciosa y yo sé lo que es capaz de hacer. La desconfianza por ambas partes no es el germen de cultivo de ninguna relación personal.

Negándose a pensar en la química que había habido entre Luchino y ella, Bella abrazó primero a Soph y después a Chrissy.

—Gracias por hablar conmigo y por ofreceros a ayudarme.

—¿Y qué… qué pasa con su hija? —preguntó Soph, tratando de ocultar su vulnerabilidad ante aquello—. Quizá deberíamos enterarnos de cómo la está tratando.

—Oh, Soph —dijo Bella, a quien en realidad también le preocupaba—. Me enteraré de ello.

Bella tenía que afrontar aquella situación, escondiendo sus sentimientos bajo la barrera que había creado alrededor de su corazón.

—Puedo hacerlo. Funcionará. Me cuidaré y me aseguraré de no salir herida.

—Si la situación se te escapa de las manos, nos dejarás que te saquemos de allí —sentenció Chrissy.

Bella asintió con la cabeza a regañadientes, aunque en realidad no tenía ninguna intención de permitir que sus hermanas ni su cuñado le dieran tanto dinero.

—Está bien, entonces supongo que ya está todo claro. Les quiero enseñar a Danni y a Michelle este color de pelo —dijo Soph, dirigiéndose hacia su habitación—. Será mejor que vaya a ver qué me puedo poner esta noche.

Una vez que sus dos hermanas se hubieron ido, Chrissy a la casa en la que vivía con Nate Barrett y Sophia a un club con sus amigas, Bella tomó la tarjeta que le había dado Luchino y telefoneó al número que aparecía en ella.

—Montichelli.

Simplemente con oír su voz por teléfono se ponía nerviosa.

—Quiero un itinerario de los actos sociales a los que voy a tener que asistir contigo para así poder preparar qué ponerme en cada ocasión —dijo sin molestarse en saludar—. No le diré nada a tu tía por el momento, pero quiero que quede claro que no me gusta el engaño. ¿Cuándo vamos a asistir al primer acto social?

—Mañana por la tarde —dijo Luc, nombrándole los anfitriones y el lugar en el que vivían—. Son un matrimonio propietario de un complejo de campos de golf que se extiende por todo el país. Pasaré a buscarte a las siete.

—También me gustaría saber cómo le vas a explicar estas salidas a tu tía…

Bella dejó de hablar al darse cuenta de que Luc había colgado el teléfono.



La noche siguiente, mientras se daba los últimos toques de maquillaje, Bella recordó la conversación telefónica que habían tenido. O mejor dicho, pensó en lo que debería haber preguntado pero no hubo tenido ocasión. Era sábado. Deseó que pasara un año y que Luchino Montichelli fuese de nuevo un recuerdo lejano.

Soph se acercó a la puerta del cuarto de baño con el secador en la mano; el color rosa de su pelo había desaparecido al lavarlo.

—Puedes cambiar de idea, Bella. Luchino Montichelli no tiene ningún derecho a obligarte a hacer esto.

—Está preocupado por su tía —dijo Bella, que realmente creía que así era.

—Y tú vas a ver qué pasa con su hija —al decir aquello, Soph se relajó un poco.

—Sí, haré lo que pueda. Y Soph, no tengo otro interés que el comercial en estar cerca de Luchino.

—Si tú lo dices —dijo Soph, que no parecía convencida—. A Chrissy y a mí sigue sin gustarnos que este hombre insista en que salgas con él alegando que es por negocios. ¿Qué ocurriría si trata de seducirte de nuevo? —preguntó, preocupada—. No queremos que te haga daño.

—No permitiré que eso ocurra y, de todas maneras, Chrissy y tú deberíais preocuparos de vuestros propios problemas, no de los míos. No debería haberos contado todo.

Entonces se miró en el espejo para comprobar cómo estaba, se arregló el vestido azul oscuro que llevaba y apresuró a Soph a ir al

salón.

—Sólo son negocios, Soph. Todo lo que tengo que hacer es tratar el asunto como tal.

Se oyeron pisadas fuera de la casa, seguidas por un fuerte golpe en la puerta.

—Déjame esto a mí —advirtió Bella a su hermana, dirigiéndose a abrir la puerta.

Cuando vio a Luchino Montichelli allí de pie, vestido con un elegante traje, tuvo que tomar aire.

—Hola, Luchino. Estoy preparada para salir.

—Buenas noches, Arabella. ¿No me vas a presentar? —Luc miró sobre el hombro de ella y se adentró en el pequeño salón del piso.

Al pasar a su lado, Bella pudo oler su perfume… y le gustó mucho.

—¿Bella? —Soph miró a Bella con el ceño fruncido.

Aquello distrajo a Bella de su… sorpresa, o lo que fuera.

—Sophia, éste es Luchino. Luchino, mi hermana, Sophia.

No quería extenderse con las presentaciones ni darle a su hermana la posibilidad de comenzar con un interrogatorio que sólo haría que perdieran tiempo.

—Marchémonos —dijo. Quería a Luchino fuera de su casa, así como terminar cuanto antes con aquello—. Tenemos que discutir algunos asuntos mientras nos dirigimos a la cena. Terminaste nuestra conversación telefónica sin permitirme que te preguntara lo que quería.

—¿Tantas ganas tienes de estar en mi compañía, Arabella? —dijo él, examinándola con la mirada. Ésta le traicionó mostrando el interés que tenía en ella—. Estás… bien.

—Gracias. Yo, hum… —dijo Bella, que tenía que tratar de recomponerse—. No tengo ganas de estar contigo. Es simplemente que hay algunas cosas que hay que soportar, y cuanto antes, mejor. Como cuando tienes que tragarte una medicina que sabe muy mal.

—¿Ese es el concepto que tienes de nuestra noche?

—Es el concepto que tengo de toda esta historia, hasta que por fin termine —dijo ella, dejando de mirarlo y abriendo la puerta del apartamento—. Si hemos terminado con la charla, quizá deberíamos marcharnos.

—La noche nos espera —dijo Luc, dirigiéndose hacia la puerta. Entonces miró a Soph—. Encantado de conocerte. Quizá otro día tengamos la oportunidad de hablar más.

—¡Ya veremos! —dijo Soph con el secador en la mano.

—Estamos bien, Sophia. Simplemente eran un par de cosas que

necesitaban airearse. Lo siento si te hemos dejado apartada de la conversación —dijo Bella al percatarse de que habían ignorado a su hermana.

Entonces se marcharon y se montaron en el coche de Luc.

—Tu hermana parece agradable —observó él—. Quizá un poco protectora.

¡Bella comprendió que Luc también se había percatado del secador que sujetaba su hermana!

—Soph es peluquera —dijo ella, como si con ello explicase algo.

Pero aquél no era el asunto. Ella tenía preguntas que hacer y quería respuestas.

—Todavía no me has dicho cómo se supone que le vamos a explicar todo esto a tu tía —Bella quería saber lo que él pensaba y estaba planeando—. Me refiero a que ambos trabajemos juntos para vender mis vestidos. Si comenzamos a tener la fama que tú esperas, ¿no se preguntará María por qué hemos acudido juntos a esos actos sociales?

—Podemos resolver ese problema —dijo él, sacándose unos papeles del bolsillo de su camisa y dándoselos a ella mientras esperaba a que un semáforo se pusiera en verde—. Este es el itinerario a seguir. Te informaré de cualquier cambio o nuevo acto al que tengamos que acudir.

—A primera vista parece… aceptable —dijo Bella, que reconoció algunos de los nombres de la lista y sabía que de otra manera nunca se habría acercado a aquellas personas.

Pero mientras metía la lista en su bolso, pensó que no tenía que sentirse agradecida.

—No has contestado a mi pregunta.

—Le diremos a mi tía toda la verdad que nos sea posible. Nos conocimos hace algunos años en Milán. Cuando regresé a Australia, volvimos a establecer contacto y ahora nos divertimos saliendo juntos.

—¿Quieres que actuemos como si estuviéramos saliendo? —preguntó, impresionada.

—Ahorrará muchas preguntas difíciles. Creo que podemos lograr la imagen de dos personas que están muy interesadas la una en la otra. ¿No crees?

—Simplemente porque una vez tuvimos un breve romance… —dijo ella, furiosa ante aquel descaro—. No podemos fingir ser amantes.

En ese momento el semáforo se puso en verde, y Luc continuó conduciendo.

—No recuerdo haber utilizado el término «amantes», pero necesitamos una razón para que se nos vea juntos en público. ¿Es un problema tan grande para ti, Arabella? Si mantiene contenta a María y tú vendes tus vestidos…

—Deberías decirle la verdad.

—Es mi familia. No permitiré que le pase nada. Ya he dado algunos pasos… —dejó de hablar.

Pero ya era demasiado tarde. Bella recordaba lo que él había dicho en otra ocasión sobre que había comprado algo para su tía…

—Has pagado sus deudas, ¿no es así? Pero si has hecho eso, ¿por qué molestarte conmigo sobre ello? Ya está arreglado, ¿verdad?

—Excepto por el hecho de que tú eres responsable de devolver todo ese dinero por tus vestidos, ¡y pretendo ser testigo de que lo haces! De todas maneras, ¿cómo lo has adivinado? Yo no te lo he dicho.

Luc agarró con fuerza el volante, y Bella recordó cómo esos mismos dedos le habían acariciado la barbilla, sujetándola, habiéndose preparado para besarla…

—¿Cuánto ha sido, Luchino? ¿Cuáles son las condiciones? ¿Cuánto dinero te debe María?

—No importa cómo lo hice, o cuánto pagué. No podía dejarla colgada de esa manera, así que… dispuse algunas cosas.

—A mí me importa. Yo le vendí mi colección a María, no a ti. No quiero estar atada económicamente a ti.

—¿Ah, no? Bueno, acabas de darme una razón para contestarte —dijo Luc, enfadado—. Pagué las deudas de María y dispuse que ella fuera pagando en pequeñas cuotas con poco interés y a largo plazo. Por lo que a ella respecta, es un gesto filantrópico de alguien que simplemente desea ser parte de la industria de la moda, que tiene mucho dinero y que es lo suficientemente excéntrico como para hacer eso por propio placer. Creo que ahora eres mía, Arabella. Acostúmbrate a ello.

Aunque Bella había supuesto que la verdad iba a ser desagradable, oír aquello hizo que se le formara un nudo en el estómago.

—Cuando María esté preparada para ello, le diré toda la verdad —dijo él, mirando a Bella para advertirla—. Hasta entonces, no le dirás nada de esto.

—Has hecho que sea imposible que yo hable con ella —dijo Bella, echando chispas—. ¡Como bien sabes!

—A mí lo que me importa es el bienestar de María —entonces cambió de asunto—. Nunca hablaste de tu familia cuando estuvimos

juntos en Milán, pero aun así veo que debes tener una buena relación con tus hermanas. Hay una pared llena de fotos de vosotras tres, y es obvio que Sophia te protege mucho, pero… ¿qué pasa con tus padres?

—Por lo que a mí respecta, están viajando por las galaxias en una nave espacial —espetó Bella, que respiró profundamente—. Mis hermanas son lo que me importa.

En aquel momento, Luc detuvo el coche delante de una elegante y lujosa casa.

—¿Os habéis peleado con tus padres? —preguntó él, que parecía realmente preocupado.

—Ya estamos aquí. Terminemos con esto —dijo Bella, saliendo del coche e ignorando aquella pregunta. No quería hablar con él sobre su vida privada.

Al dirigirse hacia las puertas de la gran mansión, Bella comenzó a ponerse muy nerviosa.

—Es tu armadura, para cuando estás asustada —dijo Luc—. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Levantas la barbilla para hacer pensar a los demás que no necesitas a nadie, pero sólo es una actuación para esconder tus inseguridades.

—Quiero tener éxito. Eso es todo.

Bella odiaba que él pudiese ver lo que el resto del mundo nunca había visto.

—Buenas noches. ¿Puedo tomar sus pertenencias? —les dijo un hombre elegantemente vestido al recibirlos en la puerta.

Les guiaron hacia un lujoso salón de baile, donde había un cuantioso grupo de elegantes personas congregado. Bella comenzó a sentirse invadida por el pánico.

—Espera…

—Sólo son personas. Todo saldrá bien —dijo Luc, animándola con la mirada.

La tomó por los hombros y la adentró en la sala, susurrándole algo al oído que ella apenas comprendió, ya que estaba muy pendiente de lo cerca que estaba de él.

—Veamos cómo convences a todas esas mujeres de que quieren llevar tus vestidos.

Bella levantó la barbilla e hizo todo lo posible por controlar los nervios.

—Estoy más que dispuesta a captar la atención de las mujeres de la sala, de hacer que se interesen en mis vestidos —dijo Bella con tanta fortaleza como pudo—. ¡Quiero arreglar las cosas lo antes posible para así no tener que volver a verte!

Luc simplemente sonrió de aquella manera tan devastadora que provocaba que ella quisiera abofetearle. O salir corriendo. Quizá ambas cosas.

—Entonces vamos a relacionarnos con la gente —dijo él—. ¿Vamos?

Capítulo 4

Parece que estás causando una buena impresión entre los invitados. Desde el comienzo de la velada, Luc había mantenido a Bella a su lado para vigilarla, para asegurarse de que hacía todo lo posible para atraer interés sobre sus vestidos. Pero el problema era que ella atraía también su interés. No podía negar el efecto que Arabella Gable causaba en él.

—Por tu bien, espero que esa buena impresión conduzca a que pronto vendas vestidos.

—Yo también lo espero. Como ya te he dicho, me apartaré de ti en cuanto me sea posible, Luchino.

—Pero todavía no te puedes apartar de mi lado, porque me necesitas para poder entrar en actos sociales como éste.

Luc observó cómo la frustración se apoderó de ella, y una parte de él quería que ella perdiera el control, que todos sus sentimientos explotaran…

Anunciaron que la cena estaba preparada. Luc comenzó a buscar sus asientos, estimulado por la cercanía de Bella. Cuando se sentaron, ella habló y brilló con luz propia entre los demás invitados. Luc estuvo pendiente de cada palabra que ella decía y de cada sonrisa que esbozaba… a todas partes menos a él.

Se preguntó si besándola, si saboreando sus labios, haría que desapareciera el interés que tenía en ella.

—Vamos a bailar —dijo él cuando comenzó el baile—. Una mujer atractiva bailando con un bonito traje… ¿qué puede llamar más la atención que eso? ¿Puedes vender tu nombre y tu mercancía de esta manera, Arabella?

—Puedo hacer lo que tenga que hacer —dijo ella mientras comenzaba el vals.

Comenzaron a bailar, y sus cuerpos se movían en perfecta armonía. Parecía que ella pertenecía a sus brazos… Se les unieron otras parejas, pero Luc sólo veía a Bella, y sintió que ella sólo lo veía a él. En ese momento, él supo que quería llevarla a la cama y pasar una noche de pasión con ella…

—Se ha acabado el baile. La velada ha terminado —dijo, tomándola de la mano y sacándola de la pista de baile.

—¿Luc? —dijo Bella, tratando de soltarse—. ¿Q… qué estás haciendo? Podría bailar con otras personas, relacionarme con ellos…

—Esta noche no —dijo él sin soltarla—. Tú y yo tenemos negocios que resolver de una vez por todas.

Aquello incluso pareció racional, pero cuando se despidieron de

los anfitriones y el hombre besó la mano de Arabella, Luc dio un paso adelante en señal de advertencia.

—Bueno, buenas noches y gracias por haber venido —dijo el anfitrión, echándose para atrás.

Luc murmuró algo e indicó a Bella el camino, poniéndole una mano en la espalda.

El frío aire de la noche no fue capaz de sofocar el deseo que quemaba a Luc por dentro.

—¿Luc? No estoy segura de lo que estás pensando, pero me parece que no podemos seguir adelante con esto…

Cuando llegaron al coche, él la acorraló contra éste, sin tocarla pero muy, muy cerca.

—Me deseas. Puedo verlo en tus ojos.

—¿Qué te hace pensar eso? Yo no he dicho nada.

—Esto es lo que me hace pensarlo, Arabella —dijo, besándola. Con aquel beso respondería a su pregunta y después apartaría su hambre por ella a un lado para siempre.

Pero los labios de ella eran suaves y respondían. Tenían el sabor de algo que él no se había percatado que deseaba. Pero en aquel momento lo hacía. Bella emitió un grito ahogado por la impresión, y él aprovechó la ocasión para saborearla aún más. La tomó por los hombros, permitiendo que el beso se hiciera más profundo, que sus bocas se acariciaran. Se preguntó si sabía lo que estaba haciendo…

Bella era suave, muy suave, donde quiera que él tocara, suavidad que contrastaba con la mujer fuerte que ella presentaba al mundo. Al darse cuenta de que la deseaba en un aspecto que iba más allá del puramente físico, se apartó de ella. Pero se dijo a sí mismo que sólo había sido un ataque imprevisto de deseo sexual.

Bella se quedó mirándolo, con los ojos como platos. Parecía que también estaba aturdida.

—Esto no ha debido pasar —logró decir.

—No le des demasiada importancia al beso, Arabella. Simplemente sentí que debíamos poner a descansar los fantasmas del pasado. Eso es todo.

—Tú eras un hombre casado, y traté por todos los medios de olvidarte cuando me enteré.

Luc podía haberle dicho que se había estado separando, que había estado planeando contarle su situación y pedirle que comprendiera. Pero no lo hizo.

—Así que querías enterrar cualquier sentimiento o atracción que hubiéramos sentido en el pasado. Considéralo hecho y no me vuelvas a besar nunca más.

—El beso ha resultado como yo quería. No veo la necesidad de volver a repetirlo —dijo Luc, que se engañó a sí mismo diciéndose que aquello había terminado con su historia, que ya podían seguir adelante.

En aquel momento apareció un taxi y Luc levantó la mano para atraerlo, adelantándose a ella.

—Mañana te pasaré a buscar a la seis para asistir a la cena en el crucero por el río Yarra. Ponte unos zapatos con los que puedas andar bien por la cubierta de un barco en movimiento.

—Así haré. Pretendo tener mucho cuidado con todo a tu alrededor, Luchino. Empezando ahora mismo.

Bella se montó entonces en el taxi y, sin mirar atrás, le indicó al taxista su dirección.

Luc se montó en su coche y se dirigió a su casa, comprobando cómo estaba su hija nada más llegar. Estaba profundamente dormida.

Grace…

Se parecía tanto a Dominic cuando dormía. Se acercó para darle un beso en la frente, y un sentimiento de protección se apoderó de él.

Se preguntó cómo habría podido alejarse de ella. Era un dolor con el que tendría que vivir para siempre.

Suspiró y se marchó a su habitación. El lunes, María regresaría a su tienda. Incluso en aquel momento, quizá hubiese regresado a su casa y había oído su mensaje en el contestador. Si no respondía durante el fin de semana, el lunes iría a la tienda.

Sí. Tenía que centrarse en María, en conocerla, y en no tener más contacto con Bella que el estrictamente necesario.

Vieron Melbourne desde un lujoso crucero. Tras beber un vodka, Bella comenzó a beber agua mineral mientras Luc bebía vino tinto. Ella charló animadamente con los demás invitados y, cuando la velada terminó, hizo parar un taxi para que la llevara a casa.

—Buenas noches —dijo con firmeza mientras se metía en el automóvil—. Te veré en el próximo acto social al que acudamos.

Se dijo a sí misma que no iba a pensar en él hasta entonces, y lo logró hasta el lunes, cuando la voz de Luc alteró el silencio momentáneo que había en la tienda.

—Sé que no te acordarás de mí, *zia*. Yo tampoco me acuerdo de ti, pero me gustaría conocerte.

Bella se quedó petrificada y esperó a ver qué respuesta le daba María.

Al ver que no había respuesta, miró para ver qué ocurría, y vio a Luc en el mostrador, de perfil, y a María con la cara lívida.

—¿María? —dijo Bella, que no se paró a pensar. Simplemente se levantó y se acercó a su jefa para ayudar.

Al oírla, Luc miró hacia ella con la impotencia reflejada en la cara, lo que provocó que inexplicablemente a Bella se le encogiera el corazón.

—Oh, Arabella, me olvidé de que estabas trabajando ahí detrás —dijo María sin saber qué más decir.

—Simplemente vine a ver si todo estaba bien.

—Sí, bueno, no lo sé. No esperaba esto, aunque quizá debiera haber… —María dejó de hablar.

—Estás sorprendida de conocer a Luchino.

No era justo, pero sólo con decir el nombre de él a Bella le faltaba el aire…

Entonces algo captó la atención de Bella; la hija de Luc apareció por detrás de su padre, que la tenía tomada de la mano. Aquello le hizo preguntarse si realmente Luc quería a su pequeña.

—Arabella, has llegado a tiempo de oír mi invitación y de conocer a mi hija —dijo Luc, sonriendo a Bella—. Grace, ésta es Arabella Gable.

—Hola, Grace. Encantada de conocerte —le dijo a la pequeña, sintiéndose calmada y en control de la situación.

—Hola. También me alegro de conocerte —dijo la pequeña tras examinar a Bella con la mirada, sonriendo vergonzosamente.

Arabella se advirtió a sí misma que no debía conmoverse, pero la pequeña era encantadora. Se notaba que tenía más acento que su padre.

—Bien hecho, Grace —dijo Luc, poniéndole una mano en la cabeza a su hija.

Aquel gesto dejó claro a Bella que Luc realmente se preocupaba por su hija, pero al mirar a ésta observó que la expresión de su cara era la de una niña infeliz.

—Luchino, y con una hija tuya —dijo María —. Sa… sabía que estabas en Melbourne y que habías abierto una tienda. Recibí tu mensaje telefónico. No sabía… quería… No estaba segura de si debía…

—¿No sabías qué esperar de mí? —dijo Luc, encogiéndose de hombros.

Fuera lo que fuera lo que había ocurrido entre María y su familia en el pasado, parecía que ella estaba muy interesada en aquel pariente suyo…

—Sé que no has visto a ningún miembro de la familia durante mucho tiempo y no te voy a pedir que me expliques el por qué —dijo Luc con amabilidad—. Esperaba que conmigo hicieras una excepción y que vinieras a cenar a mi casa. Me gustaría tener la oportunidad de conocerte y también de que Grace conociera a su tía de Melbourne.

—Oh, oh, caramba —dijo María, retorciéndose las manos.

Luc se acercó más al mostrador y aún más a Bella al mismo tiempo. Antes de que ella pudiese echarse para atrás, él le agarró la mano.

—No sé si Bella te lo habrá mencionado, pero ella y yo estamos saliendo juntos. Nos conocimos en Milán hace años y, desde que he venido a Australia, hemos reanudado nuestra relación.

Bella se sintió muy culpable, pero la tía de Luc se dio la vuelta hacia ella, sonriendo.

—Es… maravilloso, querida.

—En realidad sólo somos amigos, María —dijo Bella sin pensar en las consecuencias—. Pero estoy muy contenta de que Luchino y tú os hayáis visto después de tantos años.

—¿Así es como lo llamas, Arabella? ¿Qué somos amigos? —dijo Luc, advirtiendo a Bella con la mirada.

Entonces se acercó al cuello de ella para hablarle, en un gesto aparentemente cariñoso.

—Cíñete al acuerdo, Arabella, o sufrirás las consecuencias de romperlo —le dijo, apretando sus labios por un momento en la suave curva del cuello de ella.

Entonces se dio la vuelta y sonrió a María.

—Por favor, acepta mi invitación para cenar, *zia*. Significaría mucho para nosotros.

—Iré. Gracias por la invitación —dijo María, que parecía sorprendida por su propia respuesta, casi asustada—. Arabella me puede llevar en su pequeño coche para que así no me tenga que preocupar en no perderme.

—Ah… —comenzó a decir Bella, quien normalmente hubiese llevado a María a cualquier sitio sin problemas, pero que no quería inmiscuirse en la cena privada de familia—. Es una buena idea, María. Pero no…

—¿No pretendes beber y conducir? —intervino Luc—. Muy sensato. Te prometo que tendré algo agradable de beber pero que no sea alcohol.

—Claro, me encantará asistir —se forzó a decir y a sonreír Bella, pensando que quizá no sería una pérdida de tiempo, ya que podría

hablar con la niñera y averiguar sobre el bienestar de Grace.

—Haré todo lo que pueda para asegurar que pases una buena noche, Bella *mia* —dijo Luc, sonriendo hacia Arabella.

Bella fue a decir algo para poner en su sitio a Luchino por haberla llamado «Bella *mia*», pero él se le adelantó.

—A las siete en mi casa —dijo, tomando el bloc de notas del mostrador para escribir su dirección.

Entonces le puso el papel en la mano a Bella, que ante el tacto de sus dedos se estremeció.

—Estoy deseando recibirte en mi casa —le dijo Luc a su tía—. Gracias por aceptar mi invitación.

—Apenas me merezco… —comenzó a decir María.

Al ver que su tía no quiso seguir hablando, Luc y su niña se marcharon de la tienda. Bella quería preguntarle a María qué era lo que había comenzado a decir, pero mirándole la cara decidió que era mejor no hacerlo y dirigió su atención hacia una clienta que acababa de entrar.

Al reconocer que era una de las asistentes a la cena a la que habían acudido hacía algunas noches, sintió cómo un escalofrío le recorría la espina dorsal.

—Estoy segura de que puedo dejarte encargada de atender a esta señora, Arabella —dijo María suavemente, dirigiéndose hacia la puerta—. Necesito… estar sola.

Capítulo 5

Sonó el timbre de la puerta. Luc respiró profundamente y se dio cuenta de que se sentía… nervioso. Quería gustarle a María y que ésta quisiese tomar parte de su vida. Desde que la había mirado a los ojos, había sentido que entre ellos había una conexión.

Abrió la puerta y vio a su tía en el rellano: la misma sensación volvió a apoderarse de él.

—Bienvenida a mi casa. Entra, por favor. Bella estaba al lado de María y, al abrir más la puerta, Luc pudo verla. Iba vestida con un elegante vestido verde que dejaba claro lo alta y esbelta que era. Tenía unas piernas muy largas que le inspiraban pensamientos no apropiados teniendo en cuenta que su tía estaba delante.

—Bella —dijo él en un tono para nada desinteresado, entonces carraspeó—. Entra.

Ella miró a los preciosos ojos oscuros de Luchino y se advirtió a sí misma que no tenía que dejar ver cómo le afectaba aquel hombre.

—Buenas noches, Luch… Luc —dijo.

Pensó que a María le parecería raro si ella, su «supuesta novia», le llamada por su nombre completo.

—Aquí estamos, como… acordamos —dijo, entrando en la casa con la esperanza de dejar mucha distancia entre ellos al hacerlo.

Pero Luc no la dejó pasar.

—Arabella, estás estupenda —dijo él, agarrándola por los brazos y besándola en las mejillas.

Aquello fue tan mediterráneo, tan Luchino, tan encantador, que ella simplemente se quedó allí de pie. Entonces él le dio un suave beso en los labios, rápido pero sensual.

Cuando se separaron, al mirarlo a los ojos, pudo ver el efecto que también en él había causado aquel beso.

—Yo… No puedes… Te dije que no quiero…

Luc ignoró las protestas de Bella y saludó a su tía, dándole también dos besos en las mejillas. Entonces se apartó para que pudieran pasar.

Al entrar en casa de Luc, Bella sintió una inexplicable sensación de poder pertenecer a aquel lugar, pero era imposible, dado el comportamiento de aquel hombre.

—Luc, es un placer estar aquí para ayudarte a conocer a tu tía —dijo Bella, advirtiéndole con la mirada de que esperaba que se ciñera a una actitud formal aquella noche.

La mirada de Luc reflejaba la pasión que sentía, pero tras un momento asintió con la cabeza, imperceptiblemente.

Él estaba de acuerdo con ella. El beso que le había dado sólo

había sido para convencer a María. Eso estaba bien. Pero Bella no encontraba el gran sentimiento de alivio que debía sentir.

—La cena estará preparada en un momento —dijo Luc, dirigiéndose a María—. Ven a conocer a Heather, nuestra ama de llaves y niñera.

La casa era grande y estaba agradablemente decorada. En la mesa del comedor había un bonito arreglo floral. Bella se dio la vuelta y vio que Luc la estaba mirando. Entonces sonrió, no queriendo que él notara lo confundida que estaba.

—¿Las flores son de tu jardín?

—Sí. Grace y Heather las han cortado y arreglado.

—Son muy bonitas —dijo María, nerviosa.

Cuando entraron en la cocina, encontraron a Grace subida en un taburete, cortando masa de pastelitos con un molde con forma de canguro. Había harina por todas partes. En cuanto vio a su padre, trató de bajarse del taburete y sus ojos reflejaron aprehensión.

—Voy a por un paño. Lo limpiaré. Heather dijo que podía jugar…

—Está bien —dijo Luc, acercándose y tomando en brazos a su hija.

Pero no era para tratar de detenerla, y su cara no mostraba ningún signo del enfado sobre el que la niña parecía preocupada.

—La cena estará preparada en poco rato, *piccola*, así que quizá será mejor si te lavas las manos. Si quieres, después puedes terminar de cortar la masa. No importa si las cosas se manchan de harina.

La pequeña respiró profundamente, claramente tratando de calmarse.

—Voy a prepararme ahora mismo. Me daré mucha prisa —dijo.

—Buena chica —dijo Luc.

Entonces presentó a Bella y a María a su ama de llaves.

Heather sirvió la cena mientras Luc servía las bebidas. Zumo de manzana para Bella, acompañado de una picara mirada que ella, aunque quiso, no pudo ignorar. La comida estaba deliciosa.

Luc se esforzó en impresionar a María, contando anécdotas que hicieron reír a Bella. Pero María, a pesar de su buena disposición, se mantuvo nerviosa. La hija de Luc estuvo al lado de su padre, también callada.

Cuando Luc ofreció el postre, María negó con la cabeza.

—Yo… Ha sido una noche maravillosa, pero… me temo que se me ha puesto un terrible dolor de cabeza.

—Te llevaré a casa —dijo Bella, levantándose.

—Yo os puedo llevar a las dos —dijo Luc, levantándose a su vez y mirando a su tía, preocupado—. ¿Ha sido algo que yo haya hecho, *zia,* quiero que estés a gusto conmigo.

—No, no. Eres un chico estupendo y yo nunca pensé que tendría… —de nuevo, abruptamente, no terminó lo que estaba diciendo, llevándose la mano a la mejilla—. Debería haber sido yo la que me hubiera puesto en contacto contigo cuando llegaste a Melbourne. Siento mucho no haberlo hecho. Fue débil por mi parte evitar…

—No importa. No me molesta —aseguró Luc—. Di que nos volverás a ver; es todo lo que necesito oír —dijo suavemente, pero suplicando a María con la mirada.

—Quiero ser parte de vuestra vida —dijo María, forzadamente. Entonces se dirigió a Bella—. Ha sido estupendo ver a… Luchino y a mi… y a Grace, pero… realmente tengo que marcharme. Si no te importa, pídeme un taxi…

—Comprendo —dijo Bella, que en realidad no comprendía nada.

Pero si María necesitaba el aislamiento que suponía un taxi para volver a casa, ella lo arreglaría.

—Yo telefonearé para pedir un taxi —dijo Luc.

Cuando él salió de la habitación, María lo siguió con la mirada y luego miró a Bella con el sufrimiento reflejado en los ojos.

—Tantos secretos —murmuró—. Ya es demasiado tarde…

—¿Qué quieres decir? —dijo Bella, acercándose a María —. No comprendo.

—Llegará un taxi en pocos minutos —anunció Luc, que regresó demasiado pronto—. María, ¿quieres un analgésico mientras tanto?

—Sí, por favor —contestó María con la voz temblorosa.

Cuando por fin se oyó el claxon del taxi, fue casi un alivio. María se apresuró a darle las gracias a Luc por la cena.

—Por favor, perdóname por tener que marcharme. Estoy… es demasiado…

—No hay nada que perdonar. Sólo espero que pronto te sientas mejor. Quiero que ésta sea la primera de otras muchas ocasiones en que nos veamos, *zia.*

—Eres un hombre comprensivo —dijo María con lágrimas en los ojos.

Luc acompañó a su tía al taxi. Bella estaba realmente preocupada por María.

—No me ha gustado mandarla de esa manera a su casa —dijo Luc mientras entraban de nuevo a la suya—. Tomemos los postres

en el salón junto con un café.

—No tengo mucha hambre —Bella se percató del peligro de estar a solas con Luc, teniendo en cuenta que no podía controlar el deseo que su cuerpo sentía por él.

Sabía que lo mejor sería marcharse pero, al ver que Grace y la niñera no estaban delante, no pudo evitar hablar sobre la preocupación que sentía por su jefa.

—¿Qué puede haber ocurrido en el pasado de María para que se ponga tan nerviosa delante de un miembro de su familia después de tantos años?

—No lo sé. Cuando era pequeño oí algunos cuchicheos —dijo Luc, también muy preocupado por María—. No comprendí mucho, pero creo que hubo un problema con un hombre. Quizá un compromiso que fracasó. Ella se marchó del país repentinamente.

—Y nunca regresó.

—Por aquel entonces las cosas eran distintas —Luc hizo una pausa—. Si se negó a casarse con quien sus padres tenían en mente, quizá la familia renegó de ella.

—Quizá haberte visto haya hecho resurgir en ella memorias desagradables. Si ése es el caso, con el tiempo lo superará. La presión de su situación económica tampoco estará ayudando. Si le dijeras la verdad, sabría que no tiene que preocuparse más por el dinero.

—Si le dijera la verdad, se daría cuenta de que está en deuda conmigo y se sentiría aún más presionada —Luc agitó la cabeza—. Está demasiado nerviosa como para soportar saberlo.

—Supongo que tendrá que esperar un poco —dijo Bella, que aunque no quería admitirlo, sabía que él tenía razón.

Bella podía oír sonido de agua chapoteando desde la planta de arriba de la casa, y pensó que quizá fuera Grace, bañándose.

—Esta tarde me han encargado que haga dos vestidos. Ambos encargos de mujeres que asistieron a la cena benéfica. Una de ellas incluso también ha comprado uno que ya estaba hecho.

Al decir aquello, sintió cómo una pequeña ola de placer le invadía el cuerpo, y sonrió.

—Hemos vendido cinco vestidos más a clientes habituales y mañana he quedado con un grupo de cinco mujeres del crucero Yarra porque quieren ver vestidos.

—Eso está bien. Me alegra oírlo, *cara mia.*

Luc se acercó a ella, que fue incapaz de moverse. Se preguntó si iba a besarla. Se miraron a los ojos, y una parte de ella deseaba que lo hiciera, pero entonces agitó la cabeza y se apartó.

—Tengo que irme. Es tarde y hay un trecho hasta mi casa.

—En realidad es pronto —señaló Luc, analizándola con la mirada.

En aquel momento se oyeron unas pisadas en las escaleras y, al mirar hacia ellas, Bella, aliviada, vio a Grace con su camisón. La pequeña dudó qué hacer, pero entonces bajó las escaleras y abrazó las piernas de su padre, soltándolo rápidamente.

Luc dio unas palmaditas en la espalda a su pequeña; parecía que no quería apartarse de ella.

—¿Es hora de irse a la cama? ¿Te leo un cuento antes de que te duermas?

—Si no te molesta —dijo la niña con la expectación reflejada en la mirada, dejando claro que aquello era una rutina en aquella casa.

—Un cuento parece estupendo —dijo Bella, a quien le pareció encantador que un padre le leyese a su hija.

Ni a sus hermanas ni a ella sus padres les habían leído cuentos cuando habían sido pequeñas.

—Me marcho, así que tu padre podrá subir muy rápido a leerte el cuento, Grace.

—No tienes que marcharte. Puedes quedarte mientras me lee el cuento —dijo la pequeña, acercándose a Bella. Miró a su padre—. Bella te gusta mucho, ¿no es así, papá? Si te gusta, como la otra no quiso quedarse conmigo, quizá ella pueda ser mi nueva *mamma*.

Se creó un tenso silencio y Bella se preguntó si era eso lo que Luc le había dicho a su hija; que su madre no la quería.

—¿Su madre la dejó? —preguntó a Luc, mirándole acusadoramente.

Pero parecía que Luc no la había escuchado. Tenía toda su atención centrada en su hija.

—Yo quiero quedarme contigo, Grace —dijo, acercándose a su hija y tomándola en brazos. Le dio u beso en la cabeza—. Ya te he dicho que la niñera en Italia no debía haberte hablado de aquella manera de *mamma*. Y yo siempre te querré, para siempre.

—Sí, papá.

—Nos las podemos arreglar estupendamente sin una *mamma* —dijo en un tono muy dulce—. El año que viene vas a empezar el colegio y estarás muy ocupada.

Grace asintió con la cabeza y se bajó de los brazos de su padre, acercándose de nuevo a Bella.

—No tienes que ser mi *mamma*. ¿Has comido algún merengue? Yo fui a comerme uno antes de bañarme.

—A veces como merengues, pero esta noche no lo hice. Creo que

a mi hermana Chrissy le gustarían. Está embarazada y parece que siempre quiere comer cosas que tengan limón.

Pareció que Grace pensó en aquello durante largo rato y después se dirigió a su padre, al que habló rápidamente en italiano.

Luc parecía contento, y Bella tuvo que admitir que no aparentaba ser un monstruo que no se preocupaba por su hija.

—Lo haré, Grace —dijo Luc—. Pero la próxima vez, si no estamos solos, pregúntame en inglés.

—Mi padre te va a dar merengues. Si no te los quieres comer tú, quizá le gusten a tu hermana.

—Volveré en un momento —dijo Luc, dirigiéndose a la cocina.

—¡Qué amable de tu parte hacerme un regalo! —dijo Bella a la pequeña, forzándose a sonreír.

La niña asintió con la cabeza, pero en cuanto Luc estuvo dentro de la cocina, no se contuvo.

—Mi niñera en Italia me dijo que mi *mamma* era muy guapa y que llevaba unos vestidos muy bonitos. Tú eres muy guapa y llevas vestidos bonitos.

—Querida… Lo siento —Bella quiso abrazar a la pequeña, pero se recordó a sí misma que no era una de sus hermanas y no estaba segura de querer pasar por tanto sufrimiento de nuevo.

—Mi *mamma* se marchó cuando yo era un bebé, y yo le pertenecí a mi padre tras ello. Pero él también se marchó —dijo Grace con la boca temblorosa—. Me dejó con una niñera, y cuando me venía a visitar, creo que yo no le hacía feliz. Simplemente se está haciendo cargo de mí porque me escapé. Pero algún día él volverá a marcharse.

—Él… él no lo hará. No te hará eso, Grace. ¿Cuántos años tenías cuando te escapaste?

—Creo que tenía cinco, pero ahora soy una niña mayor. Tengo seis años.

Aquello hizo que Bella estuviera a punto de sonreír, pero enseguida se le quitaron las ganas al darse cuenta de que la niña estaba con su padre desde hacía poco tiempo.

—Quizá debieras irte ya a la cama —dijo Bella, poniéndole un mechón de pelo por detrás de la oreja a la pequeña.

No debía haberla tocado, ya que al hacerlo sintió cómo le dolía el corazón ante todo aquello.

—Estáis las dos muy serias. ¿De qué habéis estado hablando? —preguntó Luc, frunciendo el ceño.

Llevaba un envase de plástico en una mano y trató de fingir no darse cuenta de la tensa atmósfera que se respiraba.

—Estábamos hablando de… merengues —dijo Bella para disipar los miedos de Grace.

—Los merengues están muy buenos —dijo Luc, acariciando el hombro de su hija—. Ahora sube arriba y métete en la cama. Subiré en un minuto para leerte el cuento. Grace comenzó a subir las escaleras corriendo, pero al llegar a la mitad se detuvo y señaló el envase del plástico que su padre llevaba en la mano.

—Espero que hayas puesto mucho —dijo, dándose la vuelta y subiendo el resto de las escaleras.

Entonces, Bella se preparó para enfrentarse a Luc. Estaba furiosa.

—No provoqué la situación, Luchino, pero tu hija eligió confiar en mí cuando te fuiste a la cocina.

—¿Qué te ha dicho?

—Grace me ha dicho que la dejaste con una niñera y que ella se escapó para tratar de hacerte feliz, ya que cuando la veías dabas la impresión de ser infeliz.

Parecía que Bella le había clavado una flecha en el corazón a Luc al decir aquello, pero eso no la detuvo, ya que veía reflejado en aquella pequeña todo el sufrimiento por el que sus hermanas y ella habían pasado.

—Le arrancaste ese pobre bebé a su madre para después abandonarla, y sólo quisiste quedarte con ella una vez se hubo escapado. ¡Y la has convencido de que su madre no la quería!

Luc esbozó una dura mueca. Tenía el dolor reflejado en la cara, pero lo camufló con una máscara.

—La madre de Grace no la quiso. Mi hija no debió haberse enterado nunca de ello, pero la niñera que tuvo en Italia se lo dijo.

—¿Y el resto? —logró preguntar a duras penas Bella.

—¿Cuál es el motivo de esta repentina conciencia social, Arabella? Cuando te marchaste de mi lado en Milán para acostarte con el gerente del espectáculo, no te preocupaban este tipo de cosas. Decidiste que él era un mejor partido, él te convenía más para escalar puestos en tu carrera, así que dejaste al pobre tonto de la «Familia de los Diamantes» y seguiste adelante.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella, palideciendo.

Nadie sabía nada de aquel horrible episodio que hubo ocurrido en la habitación del gerente del espectáculo, pero estaba claro que Luc lo sabía y que había sacado sus propias conclusiones.

—Vi cómo saliste de su habitación aquella noche, ruborizada y despeinada. Era obvio lo que había ocurrido.

Pero lo que en realidad había ocurrido había sido una pelea para

preservar su inocencia, y a Bella le indignó que él pudiese pensar una cosa tan horrible de ella.

—El gerente me llevó a su habitación diciéndome que había una fiesta. En otras circunstancias no hubiese ido, pero estaba disgustada y no quería estar sola. Pensé que todas las modelos estarían allí.

—¿Qué es lo que estás diciendo? —dijo Luc, dudoso.

—Ya me has oído —dijo Bella, segura de no poder convencerle. En realidad no tenía que convencerle de nada.

—¿Entonces por qué tenías ese aspecto? —dijo él, palideciendo y percatándose de lo que había ocurrido—. ¿Trató de hacerte daño? *Dio*.

—Sí —respondió Bella, que odiaba hablar sobre ello—. Logré escapar, pero no sin tener que luchar.

Luc parecía perdido, impresionado.

—Lo siento —murmuró—. Esto cambia todo lo que yo pensé de ti aquella noche.

—Creo que ahora que sé lo que has estado pensando de mí durante todo este tiempo, quizá te deba devolver el favor —se detuvo para respirar profundamente—. Me preguntaba si tu hija estaría marcada por tu abandono. Ahora sé la respuesta. Lo que has hecho es imperdonable. Si antes pensaba que tenía razones para que no me gustaras, ahora…

—Grace es asunto mío —dijo Luc, acercándose a ella—. Es asunto mío, Arabella, no tuyo. Quizá me hayas impresionado con tu revelación, pero…

—¿Y cuánto tiempo te la vas a quedar antes de que te canses de ella y la dejes otra vez? Hay departamentos gubernamentales para asegurar la seguridad de los niños —no pudo evitar decir.

—Si fuera tú, lo dejaría ya —advirtió Luc, enfurecido—. Lo dejaría ahora mismo.

—Tu hija se escapó porque la hiciste muy infeliz. ¿Lo niegas? —se atrevió a proseguir Bella.

—Ahora está segura —dijo Luc sin negar ninguna de las acusaciones hechas por ella.

Pero Bella quería que él se explicara y que de alguna manera tratara de arreglar aquello.

—Grace es muy infeliz…

—Sí, y yo la hice sentirse así —reconoció Luc, con la furia reflejada en sus oscuros ojos—. Pero tienes que saber una cosa; yo quiero a mi hija, no le volveré a hacer daño y aniquilaré a cualquier persona que intente quitármela. ¿Te ha quedado claro, Arabella?

Confundida, enfadada y amenazada, Bella se dio la vuelta.

—Si lo dices en serio, tienes que hablar con tu hija para ayudarla a creer que no la vas a volver a abandonar.

—¿Y tú, Arabella? ¿Tú qué creerás de mí? —preguntó él como si no le importase. Pero el brillo de sus ojos decía lo contrario.

—Si puedes querer a tu hija, me alegro. Sé que tengo que trabajar contigo hasta que venda suficientes vestidos para convencerte de que me dejes en paz. Pero aparte de eso no quiero pensar más en ti, no quiero tenerte en cuenta ni percatarme de que existes.

Capítulo 6

—Estás preocupada —dijo Chrissy mientras salían de la oficina de Luchino, en su joyería—. A veces escondes las cosas muy bien, pero te conozco. Podía sentir el enfado que tenías, pero también tu infelicidad. ¿Ha ocurrido algo? Porque todavía puedo decirle a Nate que te ayude a salir de todo esto. Él lo haría por ti, Bella, sin preguntar nada.

—¿Y tenerme colgada de sus finanzas durante años? —dijo Bella, que en parte quería decir que sí, pero que no podía pedirle ese favor a su cuñado—. Gracias por el ofrecimiento, pero tengo que arreglar esto yo sola.

—No tienes que hacerlo sola, lo sabes —dijo Chrissy, esbozando una triste sonrisa—. No tienes que probar nada ni proteger a nadie más que a ti misma. Y puedes resolver esta situación de la manera que elijas.

—Nunca me he arrepentido de nada —confesó Bella, que quería que su hermana supiera aquello—. Soph y tú me salvasteis. Sin mis hermanas… —tuvo que detenerse y tragar saliva.

—Entonces dime qué ha ocurrido. Soph ha estado preocupada por ti, pero dice que no hablas sobre ello.

—Tuve un altercado con Luchino —explicó Bella, a la que le parecía imposible que sólo hubiesen pasado unos días desde que había ocurrido—. En un momento dado… amenacé con llevar la situación de la niña a las autoridades, y entonces descubrí… —comenzó a hablar más bajo— que él pensaba que yo me había acostado con el gerente del espectáculo.

—¿Le está haciendo daño a Grace? —preguntó Chrissy, susurrando, pero con la furia reflejada en la mirada—. ¿Y se atrevió a pensar eso de ti?

—No le está haciendo daño físico a Grace —aclaró Bella, que desde el altercado con Luc había tenido tiempo para pensar—. Pero Grace cree que él la va a abandonar de nuevo, que es sólo cuestión de tiempo. Y por lo de esa última noche en Milán, creo que lo que le conté le impresionó.

—¡Se merece que le impresionen! ¿Abandonará de nuevo a su hija?

—No… no lo sé —contestó Bella, cuyo corazón decía que no lo haría, pero su cabeza se preguntaba que por qué no—. Ahora mismo estoy tan confundida, Christianna. No lo sé.

Chrissy tomó a su hermana del brazo, apretándose contra ella en un gesto de solidaridad.

—No estás sola. Soph, Nate y yo estamos aquí. Si él hace algo

para disgustarte…

—¿Soph le golpeará hasta matarlo con un cepillo de pelo? —Bella sonrió a regañadientes—. Eso casi ha pasado ya. Pero me alegro de que estéis aquí.

Cuando Luc había decidido hacer una fiesta, a la que sólo se podía asistir con invitación, bajo el nombre «Diseños de Bella y Diseños de Luc», Bella había invitado simplemente a su familia y le había dicho a Luc que triplicaría el efecto de los vestidos ver a sus hermanas y a ella vestidas con ellos.

—Soph se ha adelantado para inspeccionar la muchedumbre que hay en la tienda, y Nate todavía está en la oficina con Luc. Creo que también deberíamos entrar en la tienda.

—Pues sí. Cuanto antes acabe esto, mejor —dijo Bella, acariciando las perlas y diamantes que llevaba alrededor del cuello —. Espero que estén bien sujetos, porque de verdad que no quiero perder ninguna.

Chrissy tocó las joyas que ella también llevaba y se rió a regañadientes.

—Pensé que Nate iba a explotar cuando Luc trató de que cambiara mi gargantilla por este collar.

—Se calmó cuando Luc explicó que ayudaría al éxito del evento.

Entonces el ruido de una puerta tras ellas advirtió de que los hombres estaban a punto de aparecer.

—Recuerda que estamos aquí. Somos las tres hermanas, ¿sí? Todas para una y toda esa historia. Estamos juntas —le recordó Chrissy a Bella, mirándola a los ojos.

—Como los granos de arroz en uno de los *risotto* de Sophia —dijo Bella, sonriendo.

Pero su sonrisa se desvaneció al ver a los hombres aparecer tras ellas.

El marido de Chrissy tomó a ésta por el brazo, y Luchino miró a Bella.

—Bella.

—Es hora de que vayamos a relacionarnos con los invitados y a impresionarles con las joyas Montichelli y con los vestidos diseñados por Bella —dijo Bella, deseosa de escapar de la tensión que había entre ellos. Se dirigió hacia la fiesta—. Cuanta más gente compre vestidos, mejor.

—Sí, debemos entrar, pero lo haremos juntos —dijo Luc, tomándola por el brazo para guiarla.

Simplemente con aquel gesto ella sintió cómo su cuerpo reaccionaba.

—Tenemos que presentar una unión ante nuestros invitados, Arabella.

Cuando la miró a los ojos, Bella pudo ver la frustración que los de él reflejaban.

—Había comenzado a confiar en ti un poco hasta que oí de los propios labios de tu hija el dolor que sentía. Ahora ya nunca lo haré.

—¿Por qué te importa tanto, Arabella? No es tu hija. A muchas mujeres… ni siquiera les importa.

—¿Y yo estoy en los primeros puestos de la lista de las mujeres a las que no les importa, porque todo en lo que puedo pensar es en el dinero y en mí misma? —dijo Bella, que sí que había pensado en el dinero… ¡en haber tenido lo suficiente para haber sobrevivido!

—Sé que malinterpreté tu comportamiento en Milán aquella última noche —dijo Luc—. Pero la manera en la que has utilizado a María demuestra tu… naturaleza avariciosa. Pretendo que ahora hagas lo correcto para mi tía y, en realidad, eso es todo lo que importa. Así que dejemos que el espectáculo comience. ¿Te parece, querida?

—Lo que sea para acelerar mi separación de ti. Durante la fiesta, buscó entre los invitados a la hija de Luc.

—¿Estás buscando una vía de escape, Bella? —preguntó Luc de manera delicada en el oído de ella.

—Pues no. No estoy escapando de nada. Estoy cumpliendo con mi parte —dijo, acercándose a un grupo de gente, sonriendo y explicándoles el privilegio que para ella suponía poder combinar sus vestidos con las joyas Montichelli.

Entonces Luc la dejó a solas. Bella debería haberse alegrado, pero la velada se le hizo interminable.

En un momento dado, Chrissy se acercó a ella para informarle de que Nate, Soph y ella iban a marcharse. Volvió a abrazar a su hermana, tomándola del brazo.

—Soph tiene una cita para arreglarle el pelo a nuestra casera. Si es algo radical, que Dios nos pille confesados. Pero si quieres, Nate y yo podemos quedarnos más tiempo. Es sólo que le dijimos a Soph que la llevaríamos al apartamento y a mí me duele un poco la espalda.

—No, gracias. Estaré bien. Esto acabará muy pronto y entonces yo también me podré marchar —Bella abrazó a su hermana.

En ese momento se acercó Soph, a quien también abrazó.

—Vete a casa y pon los pies en reposo, Chrissy. Me alegra que hayáis participado en esto conmigo. Ha significado mucho para mí

saber que estabais aquí para apoyarme.

Junto con sus hermanas, también se marcharon bastantes de los invitados.

Vio a Luc hablando con un grupo de hombres que ella sospechaba estaban haciendo encargos de joyas para sus esposas.

Entonces vio a Grace y a su niñera entrar en la tienda. La pequeña se quedó muy seria al ver a su padre. Dirigió su mirada hacia donde estaba Bella y se le iluminó la cara. Se acercó a ella.

—Pensé que tal vez llegáramos demasiado tarde para verte —dijo Grace, mirando el vestido y las joyas de Bella—. Oh, ojalá me pareciera a ti —la pequeña suspiró.

Aquello provocó la sonrisa de Bella.

Los invitados se marcharon y Luc cerró la puerta, ante lo que Bella se sintió atrapada.

—Permíteme que te devuelva las joyas y me marcho —dijo, acercándose a Luc.

—Pensé que quizá podíamos celebrar el éxito de la velada saliendo a cenar —dijo Luc, mirando a su hija—. ¿Qué te parece Papa's Piazza? —entonces miró a la niñera—. No sé si has estado allí. Es una pizzería con un jardín en la parte trasera. Nos podemos sentar en la terraza mientras Grace juega en los columpios.

Bella comenzó a quitarse las joyas. Tenía que marcharse de allí… ¡en aquel mismo momento!

—¿Vendrá Bella con nosotros? —preguntó Grace, tocando el vestido de ésta.

—Estoy segura de que tu padre no pretendió incluirme —dijo Bella.

—Has trabajado muy duro esta tarde para ayudar a vender no sólo tus vestidos, sino también mis joyas. Me gustaría darte las gracias con una cena, aunque sea muy simple. Y como a mi hija le agradaría tenerte allí…

—No me tienes que dar las gracias…

—Es una idea encantadora, señor Luc, pero me pregunto si me podrían perdonar —dijo Heather—. Sé que hasta mañana no tengo tiempo libre, pero mi hermana está un poco enferma… tiene una infección en el oído que no responde al tratamiento. Me gustaría acercarme a la ciudad a visitarla… si le parece bien.

—Desde luego —concedió Luc sin dudar.

—Si Heather no viene, ¿qué pasa conmigo? —preguntó Grace, mirando preocupada a su padre y tomándolo de la mano como si supiera que allí encontraría confort.

—Si Heather no viene, eso simplemente significa que será tu

papa el que te cuide, lo mismo que ocurre cuando ella tiene días libres —dijo Luc de manera calmada, dándole un tontorrón beso en la mano a su hija.

—Me portaré muy bien, papá —parecía que la pequeña estaba deseosa de complacerle.

—Incluso si fueras muy mala, Grace, te querría y desearía que estuvieses conmigo.

Aquella promesa le llegó al corazón a Bella. No era justo que dijera aquello cuando había dejado sola a su hija durante tanto tiempo. Fue a excusarse de la cena, pero de reojo vio la expresión de vulnerabilidad que reflejaba la cara de Grace.

—Iré con vosotros. Será agradable. Hace muchísimo que no como pizza.

Media hora después se sentaron en el jardín trasero de la pizzería. Parecían una familia de tres miembros.

El propio dueño del restaurante se acercó a su mesa, les dio la bienvenida y les sugirió qué comer.

—¿Te gustaría comer pan de ajo y pizza, Grace? —le preguntó Luc a su hija—. Si quieres, puedes comer otra cosa. *Fettuccini*, lasaña, sopa *minestrone*…

—Pizza, por favor. *Il mió papa* —dijo la pequeña, acercándose a su padre y susurrándole—. Sé que ésa me gustará.

—Entonces pizza —dijo Luc, poniéndole una mano por encima del hombro a su hija.

Bella, que no hablaba italiano, supuso que el nombre de la pizza que había elegido Grace significaba algo así como «mi papá», e intuyó que le había llegado al corazón a Luc.

Se preguntó si la pequeña habría comenzado a confiar en su padre y si éste se haría merecedor de esa confianza.

Luc miró a Bella y se preguntó por qué la habría forzado a ir con ellos. No parecía que estuviera muy contenta, y podía adivinar que él era la razón. Pero a la izquierda de Arabella tenía la respuesta; Grace se había sentado a su lado a media velada y en aquel momento estaba dormida, apoyada en ella. Bella le estaba acariciando el pelo. Por su hija, él haría lo que fuera.

—Parece que a tu hermana le queda poco para dar a luz —dijo Luc para distraerse de sus pensamientos.

—A Chrissy le queda poco más de un mes para salir de cuentas —dijo Bella, mirando hacia Grace con culpabilidad.

—No se despertará —dijo Luc.

Recordó que Grace dormía como su propio hermano, Dominic, muy profundamente.

—Seguro que el parto de tu hermana se desarrollará sin problemas.

Luc recordó otro parto y la alegría que había sentido, pero a la que había seguido una gran infelicidad. Había tratado de ser un buen padre y marido, pero había fallado.

—¿Te alegra el embarazo de tu hermana?

—Es estupendo por Chrissy. Yo he estado tejiendo ropita de bebé durante meses —contestó ella, encogiéndose de hombros y con la indiferencia reflejada en la mirada.

Las palabras de Bella no fueron capaces de esconder la inquietud que quizá ella creía capaz de ocultar.

—Lo has hecho bien hoy en la tienda —dijo él, levantándose—. Y gracias por acompañarnos a cenar. A Grace le ha gustado mucho que estuvieras. Por favor, dales también las gracias a tus hermanas de mi parte.

—A ambas les ha divertido la oportunidad de arreglarse y de llevar tus joyas.

—Deberíamos marcharnos —dijo, tomando en brazos a su hija. Cuando llegaron a los coches, puso a la niña en el suyo.

De repente se sintió muy solo y quiso abrazar a Bella para así encontrar consuelo. Había cambiado su opinión sobre ella y no sabía qué iba a hacer con el sentimiento que le invadía.

Bella se dirigió a marcharse, pero él la agarró de la muñeca, soltándola casi inmediatamente. Le había quemado tocarla y haberse dado cuenta de que necesitaba mucho más que aquello.

—Veo que quieres decir algo. ¿Por qué este silencio? ¿Es porque no crees que yo me vaya a ocupar de mi hija y estás tratando de pensar qué hacer al respecto? Ya te advertí…

Una fiera emoción se apoderó de Luc en ese momento.

—Si es eso lo que estás pensando, olvídate. Grace es mía y nunca la volveré a dejar.

—Grace creció al cuidado de una niñera hasta que fue tan infeliz que se escapó —espetó Bella, con el dolor reflejado en la voz—. ¿Cómo esperas que yo reaccione ante eso, Luchino? Es obvio que durante mucho tiempo no la quisiste lo suficiente como para tenerla a tu lado.

—Tú no sabes… —comenzó a decir Luc.

De hecho, la realidad era lo contrario. La madre de Grace la había usado como moneda de cambio para sacarle más dinero y finalmente como un arma para hacerle daño. Pero él no podía admitir la verdad sin exponer a Grace a una realidad que había prometido no haría.

—Sé que la abandonaste. ¿Qué más puede importar? —dijo Bella, temblando—. La abandonaste de la misma manera que mis padres nos abandonaron a mis hermanas y a mí.

—Simplemente te puedo decir que ahora me importa —dijo Luc —. Me dijiste que tus padres viajaban y que por eso no los veías. Yo pensé que quizá no te llevabas bien con ellos, pero me estás juzgando a mí por sus acciones, ¿no es así?

Pero habían herido a Bella, y aquello conmovió a Luc.

—Te estoy juzgando por tus propias acciones —dijo ella, riéndose duramente—. Nunca podré aceptar que eligieras dejar a tu propia hija. Quizá ahora cuides bien de Grace. Quizá ella llegue a confiar en ti e incluso supere el pasado, pero yo no confío en ti. Nunca lo haré.

Capítulo 7

Transcurrió una semana, pero Bella no se tranquilizó. Cuando se subió al avión que le llevaría a Sidney para asistir a un desfile de moda con Luchino, no sabía cómo iba a soportar estar tan cerca de él. Pero por lo menos estaban vendiendo muchos trajes.

Cada vez que estaban cerca, parecía que él la afectaba más.

—¿Te molesta viajar en avión? —preguntó Luc al ver lo nerviosa que estaba ella—. Estadísticamente, el avión es un medio muy seguro de viajar.

—No me preocupa viajar en avión.

¡El problema era subir a un avión y tenerlo a él tan cerca!

Desde aquella noche en Papa's Pizza, Bella había llegado a la conclusión de que Luc quería a su hija y que nunca más la iba a abandonar. Le hubiese encantado seguir enfadada con él, pero no era fácil, ya que veía bondad en su actuar. En aquel mismo momento la estaba mostrando.

—No me gusta salir de Melbourne. Eso es todo. No es que mis hermanas me necesiten todo el tiempo; son independientes, como debe ser.

Decir aquello provocó que sintiera dolor en el corazón. Estaba bien que sus hermanas ya no la necesitaran tanto. ¡Habían crecido y a ella le agradaba!

—Dejar a Grace ha sido más difícil de lo que yo pensaba —dijo Luc, cuya cara reflejó lo tenso que se sintió—. No nos hemos separado desde que… desde antes de mudarnos a Australia. Le he dicho que volveré antes de que se acueste mañana por la noche. En realidad, pienso que le vendrá bien saber que puedo marcharme de viaje pero que regresaré como le prometí.

Luc dudó ante aquello.

—Bueno, eso espero.

—Por lo menos es sólo por una noche —dijo Bella, tratando de reconfortar a Luc tanto como a ella misma.

Si iban a pasar sólo una noche en Sidney e iban a estar trabajando, seguro que iba a ser capaz de apartar sus pensamientos de él… de aquella atracción que sentía.

Cuando el avión comenzó a despegar, Luc puso su mano sobre la de ella, a quien le dio un vuelco el corazón. Sacó su mano de debajo de la de él, pero entonces sintió un vacío.

Se sentó muy rígida, dispuesta a recordar a ambos el propósito de su viaje.

—Estamos aquí en viaje de negocios. Es todo por lo que estamos aquí.

—¿Es eso un intento de advertirme que no te desee, Arabella? —preguntó él en un tono de voz calmado, en contraste con la expresión de sus ojos—. Porque últimamente siento que… lo hago.

Bella levantó la cabeza y, aunque se sentía desprotegida, se negó a apartar la mirada de él.

—Si es necesario que te advierta, entonces sí, te estoy advirtiendo. Tú no confías en mí y yo tampoco confío en ti. Es mejor que nos centremos en los negocios y que esperemos poder sobrevivir.

—¿Y también te vas a advertir a ti misma de no desearme? —preguntó él, que sin esperar la respuesta de ella cambió de asunto—. Has hecho una buena elección con tus modelos. Están haciendo un magnífico trabajo para hacer publicidad de tus trajes.

Primero había dejado claro que sabía que ella se sentía atraída por él y había admitido que él también la deseaba, para después alabar su trabajo…

Decidida a fingir no estar afectada por aquello, esbozó una sonrisa.

—Unas cuantas joyas Montichelli aquí y allá tampoco hacen daño.

Podía hablar de trabajo, es en lo que debía centrarse; acudían a un desfile para mostrar los vestidos de ella conjuntados con joyas de él.

Luc le preguntó si nunca había considerado contratar a una costurera y, al hacerlo, le analizó cálidamente la cara con la mirada. Pudo ver la reacción que ello causó en Bella, que respiró profundamente.

—En realidad acabo de contratar a alguien para que me ayude a coser; la amiga de una chica que trabaja en el diseño de los trajes de un teatro local.

—Bien. Es importante que no te encargues tú de todo.

—Pensé que quizá te irías a oponer al gasto que ello supone.

—Quiero que cooperes conmigo, pero no quiero que abarques demasiado.

Entonces ella, al ver reflejado en los ojos de Luc que parecía estar tan confundido por estar cerca de ella como ella misma, cambió de asunto.

—Estoy preocupada por María. Tiene muchas ganas de ir a visitaros a Grace y a ti, no para de hablar del tiempo que va a pasar con vosotros. Pensaba que al llegarle más dinero se preocuparía menos, pero a veces parece que la ansiedad la supera.

—A mí también me gusta verla. Se porta muy bien con Grace.

Luc, distraídamente, ajustó el botón de la ventilación que tenía sobre sí y, tras hacerlo, colocó su mano en el reposabrazos de la silla. Tenía el brazo tan cerca de ella que con sólo que ella se moviera levemente lo rozaría.

—Mediante mi gerente de negocios, he hecho todo lo que podía para asegurar que María se encuentre en una buena situación financiera —Luc frunció el ceño—. Hasta que no se relaje conmigo personalmente, no sé qué otra cosa podría hacer. A veces parece que está muy a gusto, feliz, pero al rato parece otra vez tensa. En una ocasión le pregunté si quería contarme lo que le preocupaba. Casi se pone a llorar, y yo prometí no volver a preguntarlo.

—Yo también estuve a punto de preguntárselo, pero si ella no quiere confiarnos sus preocupaciones, tenemos que respetar su privacidad —Bella suspiró, deseando que el vuelo terminara pronto para, por lo menos, no tener que estar sentada prácticamente sobre Luc.

Estaba tan cerca, era tan masculino, tan atractivo, tan apetecible…

—¿Me estás dando la razón, Arabella? —Luc acompañó la pregunta de una provocadora mirada—. Estoy impresionado. Me pregunto qué será lo siguiente.

—Lo siguiente es hacer que este desfile sea un éxito.

Durante todo el tiempo que duró el desfile de modelos, Bella estuvo evitando a Luc, por lo menos todo lo que le fue posible.

Cuando, tras terminar el desfile, invitaron a las modelos a cenar, trató de centrar su atención en las chicas. Pero no le fue fácil, teniéndolo tan cerca y soportando la reacción de su cuerpo ante él.

Al terminar la cena, las modelos se marcharon a un casino cercano, y Bella y Luc se quedaron a solas.

—El desfile ha sido un éxito —dijo Luc en un tono de voz bajo mientras se dirigían por el pasillo del hotel a la habitación de ella —. Hay algo que debes saber acerca de aquella última noche en Milán, Bella —dijo al llegar a la puerta de la habitación—. No había pretendido decírtelo, pensaba que el momento ya había pasado, pero ahora que sé que no estabas saliendo con el manager… y como me atraes…

Pareció que dudó si seguir hablando, pero entonces prosiguió.

—Yo no le estaba siendo infiel a Natalie. Ya estábamos separados —dijo, acariciándole la cara a Bella.

Ella no pudo apartarse ni pensar con claridad.

—¿Qué estás diciendo? Habíais tenido un bebé. Grace sólo tendría unos pocos meses.

—Natalie y yo… nos casamos por razones equivocadas —explicó, mirándola a la cara—. El matrimonio se estropeó. Cuando Grace nació, ya estaba haciendo aguas, y Natalie no estaba interesada en la niña. Las peleas que tuvimos sobre ello pusieron el punto y final a nuestra historia.

—¿Por qué no me lo dijiste en su momento? ¿Y por qué me lo dices ahora?

—Estaba demasiado ensimismado con tenerte. Todo lo demás daba igual —dijo, acariciándole la mejilla—. *Dio*, Arabella, entonces te deseaba, pero ahora te deseo aún más. Quiero que te me entregues completamente.

Bella estaba muy confundida, y se preguntó cómo iba a dejar que los fantasmas del pasado se interpusieran en la manera con que lo deseaba en aquel momento.

—¿No te das cuenta, Bella? ¿De esto? ¿De nosotros? —Luc se acercó aún más hacia ella, tomándola por los hombros.

Bella sintió un escalofrío, y cada poro de su cuerpo respondió a la caricia de él.

—Sí, pero no estoy segura…

—No lo pienses. Simplemente siente. Responde a tu cuerpo, a nosotros.

Bella, animada por él, tocó su pecho, deseando tocar su piel desnuda…

—Ya no somos los que éramos. Ahora esto es lo que somos —dijo él.

Entonces Luc murmuró el nombre de ella y acercó la cabeza para darle un suave beso en los labios. Bella no pudo luchar más. Quería que él la abrazara, y todo lo demás no importaba…

Cuando él posó sus labios sobre la boca de ella y la acercó a su cuerpo, Bella se sintió muy bien.

—Luchino.

—No me llames Luchino, llámame Luc —dijo, mordisqueándole el lóbulo de la oreja y hundiendo su cabeza en el cuello de ella, respirando su aroma.

—Luc —dijo entonces ella, sintiendo cómo los escalofríos le recorrían el cuerpo.

—Sí —dijo Luc, volviendo a besarla en la boca.

Bella se perdió en aquel suave y sensual viaje. En Luc.

—¿Dónde está tu llave? —le preguntó él al oído—. Quiero besarte en la intimidad.

El cuerpo de Bella respondió, accediendo instantáneamente, y le dio la llave de su habitación, pero decidió que debía ser ella quien abriera, y así lo hizo.

Al entrar, Luc la abrazó y besó sin darle la oportunidad siquiera de pensar.

—Tienes un sabor estupendo, *mia* Bella, mejor que el mejor vino —como para demostrarlo, Luc acarició los labios de ella con su lengua.

Él también tenía un sabor estupendo, y ella abrió la boca, suspirando.

Luc la atrajo aún más contra su cuerpo y la besó más profundamente hasta que a ella se le aceleró el corazón debido al deseo de tenerlo.

—Deseo esto más de lo que nunca haya deseado vino.

—Entonces probémoslo juntos —dijo él, respondiendo a sus palabras tocándola y besándola apasionadamente, susurrando bonitas palabras mientras le acariciaba todo el cuerpo—. Tienes una cintura tan pequeña, puedo abrazarla con mis manos.

Se lo demostró, provocando que ella sintiera un escalofrío.

—Yo también quiero… tocarte —dijo ella, quitándole la chaqueta, acariciándole el pecho y los hombros—. Nunca hicimos esto.

Nunca se habían tocado de una manera tan íntima.

—No. Pero yo quería —dijo él, besándola de nuevo apasionadamente.

De alguna manera la camisa de él cayó al suelo y Bella acarició los músculos de sus hombros, de sus brazos, su duro pecho…

—Confías en mí —dijo.

Pensó que él debía haberse dado cuenta de que ella no había querido hacerle ningún daño a María y de que no era una avariciosa.

Pero parecía que Luc no había escuchado aquello. En vez de ello, había encontrado la escondida cremallera del vestido de ella…

Quizá fue el aire frío que rozó la sensible piel de Arabella lo que la hizo pensar. Pero pensar de verdad, por primera vez desde que él había comenzado a besarla. O quizá fue que Luc no había respondido a sus palabras.

—Te deseo, Arabella, quiero ver todo tu cuerpo, tocarlo…

Pero de repente Bella se apartó de él, recordándose a sí misma que no confiaba en él.

—Me deseas sexualmente, pero no crees en mí. Si lo hicieras, no estaríamos trabajando juntos para vender mis vestidos.

—Esto no tiene nada que ver con eso —dijo él, pero sin negar las acusaciones de Bella.

Luc se acarició el pelo. Era demasiado guapo como para que ella tuviera paz.

—No estaba pensando…

—Yo tampoco —dijo Bella, que se había dejado llevar por los sentidos—. No te molestes en decir nada más. Lo que opines de mí no importa porque yo sé quién soy y cómo me comporto. Lo que más me preocupa es haberme olvidado de lo que sé de ti. Me alegro, por mi conciencia, de que estuvieras separado cuando tuvimos aquella relación en Milán, pero esto es sobre lo que le hiciste a tu hija, sobre tu creencia de que yo he malversado las finanzas de tu tía, sobre la manera en la que me obligaste a actuar para devolverle el dinero. Es sobre todo eso.

Mientras ella había estado hablando, él se había vuelto a poner la camisa y la chaqueta.

—Puedes decir lo que quieras, pero esto ha tenido que ver contigo y conmigo y con lo que queríamos. Yo todavía te deseo. Quizá ambos tengamos que pensar sobre eso, porque tú te has involucrado tanto como yo, Bella. Has compartido cada momento. Me deseabas tanto como te deseaba yo a ti.

Era verdad, y aquello preocupaba mucho a Bella. Pero si él no creía en ella y ella no podía confiar en él, ¡no merecía la pena!

Luc no esperó a que ella respondiera. Se acercó a la puerta y entonces se dirigió a ella.

—Piénsalo, Arabella —dijo antes de marcharse.

Capítulo 8

Ella se fue a la cama muy confundida. Recordó la manera en la que la había besado; todo lo que había ocurrido entre ellos no había significado lo mismo para él que para ella. Luc no la respetaba.

Se dijo a sí misma que tenía que hacerle creer en ella.

Pero a continuación se preguntó por qué debía hacerlo, cuando él era un hombre que desconfiaba de ella y que había abandonado a su hija.

Refunfuñando, hundió su nariz en la almohada y rezó para poder dormirse.

Al final debió de haberlo hecho ya que la despertó el timbre de su teléfono móvil cuando todavía estaba oscuro en la habitación.

—¿Sí? —respondió medio dormida.

—Bella, soy Soph —dijo su hermana con la tensión reflejada en la voz—. Chrissy está en el hospital. Ha sangrado y ha tenido contracciones. Los médicos están preocupados por el bebé.

—¡Oh, Dios bendito! —exclamó Bella, espabilándose inmediatamente. Se levantó de la cama y comenzó a meter sus cosas en la maleta. Tenía las piernas débiles y le temblaban las manos.

Tenía que regresar a Melbourne para estar junto a Chrissy.

—Tomaré el primer vuelo que salga para allí. ¿Estás con ella en el hospital? ¿Qué es lo que está pasando exactamente? ¿Puedo hablar con ella? ¿Dónde está Nate? ¿A qué hospital la ha llevado? ¿Qué médico la está atendiendo?

Cuando Soph comenzó a responder, Bella la interrumpió.

—En realidad no hay tiempo para que me respondas. Te telefonearé desde el aeropuerto una vez haya comprado un billete. Estás con ella, ¿no es así?

—Estoy en el hospital, pero no me han dejado entrar a verla y he tenido que salir fuera para telefonearte —Soph respiró profundamente—. Saldré cada media hora para comprobar si tengo mensajes tuyos. Es lo mejor que puedo hacer.

Cuando su hermana pequeña colgó el teléfono, Bella se sintió indefensa. Estaba muy lejos de su hermana y tardaría horas en llegar a Melbourne. Trató de tranquilizarse, diciéndose que Nate estaba ocupándose de todo, pero le preocupó que Soph no estuviera con Nate y Chrissy. Se preguntó si su hermana no estaría en la unidad de cuidados intensivos.

Cuando se hubo vestido y tomado todas sus pertenencias, estaba tan nerviosa que incluso sintió una contractura muscular. Entonces llamaron a su puerta.

Al abrir, vio a Luc allí de pie con su maleta en la mano y la

preocupación reflejada en los ojos.

Bella quería que la abrazara y que la… consolara, quería olvidarse de lo ocurrido la noche anterior y de la tensa atmósfera que había entre ambos.

La expresión de Luc sólo reflejaba preocupación.

—Sophia telefoneó a mi habitación —dijo como si fuera algo normal—. He telefoneado al aeropuerto y he comprado billetes para el próximo vuelo. Vamos.

—Estoy preparada. Estaba a punto de salir cuando has llamado a la puerta.

Bella se preguntó por qué habría telefoneado Soph a Luc, si no se acordaba que ella siempre se las había arreglado sola.

Pero Luc la apresuró a salir del hotel y a montarse en un taxi que les estaba esperando.

—Me las podía haber arreglado sola —dijo Bella mientras el taxista arrancaba a toda prisa.

Luc levantó una ceja, interrogante, y Bella tuvo que admitir que estaba muy atractivo con aquella barba de un día. Pero ella no llevaba maquillaje y seguro que tenía ojeras.

—Parecía que Sophia pensaba que yo te podía ayudar a regresar antes —explicó Luc calmadamente, pero sus ojos reflejaban confusión. Entonces apartó la vista de ella.

Al llegar al aeropuerto, a Bella le vino a la mente el recuerdo de los brazos de Luc abrazándola la noche anterior. Se sorprendió a sí misma pensando aquello. Pero entonces no hubo más tiempo para pensar, ya que tuvieron que pasar por los controles de seguridad.

Una vez en el avión, Luc colocó sus maletas en el maletero que había sobre sus asientos y se sentó al lado de Bella.

—Supongo que tu rutina de ejercicios incluye *footing*. Has hecho muy bien esta carrera —dijo él.

Hablar un poco estaba bien. Bella iba a distraerse con lo que fuera para así lograr no pensar en la noche anterior y en la situación de su hermana.

—En realidad no tengo una rutina, pero sí que me gusta hacer ejercicio. Hago yoga, corro, lo que sea que venga bien en el momento. Me hace sentirme bien.

También me gustan otras influencias tranquilizadoras como el *tai chai*, así como estar en cualquier sitio donde no esté Sophie cuando cocina o experimenta con el pelo.

Luc se rió ante aquello y, aunque sólo fuese por un momento, alivió un poco el estrés que ella sentía. Cuando el avión comenzó a despegar, la sonrisa de él se borró de su cara y tomó la fría mano de

ella entre las suyas.

—Te llevaré junto a Chrissy tan rápido como pueda, Arabella. Sé que estás preocupada.

A pesar del desasosiego que había entre ambos, algo en aquel tono de voz que reflejaba preocupación provocó que Bella se sincerara.

—¿Sabes cuántas cosas pueden salir mal en un embarazo? ¿Y si pierde el bebé? Se quedaría destrozada. Está construyendo una familia junto a Nate. Chrissy lo necesita. Y yo quiero que lo tenga. Debe ser capaz de tenerlo.

—La quieres muchísimo —observó él.

Bella asintió con la cabeza y mantuvo silencio. No quería admitir que la mano de él sobre la suya le ayudaba a mantenerse entera.

Cuando aterrizaron en Melbourne, Luc consiguió un taxi rápidamente. Ella estaba deseando poner distancia entre ellos para así poder recordarse a sí misma todas las razones por las que en realidad no quería tener nada que ver con él.

—Estoy segura de que quieres ir a tu casa a ver a tu hija.

—Grace no me espera hasta dentro de mucho y no pretendo dejarte sola hasta que no estés segura de que tu hermana está bien —dijo Luc, montándose en el coche e indicándole la dirección al taxista.

Entonces señaló el bolso de Bella.

—¿Por qué no telefoneas a Sophia? Si puede hablar contigo ahora, quizá pueda aliviar un poco tus preocupaciones. Por lo menos así sabrá que vas a llegar dentro de poco.

—Sí. Voy a telefonear a Soph. Eso era… justo lo que yo también estaba pensando —dijo, tomando su teléfono móvil—. Quizá Soph no esté fuera del hospital, pero lo intentaré de todas maneras.

Sophia no respondió la llamada, pero el teléfono sonó al poco rato. Bella se sobresaltó.

—¿Soph?

La conversación no duró mucho. Cuando Bella terminó de hablar, Luc la miró, interrogante.

—Todavía no le han permitido a Soph entrar a ver a Chrissy. Casi no tiene batería en el teléfono. Ha dicho que saldrá a recibirnos a la puerta del hospital y que entonces nos explicará con más detalle lo que ocurre.

Bella se percató de que había incluido a Luc en su comentario. Esbozó una dura mueca.

—No tienes que quedarte. Como ya te he dicho, me las puedo

arreglar perfectamente sin ti.

Ella no quería que él se quedara. Luc ya había presenciado demasiado de su vulnerabilidad.

—Me voy a quedar, Bella. No sigas perdiendo energía en ello.

Al llegar al hospital y pagar Bella al taxista, Luc la ayudó a salir del coche y tomó sus maletas en una mano, agarrando a Bella por el hombro con la otra.

Cuando se encontraron con Soph, Bella la abrazó.

—Han dicho que sólo puede haber una persona con Chrissy, porque su tensión arterial se alteró muchísimo. Así que Nate está con ella —explicó Soph, emocionada—. Él ha salido dos veces para decirme que Chrissy ha dicho que no nos preocupemos, pero él mismo está preocupado.

Ante aquello, la tensión de Bella se disparó por los aires hasta alcanzar la que su hermana podría haber alcanzado. Entonces miró las puertas del hospital.

—No entienden. Vamos a ver a nuestra hermana, ahora mismo, porque ella nos necesita y se sentirá mejor si nos ve.

Luc ya se había adelantado y estaba dentro del hospital, hablando con la encargada de admisiones. Parecía que se la estaba camelando. Bella frunció el ceño mientras luchaba contra el sentimiento de indefensión que sentía, ya que incluso se le había adelantado en sus intenciones.

—Ven conmigo —dijo Bella, agarrando a Soph por el hombro y acercándose apresuradamente a Luc.

Éste trataba de convencer a la mujer que había en recepción, diciéndole que la familia tenía que estar junta, que podrían preguntarle a la paciente si se sentiría mejor si sus hermanas la visitaban y cosas por el estilo, todo en un tono de voz que provocaría que a cualquiera se le encogieran los dedos de los pies. A Bella le ocurrió, de tal manera que tardó unos segundos en decirle a Luc que se apartara, momento en el cual la mujer estaba casi comiendo de su mano. Entonces Luc intensificó su acento y le suplicó que dejara que las chicas vieran a su hermana… para beneficio de Chrissy.

Bella no se lo podía creer, pero se movieron algunos hilos, ya que minutos después estaban esperando fuera de la habitación de Chrissy. Se dio la vuelta para encarar a Luc, pero… ¿qué? ¿iba a reprenderlo por haber provocado que ocurriera lo que ella necesitaba que ocurriera? ¿por hacer que ella quisiese echarse a sus pies por la actuación que había tenido?

No. Era por haberle quitado el control cuando ella necesitaba

estar entera. Si no tenía el control… ¿qué le quedaba? Todo parecía tan inseguro, ni siquiera estaba segura de quién era ella ni de lo que quería, y aquello la aterrorizaba más de lo que nada había hecho antes. Planear las cosas había sido lo que le había hecho seguir adelante.

Luc miró a los confundidos ojos de Bella y se metió las manos en los bolsillos, apartándose un poco.

—Esperaré mientras veis cómo está vuestra hermana.

Irracionalmente, Bella quería que Luc entrara con ella en la habitación y que estuviera a su lado. Parpadeó, frunció el ceño y trató de darle las gracias por sus esfuerzos. También trató de decirle que se fuera, reafirmarse a sí misma y volver a tener el sentimiento de controlarlo todo que tan desesperadamente necesitaba.

—Venga —dijo Soph, agarrándola por el brazo.

—Entra, Bella. Yo estaré aquí —dijo Luc.

Entonces, sólo pensando en Chrissy y en su bebé, con Soph temblando a su lado, Bella entró en la habitación de hospital de su hermana.

—¿Cómo estás? ¿Cómo está el bebé? —Bella agarró la mano de su hermana—. ¿Cómo te sientes?

Chrissy agarró a su vez firmemente la mano de Arabella.

—Me han hecho muchas pruebas y han descartado una gran cantidad de desagradables posibilidades. El médico se inclina a pensar que las contracciones y la tensión tan alta se han desatado por el pánico que sentí al ver que había sangrado. La tensión se me ha restablecido.

Bien. Aquello estaba bien. Bella asintió y miró a su cuñado. Pero Nate tenía muy mal aspecto. Estaba acariciando sin parar el brazo de Chrissy y su barriga, como si no pudiese soportar dejar de tocar a su esposa y al bebé.

Aquella imagen le dolió a Bella. Era una imagen muy bonita, la imagen de un hombre y una mujer hechos el uno para el otro. Se dio cuenta de que su hermana había encontrado su alma gemela. No lo había comprendido completamente hasta aquel momento. Pero de alguna manera aquello le hacía sentirse un poco perdida.

Soph estaba a su lado.

—¿Ya has dejado de tener contracciones? ¿Y la hemorragia? ¿Qué explicación te han dado?

—Las contracciones han cesado —respondió Chrissy, claramente aliviada—. Sólo he sangrado un poco y también he dejado de

hacerlo. Parece que todo está bien y me han dicho que hasta un treinta por ciento de casos de sangrado durante el embarazo no tienen explicación, así que no debería preocuparme porque no hayan encontrado una razón.

Chrissy se acarició la tripa.

—El médico me ha dicho que tendré que tener cuidado y descansar. Si vuelve a ocurrir, tendría que venir urgentemente al hospital.

—Si se mantiene con la tensión normal y todo lo demás marcha bien, mañana por la mañana le darán el alta —dijo Nate, mirando a Soph y después a Bella—. Siento que no os hayan dejado entrar hasta ahora y que las dos hayáis estado preocupadas.

Chrissy le dio unas palmaditas en el brazo a Nate.

—¡Como si tú no hubieras estado preocupado! Sólo te has tranquilizado hace un rato cuando la enfermera me volvió a tomar la tensión y estaba mucho mejor —entonces se puso muy seria y se dio la vuelta hacia sus hermanas—. Tengo que admitir que yo también estaba preocupada. Gracias a las dos por estar aquí. No pretendí acortar tu viaje, Bella.

—Ni lo pienses. Yo quería estar aquí —dijo Arabella, agarrando de nuevo la mano de su hermana.

Quería quedarse más tiempo, pero sabía que si lo intentaba, pronto entraría una enfermera para echarlas, cosa que quizá disgustara a Chrissy.

—Descansa, Christianna. Estás en buenas manos. Nate se asegurará de que haces lo correcto. Todos cuidaremos de ti hasta que nazca el bebé.

—Lo sé —dijo Chrissy, a la que le corría una lágrima por la mejilla—. En este momento tengo las hormonas revolucionadas o algo así.

—Querías a tu lado a tu marido y a tus hermanas. Es normal —dijo Bella, abrazando a Chrissy—. ¿Por qué no hablas un ratito con Soph y luego nos marchamos, dejándote con Nate otra vez? —entonces se dirigió a él—. ¿Nos harás saber inmediatamente si hay algún problema? Vendremos a ver a Chrissy esta noche y mañana, tanto si está aquí o en casa. La visitaremos con más frecuencia si nos necesita, pero no queremos interponernos en su descanso…

—Os mantendré informadas —Nate asintió con la cabeza, acercándose a abrazar a Bella—. La cuidaré. Te lo prometo.

—Gra… gracias —dijo Bella, carraspeando, emocionada. Entonces se dirigió a Soph—: Cuando llegamos vi dónde está aparcado el coche. Necesito hablar con Luc, por lo que te veré en el

coche cuando te hayas despedido de Chrissy. ¿Te parece bien?

Cuando Bella salió de la habitación de Chrissy, vio a Luc allí, esperando.

—No estaba segura de que todavía estuvieras aquí.

Luc se metió las manos en los bolsillos para refrenar el impulso de abrazarla.

—¿Cómo está tu hermana? ¿Se va a poner bien? ¿Y el bebé?

—Ambos estarán bien, siempre y cuando Chrissy descanse y se cuide mucho.

—Me alegra oír eso —dijo, deseando reconfortarla—. Me alegro mucho, Arabella.

—Sophia saldrá dentro de un momento —dijo Bella, acercándose a las maletas que reposaban contra la pared—. Le dije que la vería en nuestro coche.

—Te acompaño —dijo Luc, tomando ambas maletas.

Pero Bella lo miró y le quitó la suya.

—Puedo llevar mis cosas. Puedo controlar lo que me está ocurriendo… —entonces dejó de hablar al percatarse de que con su arrebato había revelado más de lo que quería—. Es muy amable de tu parte querer ayudar, pero es sólo una maleta.

—Desde luego; llévala tú si te hace feliz.

Pero aquello no versaba sólo sobre una maleta, y Luc se preguntó por qué Bella necesitaría tanto sentirse en control. Quizá tendría que ver con el abandono de sus padres.

Fueron hasta el coche en silencio.

—Este es —dijo Bella al llegar al vehículo, abriéndolo y poniendo su maleta en el asiento trasero. Entonces se dio la vuelta hacia él de mala gana.

A Luc le enojó pensar que ella pudiera estar pensando que él esperaba que le diera las gracias por la ayuda que le había prestado.

—Te ayudé porque tu hermana me lo pidió, Arabella, y porque estaba allí y podía hacerlo. Sé que podrías haberlo hecho todo tú sola, pero no hay nada malo en aceptar ayuda.

—Aprecio que quisieras ayudarme —dijo Bella entrecortadamente y con la tensión reflejada en la cara—. De verdad que lo aprecio, Luc.

—¿En serio? —preguntó él, acercándose a ella y tomándola por los brazos.

Estaban cara a cara, y Luc se percató de que quería entenderla. Necesitaba hacerlo.

—Háblame de tus hermanas, cuéntame cómo fue salir adelante sin tus padres —pidió, esbozando una dura mueca—. Necesito

entender tu miedo, ya que es parte de lo que se interpone entre nosotros.

—No ayudará. No cambiará nada —dijo Bella, apartándose de él —. Yo tenía dieciocho años cuando nuestros padres nos dejaron y mis hermanas necesitaban depender de alguien. Y yo fui esa persona.

—¿Habías siquiera acabado el colegio?

—Acababa de terminar, y una agencia de modelos, que había visto mi fotografía en el periódico junto al equipo de baloncesto de mi colegio, requirió mis servicios. Las Navidades se acercaban… no fue exactamente un buen regalo el que mis padres nos dieron a mis hermanas y a mí aquel año.

Luc quería que Bella dejara de sufrir, pero sabía que no podía hacer nada. Aquélla era la razón por la cual ella le culpaba de una manera tan personal por haber dejado a Grace.

Él mismo sabía que lo que había hecho había estado mal. Cada día se enfrentaba con su culpa.

—Chrissy y Soph siempre trataron de ayudar, pero eran todavía unas colegialas. No podían soportar el peso emocional que aquello suponía. No estaban preparadas.

—Fuiste tú la que soportaste todo el peso —dijo Luc, que sospechaba que había más secretos—. Ahora tus hermanas son adultas y manejan sus propias vidas. ¿Cómo te afecta eso a ti?

Al preguntar aquello, a Luc le vino a la mente el hecho de que Chrissy, a pesar de haber tenido a su marido al lado, había querido ver a sus hermanas en aquellos momentos tan difíciles en los cuales estaba preocupada por su bebé. Sintió cómo le dolía el corazón, ya que él había perdido ese sentido de la familia. Bueno, en realidad nunca lo había tenido.

Parecía que sus padres nunca habían llegado a aceptarlo realmente. Dom había sido siempre el favorito.

—Chrissy y Soph son adultas, pero todo lo que llevo por dentro está todavía conectado con ellas —dijo Bella, con el dolor reflejado en la mirada—. A veces siento como que el pozo se ha secado y me da miedo de que si me necesitan no seré capaz de ayudarlas. He estado tan vacía, Luc, tan vacía por dentro durante tanto tiempo.

—Dio —Luc se acercó a ella.

Pero Bella se apartó, emitiendo un duro sonido, entre risa y dolor, con la garganta.

—Nos abandonaron en un acto imperdonable de egoísmo, y yo he tratado de compensar por esa pérdida a mis hermanas todos los días desde que ocurrió. Tú… tú has hecho pasar a tu hija por el

mismo dolor. Anoche lo olvidé durante un momento, y hoy he dejado que me ayudaras. Pero no debo olvidarme de ello. No me lo permitiré.

Luc se dio cuenta de que Bella nunca lo perdonaría, lo que significaba que si había albergado alguna esperanza de tenerla en su vida como pareja, debía olvidarse de ello inmediatamente. No funcionaría.

—De ahora en adelante, sólo tienes que trabajar conmigo para vender vestidos —dijo ella, mirándolo a la cara—. Cualquier otra cosa sólo podría hacernos daño.

Bella no pudo camuflar el dolor que denotaba su voz y las emociones que reflejaba su cara.

—Arabella, querida mía… —comenzó a decir Luc, que no pudo soportar el sufrimiento de ella.

—Yo… Ahí está Sophia —dijo ella, aliviada—. Me tengo que marchar. Adiós.

Capítulo 9

Ella no tenía que acudir a ningún acto social con Luchino hasta el viernes. Agradecida, trabajó a conciencia en la tienda, se aseguró de que Chrissy se cuidaba y trató de no pensar en Luchino.

El viernes por la mañana, María dejó a Hannah a cargo de los clientes y sacó a Bella fuera de la tienda, llevándola a la cafetería más cercana, donde le confesó su situación económica.

—He convertido el gastarme más de lo que debería en un hábito y quiero arreglar las cosas.

—Gracias a la atención que he atraído cuando Luc y yo hemos… salido juntos, mis vestidos se están vendiendo bien —dijo Bella, tratando de tranquilizar a su jefa—. Estoy segura de que las cosas se arreglarán.

—Yo también estoy segura —dijo María—. Tengo un patrocinador secreto que ha quitado la tensión de mis finanzas. Es un filántropo, y el acuerdo que firmé con él es hermético y no me puede causar problemas, pero pensé que debías estar al tanto.

Entonces María se aclaró la garganta.

—Debería habértelo contado antes, pero he estado bastante alterada por… otras cosas últimamente y encontraba difícil tratar el asunto.

—Gracias por decírmelo —dijo Bella, deseando poder ser tan sincera como lo estaba siendo María, deseando poder decirle que ya sabía todo aquello. Pero eso era labor de Luc.

María regresó a la tienda para tomar su maleta, tras lo cual se subió a un taxi que la llevaría al aeropuerto para su siguiente viaje de negocios. Debía estar más relajada tras haberle confesado aquello a Bella, pero seguía estando muy tensa.

—Ten buen viaje —le deseó Bella, acercándose al taxi a tocar el brazo de su jefa—. Si hay algo más que pueda hacer por ti, o si quieres hablar…

—Son asuntos familiares, Arabella, y lo que está hecho ya no se puede cambiar. Tengo suerte de tener ahora esta oportunidad… —María se contuvo de seguir hablando.

Bella reprimió un suspiro, frunció el ceño y se enderezó. Se preguntó a qué oportunidad se estaría refiriendo María. Quizá fuese a la oportunidad de tener a Luchino cerca de ella cuando ella había abandonado a su familia hacía tanto tiempo. Sí. Sería eso. Se planteó qué habría llevado a María a marcharse de Italia.

—¿Por qué te marchaste, María? ¿Por qué viniste a un lugar tan lejano hace tanto tiempo…?

Pero María cerró la puerta sin contestar; probablemente no la

había oído. El taxi se alejó.

Las cosas no mejoraron exactamente por la tarde. Se tuvo que enfrentar a tres clientes difíciles. Dos de ellos habían tratado de devolver ropa que era obvio habían utilizado.

Tras ello, Hannah se puso mala del estómago, y Bella tuvo que mandarla a casa. Entonces, para rematar la tarde, una mujer que había encargado un vestido a medida telefoneó para decir que cancelaba el pedido, ya que había cambiado de opinión y quería que le devolvieran el depósito.

No le devolverían el depósito, pero Bella tenía un vestido medio hecho que no sabía si iría a vender o no.

Y aquella misma noche tenía que ver de nuevo a Luchino. Tenía que salir con él para atraer más compradores hasta que llegaran al punto en que Luc se apartara de su vida. Para obtener algo de control, Bella había insistido en comprar las entradas para la función de teatro a la que iban a asistir. En aquel momento le parecía una tontería, pero había sido importante para ella.

Tenía que telefonear a Luc para decirle dónde y a qué hora se tenían que ver. Con sólo pensar que iba a escuchar su voz se le revolucionó el corazón.

¡Sólo con pensar en su voz!

—Hola, Diamantes Montichelli. Le habla Kayla. ¿En qué puedo ayudarle?

—Ah, Kayla. Hola —dijo Bella, preguntándose por qué habría respondido ella al teléfono privado de Luc—. ¿Está por ahí Luchino? Soy Arabella Gable. Necesito hablar con él para quedar para ir al teatro esta noche.

Entonces se creó una pausa, una de ésas que hacen correr la imaginación.

Bella hizo todo lo que pudo para frenar la suya.

Tras un momento, Kayla carraspeó y habló.

—Pensé que alguien le habría informado… el ama de llaves de Luc o el hospital. Hubo un accidente —la chica tomó aire—. Se desplomó una de las tomas de luces nuevas. Casi da a una dienta. Luc la salvó, pero a él le dio en la cabeza. Y las tomas de luces son pesadas…

—¿Luc está herido? ¿Dónde está? ¿Es muy grave? —a Bella se le hizo un nudo en el estómago.

Entonces se oyó a alguien por detrás de Kayla que necesitaba su ayuda, por lo que la muchacha se excusó un momento.

—Lo siento. Voy a tener que colgar. Acaba de llegar un grupo de turistas extranjeros. Parece que siempre ocurre cuando estamos a

punto de cerrar. Luc estuvo en el hospital y luego le mandaron a casa. Es todo lo que sé. Supongo que no puede ser muy grave cuando le dieron el alta.

—Está bien, gracias por tu ayuda —dijo Bella, que también quería colgar.

Se preguntó si Luc estaría realmente bien. Entonces salió y cerró la tienda, dirigiéndose hacia el aparcamiento donde tenía su coche. Por el camino, telefoneó a Soph para explicarle lo que había pasado y ofrecerle las entradas de teatro.

—Están en la mesilla de noche de mi habitación, bajo el reloj.

No las había puesto allí para haber recordado que iba a ver a Luc ni nada parecido; simplemente era el mejor lugar donde guardarlas.

—Tengo que colgar, Soph. Siento haber estado utilizando el coche últimamente más de lo que me tocaba.

—No te preocupes —Soph hizo una pausa—. Quizá les dé un buen uso a esas entradas. Me arreglaré el pelo y me pondré un magnífico vestido. Estaré sofisticada y glamurosa. Cuídate, Bella. Me he dado cuenta de que te preocupas por él, pero Luchino sigue siendo el que te hizo daño…

—Oh, pero yo no… Luc y yo ni siquiera somos…

—Lo siento. Joe está en la puerta para ayudarme a pintarme las uñas. Tengo que colgar. Gracias por las entradas.

A Bella le inquietó un poco que Soph hubiese notado su interés por Luc, pero no tenía tiempo de pensar en ello en aquel momento.

Tenía que enterarse del alcance de las heridas de Luc. Se montó en su coche y condujo hasta la casa de éste.

Cuando llegó, había un viento muy fuerte. Llamó a la puerta y esperó. Y esperó aún más. Fue a llamar de nuevo cuando por fin alguien respondió.

—Oh, Arabella. Lo siento. Debería haberme puesto en contacto contigo, pero cuando lo sugerí, el señor Luc se negó —dijo Heather un poco exaltada, indicándole a Bella que entrara—. Por favor, pasa. Querrás verlo enseguida, y estoy segura de que él se sentirá mejor al verte.

El ama de llaves parecía realmente alterada.

—¿Está… está muy mal?

Parecía que Heather no estaba escuchando.

—Iré a ver si todavía está despierto. No ha dormido prácticamente nada desde que lo trajeron a casa, y estoy segura de que le vendría bien descansar un poco —dijo el ama de llaves, subiendo por las escaleras y desapareciendo.

—Heather. Oh, espera —dijo Bella, que no descansaría hasta que no viera a Luc ella misma.

Se quedó esperando al ama de llaves en el vestíbulo. Necesitaba tranquilizarse.

—Mi *papa* se dio un golpe en la cabeza, pero se pondrá mejor.

—¡Grace! Dios mío, tú… ah… Lo siento, no me había dado cuenta de que estabas aquí —dijo Bella, mirando a la pequeña—. Sé que Luc se ha… ah, dado un golpe en la cabeza. Pensé en venir a ver cómo se sentía.

—Bueno, se golpeó en el coco —dijo Grace, acercándose a Bella —. Pero los Montichelli tienen cocos duros. Por eso él se pondrá bien. Simplemente se tiene que quedar en la cama y estar calmado hasta mañana. Le he leído uno de mis cuentos para que se sintiera mejor, y ha ayudado.

—¡Qué bien! —exclamó Bella.

El brillo que reflejaban los ojos de la pequeña dejaba claro que había disfrutado de esa cercanía con su padre.

—Me alegra que no estés preocupada por tu papa —dijo Bella, que no estaba preparada a aceptar que no tenía nada de qué preocuparse hasta que ella misma no viera a Luc.

Entonces regresó Heather, cuya expresión suplicante preocupó a Bella.

—El señor Luc te verá ahora. Está descansando en su habitación. Es la tercera por la izquierda en la planta de arriba.

—¿Está todo bien, Heather?

El ama de llaves miró a Grace, que parecía haber escuchado toda la conversación, y dudó.

—Mi hermana ha telefoneado. Se ha caído en su piso. Dice que no es nada y quizá tenga razón —explicó Heather, agitando una mano—. Estoy segura de que está bien. Puedo ir a verla mañana, una vez que Luc se levante de nuevo.

A Bella le pareció inaceptable que Heather tuviera que esperar hasta el día siguiente para ver a su hermana.

—¿Podría tomar un taxi que la llevara a urgencias, simplemente para ver cómo está?

—Es demasiado testaruda como para hacerlo —Heather se encogió de hombros—. Cuando hablé con ella por teléfono, me pareció que estaba bien, simplemente un poco enfadada. Dice que está un poco magullada por la caída.

—Tienes que ir a verla ahora mismo, Heather. No hay ninguna razón por la que yo no pueda… encargarme de cuidar las cosas por aquí hasta que tú vuelvas. ¿Por qué no te vas ahora mismo?

Simplemente dime qué tengo que hacer por Luc y Grace mientras tú estás fuera.

—¿Quiere eso decir que durante esta noche serás mi niñera? —preguntó Grace con los ojos brillantes—. ¿Me prepararás la cena, me leerás un cuento y me acostarás?

—Desde… desde luego que lo haré —dijo Bella, sonriendo a la niña, en la que vio reflejada a sus dos hermanas pequeñas.

Sophie y Chrissy se habían convertido en unas mujeres maravillosas a pesar del comportamiento de sus padres y de cualquiera de los errores que ella misma hubiese podido cometer. Grace era muy pequeña; quizá pudiera olvidarse del pasado, sobretodo si su padre continuaba dándole amor y haciéndole sentirse segura.

Heather le explicó a Bella lo que tenía que hacer en su ausencia, remarcando la importancia de comprobar cada hora las pupilas de Luc y su estado de lucidez.

—Yo voy a ir a ver la televisión mientras Bella comprueba cómo está papá —dijo Grace, dirigiéndose al salón y poniendo más alta la programación de un canal para niños—. Me permiten ver este canal —explicó, mirando a Bella.

—Está bien.

Bella tuvo que admitir que la niña parecía más contenta y, seguramente, que no todo se debía a la niñera, aunque Heather parecía una mujer encantadora. Había sido Luc el que había conseguido aquel cambio.

—Márchate, Heather. Iré a ver cómo está Luc y después cuidaré de Grace hasta que tú regreses.

Un sonido proveniente de la planta de arriba provocó que ambas mujeres dieran un respingo.

—Creo que ése será Luc, preguntándose por qué no has subido todavía. No le gusta estar confinado, pero el médico ha dicho que tiene que descansar hasta mañana.

—Márchate y tómate todo el tiempo que necesites para asegurarte de que tu hermana esté bien. Yo me las puedo arreglar.

Pero lo que no tenía tan claro era cómo poder arreglárselas viendo a un hombre tan sexy y masculino tumbado en aquella cama de matrimonio… en una habitación que olía a su colonia.

—Hola —dijo al entrar al cuarto.

Él no llevaba puesta ninguna camisa.

—¿Puedes estar así sentado?

Luc estaba recostado sobre almohadas y tenía los brazos

cruzados sobre aquel seductor, casi perfecto pecho cubierto de vello negro que tenía. Un pecho que ella misma había explorado con sus manos…

—Siento igual la cabeza tanto si estoy tumbado como sentado. Tengo un bulto que, si lo toco, me duele. Me duele la cabeza, pero podría estar levantando, haciendo cosas…

Entonces murmuró algo sobre los médicos sobreprotectores que daban órdenes estúpidas para confinar a un hombre que necesitaba trabajar.

—Siento lo del teatro. Compraré entradas para algo durante la semana. Sólo me acordé de ello cuando Heather me dijo que estabas aquí.

—Le he dicho a Soph que podía utilizar las entradas de esta noche. Una vez que te pongas mejor, podemos ir a otra función —dijo, acercándose a la cama para comprobar que él estuviera realmente bien.

Luc tenía buen color y parecía que sus ojos estaban bien. Se quedó mirándolos hasta percatarse de que se le había acelerado el pulso. Entonces él masculló algo, dejando claro que él también había reaccionado al escrutinio a que le había sometido ella.

—Simplemente quería saber si estabas bien —Bella se sintió obligada a explicarlo, tanto por él como por ella—. Como hacen los colegas.

—Supongo que es por eso por lo que las paredes están desprendiendo calor.

Entonces Luc se echó para atrás, acariciándose el pelo, y algo dentro de Bella se derritió.

Se dijo a sí misma que no podía ser posible que lo amara ni que quisiese formar una familia con él.

—Hum… hay algo que debes saber.

—¿El qué? —preguntó Luc, frunciendo el ceño.

—Ah, la hermana de Heather se ha caído, y Heather estaba preocupada por ella. Le he dicho que yo me encargaría del fuerte mientras ella visitaba a su hermana y se aseguraba de que todo estuviera bien. Estoy segura de que no será por mucho tiempo… quizá un par de horas.

—Está bien —dijo él, frunciendo el ceño de nuevo.

—Eso es todo lo que dices. ¿No estás enfadado? ¿No te importa?

—¿Que si me importa tenerte en mi casa durante un par de horas y poder mirarte y saber que estás aquí, aun cuando te vayas de mi habitación? —dijo él—. Quizá sea una verdadera tortura, pero no, no me importa.

Cuando se recostó más aún en las almohadas, Bella estaba segura de que le dolía la cabeza.

—Deja que te ayude a ponerte a gusto y después será mejor que vaya a ver cómo está Grace. No he venido aquí para ponernos las cosas difíciles a ninguno de los dos, Luc —explicó, deseando que él la creyera—. Supongo… que simplemente quería comprobar por mí misma que estabas bien, y entonces Heather tuvo que irse…

Se acercó para acomodar una de las almohadas.

—Deberías tratar de dormir un poco. Seguro que tu cuerpo lo necesita.

La manera con que la miró Luc dejó claro que lo que realmente necesitaba era a ella.

—Supongo que podría tratar de descansar mientras le das de cenar a Grace. En los días libres de Heather, normalmente preparamos algo rápido, así que a Grace no le importará comer algo que prepares fácilmente. Le gusta el queso con tostadas, los espaguetis, huevos cocidos…

—Encontraré algo que le guste y te subiré a ti algo de comer.

Bella se preguntó si Luc pensaba que ella no sabía qué darle de comer a una niña pequeña, cuando ella había alimentado a sus dos hermanas casi desde que habían sido pequeñas, ya que a su madre no le gustaban precisamente las tareas domésticas.

Al acomodar la almohada, Bella rozó con sus dedos la espalda de Luc, que tenía la piel muy caliente. Ella se paró en seco ante la tentación que el cuerpo de él suponía.

—Mueve las almohadas, Arabella. Hazlo ahora —ordenó él.

Bella sintió cómo un cosquilleo le recorría por todo el cuerpo. Arregló las almohadas y tomó a Luc por los hombros para ayudarlo a recostarse.

No quería soltarlo, pero se forzó a hacerlo y le cubrió el pecho con las ligeras mantas de su cama. Pero aquel gesto la acercó de nuevo demasiado a su piel.

—Tu herida —dijo, evitando mirarlo a los ojos—. ¿Puedo traerte algo mientras esperas por tu cena? ¿Te recetaron analgésicos?

—No necesito analgésicos. ¿Ha sido solo un interés altruista lo que te ha traído hasta aquí, Bella? —preguntó, controlando su tono de voz—. Porque ahora mismo estoy percibiendo unas vibraciones distintas de tu cuerpo.

—Telefoneé a la tienda para quedar contigo para ir al teatro —comenzó a decir, dando rodeos—. A tu empleada no le quedó más remedio que decirme lo que había ocurrido. Tengo entendido que fuiste el héroe de lo acontecido y que salvaste a una dienta cuando

la toma de luces se cayó.

Bella pensó que, si se centraban en eso, quizá Luc se olvidaría de tratar de encontrar razones ocultas tras su visita.

—Simplemente estaba cerca en ese momento —dijo Luc, bajando la mirada.

—Seguro que tu hija piensa que eres un héroe —dijo Bella. Ella misma se sentía orgullosa de él. Orgullosa, posesiva y…

Luc sonrió, no sin antes reflejar dolor en su cara.

—Creo que he progresado un poco con Grace. Está aprendiendo a confiar más en mí, a aceptar que cuando digo algo, lo digo en serio y que lo haré.

—Eso… eso está bien.

A Luc se le comenzaron a cerrar los párpados.

—Aprecio que hayas arreglado las cosas para que Heather pueda ir a ver a su hermana. Si me lo hubiera dicho a mí, me hubiera quedado despierto para cuidar a Grace y que así ella hubiese podido ir.

Bella quería decirle a Luc que se cuidara. Deseaba tanto hacerlo como deseaba acariciar todo su cuerpo. Pero optó por la opción más segura y señaló su estupidez.

—Quizá pienses que tienes una contusión muy leve. Quizá sea eso todo lo que tengas, pero no puedes estar seguro. De ahí la orden del médico de que descanses en la cama hasta mañana.

Tras decir aquello, Bella miró la tentadora cama y asintió con la cabeza al ver que Luc finalmente cerró los ojos.

—Descansa, Luc. Dentro de un rato volveré a ver cómo estás.

Capítulo 10

—Siempre estás muy guapa —le dijo Grace a Bella.

Arabella estaba colocando el cuento que le acababa de leer a la pequeña en una estantería repleta de encantadores libros de cuentos para niñas, algunos en inglés y otros en italiano.

La habitación de Grace estaba decorada de la manera que a Bella le gustaba; ositos de peluche, muñecas, divertidos juguetes en una gran caja… Y libros. Muchísimos libros maravillosos en los que incluso una niña de la edad de Grace se podría sumergir durante horas.

Bella se acercó a la cama para arropar a la pequeña.

—Gracias. Tengo que vestir así por mi trabajo, pero cuando estoy en casa me gusta ponerme cómoda. Y la mayoría de las veces me hago yo la ropa, porque coser… me relaja.

Grace levantó los brazos en una clara invitación a que la abrazara.

Por un momento, Bella sintió que se le paraba el corazón al verse invadida por un millar de emociones.

Entonces abrazó a la pequeña y notó que se le estaban cerrando los ojos. Le dolió el corazón y prefirió no pensar en los sentimientos que la embargaban. Abrazó a Grace una vez más.

—Buenas noches —dijo en la suave mejilla de la pequeña, respirando el aroma a inocencia y a niñez.

Se dio la vuelta y, al llegar a la puerta, apagó la luz y salió de la habitación.

Bajó a la planta de abajo y comenzó a ver las noticias. Cuando estaban terminando, el teléfono sonó. Era Heather, para decir que no podía regresar porque había habido una inundación en su zona de la ciudad.

—Lo he visto en las noticias —dijo Bella, agarrando el teléfono con fuerza—. Me quedaré hasta mañana. Por favor, no se te ocurra tratar de volver hasta que no sea de día.

Bella tomó su bolso y subió a la planta de arriba. Comprobó cómo estaba la niña, que ciertamente dormía muy profundamente. Al lado de la habitación de Grace, Bella descubrió una habitación que parecía estar muy ordenada. Dejó su bolso sobre la cama y fue a buscar sábanas. Iba a ser una noche muy larga.

—No tienes por qué andar de puntillas. No estoy dormido —murmuró Luc.

Bella dudaba qué hacer en el rellano de la puerta de la

habitación de él. Aparentemente había encontrado ropa limpia en la habitación de la colada y había tomado algunas cosas. La camiseta de él le llegaba por la mitad de los muslos. Un bañador revelaría más de su cuerpo, pero aquello era diferente. Ella podría no llevar nada debajo y, de todas maneras, había algo en el hecho de que ella llevara su ropa que… le excitaba.

Como si necesitara aún más incentivos…

—Parece que te vas a quedar mucho tiempo.

—Heather se ha quedado atrapada en el otro lado de la ciudad. Ha habido una gran tormenta —explicó Bella, acercándose a él.

Luc no podía dejar que lo mirara de nuevo desde un lado de la cama y no hacer nada. En vez de ello, se enderezó y se sentó en el borde del colchón.

—Me encuentro bien, Bella, muy bien y capaz de… hacer lo que sea. Pero quizá eso no sea algo que debamos discutir en medio de la noche, cuando tú tienes ese aspecto.

—Oh —Bella estiró la camiseta para taparse más en un gesto de repentina timidez. Al hacerlo, la camiseta le marcó los pechos.

Unos pechos pequeños, redondeados, perfectamente formados que Luc estaba deseando tocar y acariciar hasta que los dos perdieran la cabeza el uno por el otro.

—Simplemente vine a comprobar cómo estabas —dijo ella, observando la habitación.

Parecía que quería mirar a donde fuera menos a él. Se ruborizó.

—Quiero decir que comprobaré cómo estás de salud y después me iré a la cama. En… en la habitación de invitados.

Si lo hubiese dicho abiertamente, no hubiese podido dejar más claro que ella, también, había pensado en compartir su cama. Luc encendió la lamparita de noche, haciendo que la habitación se viera invadida de un suave brillo y que ella tuviera incluso mejor aspecto.

Deseaba tanto abrazarla, que hasta le dolía. Pero todo lo que podía hacer era apretar los dientes y desear que ella no se diera cuenta del hambre que sentía de ella.

—Adelante. Comprueba cómo estoy, pero te sugeriría que te sentaras. Cuando te inclinas sobre mí, afecta a mi autocontrol.

—Está bien. Entonces me sentaré —dijo ella, sentándose cuidadosamente, todavía ruborizada.

—Quizá deberías acercarte más para verme.

Luc observó cómo ella se acercó con cuidado, como si tuviera miedo de que, si hacía un movimiento brusco, la lanzara a sus brazos.

—Me acercaré más.

Se acercó a él lo suficiente como para examinarle las pupilas. Con sólo mover su hombro un poco hacia la derecha, él podía tocarla.

La gente decía que los ojos eran el espejo del alma, y Luc no estaba seguro de querer que Bella mirara en los suyos justo en aquel momento. Sin pensárselo dos veces, cerró los ojos y la tomó de la mano.

Si lo veía como una estratagema para distraerla, funcionaba. Bella dio un grito ahogado, sorprendida, mirando las manos de ambos entrelazadas. Pero Luc no había planeado aquello, había sido algo en su interior que había insistido que hiciera la conexión con ella, que por lo menos tuviera una pequeña parte de ella en su posesión.

Entonces abrió los ojos. Ella tenía una cara preciosa y una boca que le hacía… desearla aún más.

Bella levantó la vista y lo miró directamente a los ojos. ¿Estaría buscando alguna evidencia de problemas causados por la contusión? Sí, eso debía de ser parte del problema. Pero la vulnerabilidad que reflejaba la expresión de la cara de ella advirtió a Luc de que no era sólo eso.

Había mucho más.

—¿Tengo tres pupilas en cada ojo o está todo normal? —preguntó él, acariciando la mano de ella con su dedo pulgar.

—No. Sólo tienes una pupila en cada ojo —dijo ella, esbozando una temblorosa sonrisa. Le brillaban los ojos.

—Aprecio tu buena voluntad para quedarte esta noche, para cuidar de Grace y de mí —dijo, respirando el aroma de ella. Si no dejaba que ella se marchara en aquel momento, quizá no quisiera que se marchara nunca—. Ya es casi media noche. Como has visto, no tengo ningún daño. Puedes marcharte a casa, Bella.

Aquello era lo último que él quería.

—No te puedo dejar, Luc, incluso si tu «coco» no tiene ningún daño aparente. Si no me quedara, estaría toda la noche despierta y preocupándome por cómo estarías.

—Grace habló contigo —dijo Luc.

Se había despertado justo cuando Bella había estado bañando a la pequeña y preparándola para dormir. Le había hecho sentirse muy bien tener a Bella en su casa, haciendo aquellas cosas con su hija.

Todavía le hacía sentirse bien, y se preguntó si Bella y él podrían tener una oportunidad de estar juntos.

Había tenido dudas sobre ella, pero esas dudas parecían haberse

despejado. En aquel momento sabía la verdad sobre lo que había ocurrido aquella última noche en Milán y sospechaba que, aunque había sido muy injusta con su tía, Bella no había tenido intención de causarle ningún daño a María.

Natalie y Dominic le habían arruinado la vida por creer de nuevo en el amor. Deseaba que fuera distinto, pero nunca lo sería. Le habían hecho demasiado daño, y él mismo había causado mucho dolor como resultado; ya no era capaz de abrirse a la posibilidad de que le volvieran a herir.

—Yo… me he divertido preparando a tu hija para dormir —dijo Bella en un tono dulce.

Quizá fuera algo de su aspecto físico, o la vulnerabilidad que denotó al sentarse a su lado. O quizá fuese que él se había dado cuenta de cuánto deseaba tenerla en su vida.

Se dio cuenta de que necesitaba a Bella y de que la única manera de afrontarlo era decirle la verdad a ella, toda la verdad sobre su pasado, y así poder seguir adelante.

—Hay algo que necesito decirte.

Luchino se levantó de la cama y tomó un albornoz que había en el cuarto de baño de su habitación. Una vez se lo hubo puesto, regresó al dormitorio y se sentó al lado de Bella.

Ella comenzó a ponerse nerviosa, preguntándose qué sería lo que quería contarle.

—¿Qué quieres contarme?

Luc esbozó una dura mueca que denotó dolor, arrepentimiento y muchas más cosas junto con el deseo que sentía por ella.

—Es sobre Grace.

Estaban dados de la mano, y Bella no sabía cuándo lo había agarrado o si había sido él quien lo había hecho. Luc le acarició la mano y ella pudo sentir el torbellino de emociones que se estaba apoderando de él.

De alguna manera aquello provocó que ella no pudiera controlar sus propios sentimientos, el dolor, el miedo y la incertidumbre que había estado sintiendo durante los últimos meses.

Luc se levantó a cerrar la puerta de la habitación.

—No es probable que Grace se despierte, pero si lo hace, no quiero correr el riesgo de que oiga esta conversación. Y tengo que contártelo, Bella. Te deseo… y sé que necesitamos resolver las cosas entre nosotros.

Comenzó a andar por la habitación.

—Aquella última noche en Milán, después de que Natalie irrumpiera en el comedor y se acercara a nuestra mesa, para decirte

que era mi esposa, y que tú te marcharas, me dijo que estaba de acuerdo en que nos divorciáramos. Había reservado una habitación en un motel y tenía a un abogado esperando. Simplemente teníamos que firmar los documentos.

Bella trató de no revelar lo sorprendida que estaba ante aquello.

—Aunque una parte de mí quería ir tras de ti para tratar de explicarte las cosas, no podía hacerlo en aquel momento.

Parecía que la frustración de todo aquello le invadió a medida que continuaba hablando. A Bella le dio un vuelco el corazón.

Luc se había preocupado mucho por ella, había querido arreglar las cosas con ella aquella última noche.

—Tenía que aceptar la oferta de Natalie —espetó—. Había estado esperando durante demasiado tiempo para conseguirlo, y significaba asegurar que Grace estuviera conmigo.

—¿Incluso entonces querías que Grace estuviera contigo? —preguntó Bella—. Pero la abandonaste.

—Sí —reconoció él, invadido por el dolor—. No tengo excusa, pero te explicaré qué fue lo que ocurrió. Natalie esperó a que los documentos estuvieran firmados y autentificados por el abogado para después decirle al hombre que se marchara. Se sirvió una copa del minibar de la habitación y brindó por el mayor estúpido que nunca había conocido.

La voz de Luc estaba muy tensa, dejando claro el efecto que todo aquello había tenido sobre él.

—No… no comprendo —dijo Bella, levantándose y mirando a Luc a la cara. Deseaba abrazarlo y consolarlo, pero se contuvo.

—Yo me casé con ella porque, a pesar de mis precauciones, Natalie estaba embarazada. Quería hacer lo correcto con ella y con el bebé. Entonces nació Grace, prematuramente —Luc hizo unos gestos con los dedos en el aire—. Natalie alardeó del miedo que sentía por nuestro bebé cuando, según lo calificó ella, se puso de «parto prematuro».

Si no había sido realmente un parto prematuro…

Luc prosiguió hablando. Parecía que ya que había comenzado, quería contarlo todo.

—Que los bebés sean grandes es bastante común en mi familia, así que el peso y tamaño de Grace parecían normales, teniendo en cuenta que nació, según creía yo, prematuramente.

De nuevo, Luc esbozó una dura mueca.

—Pero de hecho, nació más tarde de lo que debería haber nacido. No era hija mía. Natalie ya estaba embarazada de ella cuando nos conocimos.

—¿Pero por qué debería tratar de engañarte y atraparte en un matrimonio cuando el bebé no era tuyo?

Bella vio reflejado en los ojos de Luc el horror de todo aquello, el dolor que le había causado. Se sintió enferma. Que cualquier mujer le hubiera hecho algo así le parecía absurdo. No podía comprenderlo, pero estaba claro que la esposa de Luc lo había hecho.

—No lo sé. Quizá para que todo «quedara en familia», por decirlo de alguna manera —Luc se rió con dureza—. Natalie sintió un gran placer cuando mandó salir al abogado con los papeles firmados por mí, papeles en los que me cedía a mí la custodia de Grace. Entonces fue cuando me dijo que Grace era hija de mi hermano, Dominic. Se había quedado embarazada de él antes de empezar a salir conmigo. Yo no era el más rico, pero Dom no respondió ante ella como Natalie había esperado. Cuando se quedó embarazada, él se negó a dejar a su esposa e hijos para casarse con ella.

—¿Así que ella se fijó en ti? —la atrocidad de todo aquello estaba consumiendo a Bella.

Se preguntó el efecto que todo aquello habría tenido en la capacidad de Luc de confiar en las personas. La combinación de la furia y de la empatía que estaba sintiendo debido a lo impresionada que estaba la hizo temblar.

—Oh, Luc, lo siento tanto. Debiste haber estado tan disgustado aquella noche.

—Fui a buscarte, para explicarte todo y pedirte que te quedaras, pero entonces te vi saliendo de la habitación del gerente del espectáculo.

—Y concluiste que yo, también, había optado por cualquier opción que me conviniese.

Bella no estaba enfadada. Simplemente estaba… triste por él, por todo lo que tenía que haber sufrido.

—Está bien, Luc, entiendo la impresión que debiste llevarte al verme salir de allí.

Luc asintió con la cabeza y tragó saliva.

—Pero la niña era de Natalie. ¿No quería tenerla consigo, tanto si tú eras el padre como si no?

—Ella se quedó embarazada para atrapar a Dominic y que se casara con ella. El bebé no fue más que una estratagema. Nunca se acercaba a Grace. Luché por ello hasta que me di cuenta de que no podía ganar. Entonces luché para que Grace se quedara conmigo porque Natalie no la quería ni la amaba. Luc estaba emocionado.

—Gané esa batalla. Me quedé con el bebé y con el conocimiento de que Natalie sólo me buscó a mí cuando Dominic se negó a poner en peligro su matrimonio admitiendo la paternidad de la niña.

Bella estaba asombrada ante todo aquello. E indignada.

—Me enfrenté a Dom más tarde. Me dijo que no podía evitar si yo había sido suficientemente crédulo como para casarme con Natalie y que no era su problema si ella se había quedado embarazada de un hijo suyo durante una aventura amorosa que nunca iría a convertirse en nada más.

Luc se dio la vuelta para hablar de cara a Bella.

—No debí dejar que importara, pero permití que la traición de la esposa a la que había tratado de amar y del hermano al que había admirado me llenaran de dolor, dolor que me apartó de Grace. Ella era inocente y estaba indefensa. Me necesitaba. Pero tras aquella noche sólo seguí adelante guiado por el sentimiento de traición y dolor.

—Oh, Luc —Bella no sabía qué decir.

—Contraté una niñera para que cuidara de Grace y me alejé de ella. Utilicé como excusa el hecho de que estaba ampliando el negocio familiar por Europa, pero yo sabía la verdadera razón —los ojos de Luc reflejaban mucho dolor—. Iba a ver cómo estaba una o dos veces al año y, cada vez que veía a Grace, veía mi dolor, mis necesidades. Me convencí a mí mismo de que no disponía de más tiempo para ella. Tenía que trabajar.

Bella tembló ante aquello, y su propio dolor y sufrimiento afloraron. No quería echarle las culpas a Luc, ya que podía sentir cómo le afectaba todo aquello, pero… ¿cómo podía aceptar aquel abandono?

—Grace se escapó —dijo ella.

—Sí. Ignoré a la niña que había reclamado como mía. Hice que Grace fuera tan infeliz, provoqué que estuviera tan convencida de que sólo su ausencia me agradaría, que se escapó —dijo Luc, muy tenso al recordar todo aquello—. Yo estaba en Italia de pura casualidad cuando ocurrió. Pero incluso así, transcurrieron cinco horas desde que me enteré de que había desaparecido hasta que la encontré, acurrucada en una casucha de unas pequeñas granjas muy lejos de donde había salido.

Bella no quería ser testigo del dolor de Luc durante más tiempo, como tampoco quería sentir lo que estaba sintiendo en aquel momento; el recuerdo del abandono de sus padres, el dolor de sus hermanas. Y el suyo propio.

Pero Luc tragó saliva y continuó hablando.

—Fue hasta allí andando. Podían haberla secuestrado, atropellado, o se podía haber muerto de hambre allí escondida antes de que nadie la hubiese encontrado. Traicioné a mi hija, Arabella, al igual que tus padres os traicionaron a vosotras.

Luc dijo aquello de una manera muy dura; sentía asco de sí mismo.

—He decidido contarte esto con la esperanza de que, si lo sabías, podríamos dejarlo atrás y… tener algo juntos. Pero estaba equivocado, ¿no es así? No se puede dejar atrás. No sé en lo que estaba pensando.

Bella se quedó mirándolo. Entendía el dolor que él sentía, pero eso no borraba lo que había ocurrido.

—Lo siento, Luchino —dijo, dirigiéndose hacia la puerta—. Lo siento. Por favor, entiende que yo no… Yo comprendo, pero no puedo apartar mis sentimientos al respecto.

Bella sabía que lo que él necesitaba era que ella dijera que no importaba… pero no podía hacerlo.

—Me voy a quedar porque Grace no se puede quedar a solas contigo, por si acaso te pones enfermo —dijo a duras penas. Tenía un nudo en la garganta—. Pero por la mañana me marcharé y… quiero que me dejes encargarme de vender el resto de mis vestidos a solas. Sabes que no me detendré hasta que no los haya vendido todos, y es mejor si… no nos vemos para trabajar juntos nunca más.

—Creo que entonces ya tengo mi respuesta —dijo Luc, dándose la vuelta—. Por lo demás, seguiré haciendo lo que crea que es mejor para mi tía. Si ello implica que tenemos que asistir juntos a más actos sociales, esperaría que fueras.

—Por favor, recapacita sobre ello —pidió Bella, sin poder mirarlo a los ojos.

—Ahora mismo no puedo darle más vueltas al asunto. Te informaré de lo que decida.

Capítulo 11

Había pensado que lo abandonáramos todo, Arabella, pero esta invitación cambia las cosas —dijo Luc, dejando un sobre de papel de vitela sobre el regazo de Bella.

Ella estaba sentada en la suave hierba desde la que se veía el río Yarra.

Era lunes. Habían estado separados menos de dos días y, en ese tiempo, Bella había estado más desesperada por él de lo que lo había estado durante los últimos seis años. Pero eso no importaba, no importaba cuánto deseaba volver atrás en el tiempo y decirle que sí, que quería estar con él, que podía olvidar su pasado. No podía hacer eso.

—Has estado alejado durante dos días, no has telefoneado. Supuse que no querías trabajar más conmigo en ningún proyecto —dijo, levantándose y mirándolo a la cara.

Pero con sólo mirarlo le temblaba todo el cuerpo, y afloraron todas sus emociones. Agarró el sobre con fuerza.

—¿Cómo me has encontrado?

—Primero fui a la tienda, y Hannah me indicó que estarías aquí. María estaba ocupada, atendiendo a un cliente.

Bella se preguntó por qué se sentía tan mal al haberse alejado de él. No tenía nada que ofrecerle aparte de un pasado lleno de dolor por el abandono de sus padres. Y ella no podía aceptar el que él mismo hubiese abandonado a su hija.

—No debiste haber venido, Luc.

—¿Crees que ha sido fácil mantenerme apartado de ti? ¿Puedes entender lo aturdido que estoy y cómo me duele pensar en ti? Dime que tú también has pensado en mí.

Bella había pensado en él noche y día, hasta creer que iba a enloquecer.

—No. Por favor, no digas… —no pudo continuar hablando.

Sin mirar dentro del sobre, se lo devolvió, respirando profundamente.

—Gracias por traerme la invitación pero, sea lo que sea, no quiero participar.

—Nos han invitado a Milán, al mismo desfile en que hace seis años comenzó todo —dijo, empujando la mano de ella con la invitación hacia atrás—. Ábrela. Léela. Y entonces dime que puedes darle la espalda a una oportunidad de tal magnitud de hacer tus vestidos mundialmente conocidos.

—¿El mismo desfile? —Bella bajó la mirada a regañadientes.

Entonces abrió el sobre. La invitación provenía de la familia

Montichelli, no de Luc, y ella se preguntó por qué habrían hecho eso.

—Dime que no les has pedido que hicieran esto.

—La invitación ha sido toda una sorpresa para mí.

—¿Entonces por qué la han mandado? Tú te apartaste de ellos. Estás tratando de comenzar de nuevo, de ser parte de una familia junto con María.

Luc se encogió de hombros.

—Mi propósito es ser una dura competencia para ellos en el mercado de la joyería artesanal. Según parece, han tenido a alguien informándoles de mis progresos, aquí en Australia, y ahora quieren comprobar mi trabajo más de cerca, en su propio territorio.

—Seguro que hay lugar para ellos y para ti en la industria de la joyería. No necesitan hacerte ir a Milán para investigar tu mercancía.

—También examinarán tus creaciones, y es por tus méritos propios por los que quieren que tus vestidos estén en el desfile. Sólo invitan a los mejores —dijo él, metiéndose las manos en los bolsillo de los pantalones.

Bella lo deseaba tanto que le dolía. Bajó la vista hacia la invitación.

—¿Saben tus padres… lo de Grace?

—Si se lo dijera, no me creerían —contestó, mirando al agua—. Para ellos, Dominic no puede hacer nada malo. Siempre ha sido así.

—Mándales una nota informándoles de que no estaremos allí —dijo Bella, a quien no podía importarle menos lo que la familia Montichelli pudiese hacer por su carrera.

Era de Luc del único que se… preocupaba.

—O si no quieres hacerlo, lo haré yo en nombre de los dos.

—Vamos a ir. Tendrás la oportunidad de hacer tus vestidos mundialmente famosos.

—Sería como si tú se los estuvieses vendiendo a ellos. No quiero hacerlo —dijo Bella, que no podía evitar sentirse tan vulnerable.

Luc le tomó una mano.

—No me importa mi familia. Esto es por ti. Quiero que aproveches esta oportunidad.

Bella pensó que sentir la piel de él sobre la suya dolía… pero a la vez era maravilloso.

—Pero… —dijo, levantando la mirada.

—No discutas más —dijo él, dulcificando el tono y mirándola a los ojos—. Por favor, no me impidas darte esta oportunidad. Es una oportunidad única en la vida. Quiero que la aceptes.

—Si es lo que quieres —susurró ella, sin permitirse pensar en ello—. Iré.

Aquél sería el último acto, como la última representación de una obra de teatro. Y quizá volver a Milán sería la mejor manera de terminar con todo aquello.

—Esto merecerá la pena, Bella. Sé cómo comenzaron las cosas entre nosotros cuando yo me mudé aquí pero, lo creas o no, ahora tu éxito es importante para mí simplemente porque quiero que lo tengas.

Antes de que Bella pudiese decir nada, Luc se dio la vuelta para regresar por donde había venido.

—Le diré a María lo que está ocurriendo para que podamos comenzar con los preparativos. Estoy seguro de que apoyará la idea y de que te dará todo el tiempo libre que necesites para tenerlo todo preparado.

Mientras Bella lo miraba como atontada, él se marchó.

Tras un momento, Bella se enderezó y lo siguió. No le importaba su situación en todo aquello, pero en interés de Luc iba a hacerlo lo mejor que pudiera. Haría que él estuviese orgulloso. Y entonces todo habría acabado entre ellos.

Tendría que dejar a sus hermanas de nuevo, pero se dio cuenta de que por primera vez no le preocupaba. Chrissy y Sophia se podrían cuidar la una a la otra si lo necesitaban y, teniendo a Nate tan pendiente de la salud de Chrissy, su hermana estaba en buenas manos. Darse cuenta de que ya no era la única persona que amaba y se preocupaba por sus hermanas le hizo sentirse extraña, pero Nate estaba allí para compartir esa tarea con ella.

—No debes ni pensarlo —dijo María, alzando la voz—. No debes ir, Luchino. Y Bella tampoco debe ir. ¡Nadie debe ir!

Bella oyó el tono afligido de la voz de su jefa cuando entró en la tienda. Se acercó a ellos. Afortunadamente no había ningún cliente en la tienda en aquel momento.

—Supongo que Luc te ha informado de la invitación que nos han hecho para asistir al desfile de la familia Montichelli en Milán —dijo Bella, que comenzó a pensar que sólo tenían un par de días para prepararlo todo.

Se preguntó si la familia de Luc lo habría preparado de aquella manera a propósito, para que así él no tuviera tiempo de prepararse para el desfile.

—Es una oportunidad única para que mis vestidos se conozcan,

María —dijo Bella, acercándose al lado de Luc. ¡Después de todo se sentía bien al estar a su lado!

Luc la miró con la admiración reflejada en los ojos.

—No tienes por qué ir, y mi Luc, él no debería tener que enseñarles sus joyas. ¡No les debe nada! —dijo María, alterada.

—¡Oh, María! —exclamó Bella.

Su jefa había dejado claro con sus palabras que le tenía mucho afecto a Luc, pero también un miedo que estaba directamente relacionado con su familia.

—Luc y yo hemos decidido ir. Estoy segura de que todo irá bien —Bella miró entonces a los ojos de Luc—. Es una oportunidad magnífica de introducir mis diseños en el mercado internacional. Si Luc lo desea, haré todo lo que pueda para tener mucho éxito en el desfile.

Y cuando finalizara, trataría de alejarse de él con dignidad. De alguna manera lo conseguiría.

La mirada de Luc se dulcificó.

—¿Luchino? ¿Has insistido en hacer esto? —preguntó María, agitada. Le temblaban las manos—. ¿No puedo hacer que cambies de opinión?

—No voy a cambiar de idea, pero tú no tienes que preocuparte por ello —le tranquilizó Luc, tomándole ambas manos—. Tú te quedarás aquí y cuidarás de todo mientras Bella y yo hacemos el viaje. Volveremos antes de que te des cuenta. No tendrás que… acercarte a ellos.

Pero María no se relajó ni accedió. En vez de ello, agitó la cabeza.

—Si insistes en esto, iré contigo. Ellos no… Si yo estoy allí delante… No es por mí por quien estoy preocupada… —no terminó de hablar y bajó la mirada.

—¿Quizá si me dijeras qué es lo que te preocupa? —provocó Luc.

Pero María esbozó una dura mueca y negó con la cabeza. Parecía tan afectada que a Bella le dolió verla de aquella manera.

Entonces, antes de que Bella o Luc pudiesen decir nada más, María tomó el teléfono del mostrador.

—Nos esperan unos días muy ajetreados por delante —María parecía dispuesta a sumergirse en aquello, ya que la decisión estaba tomada—. Luc, ve a tu tienda y trae las piezas que más te gustaría mostrar en el desfile. Haremos todo lo que podamos para combinarlas con los vestidos apropiados, pero estoy segura de que entiendes que ello implica un compromiso.

María respiró profundamente antes de darse la vuelta hacia Arabella.

—Tú, Arabella, ve a los percheros y maniquíes y pon lo que creas que vas a querer lucir en el desfile. Cualquier vestido que termines antes del viaje también se podrá mostrar. Veré lo que puedo hacer para que alguien me sustituya en la tienda mientras estamos las dos fuera, para que así Hannah no se quede sola.

—Está bien, María —dijo Bella, un poco menos preocupada por su jefa—. Me pondré a ello inmediatamente.

—Arabella, primero concédeme un momento, por favor —pidió Luc, apartando a Bella—. ¿Podrías conseguir a las mismas modelos que hemos estado contratando? ¿Las mismas que vinieron con nosotros al desfile de Sidney?

—Eso espero. Cuando te marches, me pondré en contacto con ellas. Sé que, si pueden, dirán que sí. Les vendría muy bien participar en ese desfile, y estoy segura de que cualquier agente estaría de acuerdo —Bella no pudo esconder lo emocionada que estaba. Incluso se ruborizó—. Para ellas también será una oportunidad de oro.

A Luc le agradaba ver el entusiasmo de Bella, ya que todo aquello era por ella… Y por él, ya que no estaba preparado para alejarse de ella, y de aquella manera la mantenía a su lado durante más tiempo.

—Tus vestidos dejarán huella en Milán. Quiero esto por ti, Arabella. Apartando todo lo demás, quiero que tengas el placer de ver tus vestidos sobre esa pasarela. Quiero que disfrutes del aprecio y respeto que obtienes del público y de los colegas de profesión.

—Es diferente a simplemente ser una modelo. Esto será mucho más importante, aunque trate de que no lo sea. Quiero tener éxito por mí misma, pero también… por ti —dijo ella, mirándolo a los ojos.

Luc pudo ver la vulnerabilidad de ella, su preocupación por él. Quería abrazarla e insistir en que intentaran tener algo.

Pero no sabía si podrían hacer funcionar las cosas entre ellos. De hecho, pensaba que no podrían. El pasado de ambos les había robado esa oportunidad.

—Grace y su niñera vendrán con nosotros. No voy a dejar aquí a Grace mientras regreso al país en el que ella sufrió tanto. Quizá se preocupara de que fuera a apartarme de nuevo de ella.

—Me parece un sentimiento muy bonito, ¿pero crees que es acertado llevarla y que esté cerca de tu familia? —preguntó Bella en un tono muy bajo—. ¿Y si tú hermano la ve?

—Iremos a Italia, pero regresaremos juntos a Australia… para que sepa que me tiene y que nada cambiará eso… Será bueno para Grace —dijo Luc, que realmente creía en aquello—. Dominic no intentará ni siquiera mirarla. Por lo que a él respecta, yo me ocupo de la niña y adiós muy buenas. Así que no tengo miedo de la estabilidad emocional de Grace. Le advertiré a Heather de que la mantenga apartada de la familia, pero no hay ninguna razón por la que se vayan a cruzar ambos caminos.

—Supongo que de todas maneras no la reconocerían. Ella simplemente será una niña con una niñera. ¿Por qué irían siquiera a mirarla? —dijo Bella, tocándole el brazo a Luc—. Entiendo lo que quieres decir.

Él le tocó a su vez la mano y la miró a la cara, a los ojos. La mirada de ella brilló, reflejando un inesperado enfado.

—Me gustaría darle una patada a tu hermano en la rótula por su comportamiento.

Luc sonrió; le agradó que a ella no le gustara Dominic, aún sin haberlo visto.

—Prepárate para el desfile, Arabella —dijo, dándole un suave beso en los labios. No pudo resistir la tentación.

El calor se apoderó de Luc cuando ella apretó las manos y se acurrucó en él. Quizá fue un acto involuntario, pero lo hizo, y Luc respondió en un nivel primario.

Se dijo a sí mismo que no debía abrazarla, que no ¡debía suplicarle que se quedara allí bajo su abrazo ni debía tratar de que se quedara allí para siempre.

—Prepárate para el desfile —repitió él—. Si necesitas ayuda con algo, dímelo y te ayudaré.

—Este es el último acto social —advirtió Bella—. Cuando termine… tú y yo habremos acabado.

Capítulo 12

—¡Lo conseguimos!—llevada por la emoción del momento y la euforia de haberlo logrado, Bella permitió que sus sentimientos se desbordaran—. Nuestros diseños han sido los más populares.

La presentación de los vestidos de Bella había terminado, y Luc se dirigía a la apartada sala donde se iban a reunir con María, con Heather y con Grace.

Habían estado trabajando duramente durante siete días, y aquella noche ponía el punto y final a todos los desfiles. Luc estaba contento. Pero la felicidad de Bella le hizo sentir una satisfacción y placer muy profundos. No estaba preparado para dejar de verla.

Bella se acercó a él y lo agarró del brazo. Él la abrazó justo cuando aparecieron María, Heather y Grace.

La nostalgia se apoderó de él. Deseaba a Arabella. Quizá no supiera cómo lograr que ella se quedara con él, pero deseaba estar con ella y demostrarle cuánto significaba para él.

—Cuando nos hayamos despedido de los demás, saldremos por ahí los dos solos. Le demostraremos a Milán cómo podemos celebrar nuestro éxito.

A Bella le fascinaba aquella ciudad; los edificios históricos, los teatros, las catedrales…

—¿Te gustaría ver algo de la ciudad por la noche conmigo? Hace frío, pero nos podemos mantener calientes el uno al otro y después… —dudó si seguir hablando—. Después quiero llevarte a mi habitación y que hagamos el amor.

Bella dio un grito ahogado y, tras un momento, respiró profundamente.

—Sí, sí —dijo, ruborizándose.

Luc supo que ella había entendido su invitación y que la deseaba tanto como él. La miró a los ojos y vio deseo y confusión reflejados en ellos, así como emoción y… ¿esperanza?

—¿No te has vuelto a encontrar con tu hermano? Mientras trabajaba con las modelos detrás del escenario, no me di cuenta de si lo hiciste.

—No he vuelto a hablar con él desde la primera noche, cuando admitió que la invitación había sido idea suya. Con nuestros padres de viaje, dudo que siquiera sepan que yo estaba invitado.

Luc había buscado a Dominic la primera noche que hubieron llegado, para preguntarle si pretendía crear problemas. Lo encontró en el bar del hotel, borracho. Se había negado a responder, pero lo que no había previsto había sido que los diseños de Luc fuesen a llegar a ser mejores que los que estaban ofreciendo la familia.

—Lo acabo de ver de reojo cuando pasábamos por el bar. Si me invitó para valorar la calidad de mi trabajo, seguramente que esté arrepintiéndose.

—Ése es su problema —dijo Bella con el enfado reflejado en la cara—. Se tiene bien merecido que tus joyas hayan acaparado más atención que las de tu familia.

Entonces se acercaron al grupo y vieron que María no podía contener la sonrisa.

—¡Ha salido tan bien! Incluso desde bastidores podía ver el éxito que estaban teniendo los vestidos y las joyas —entonces su sonrisa palideció un poco al mirar a Luc a la cara—. No has salido a encontrarte conmigo tan pronto como yo había esperado. ¿No… no habrá ocurrido nada desagradable que te haya detenido?

—Queríamos felicitar a las modelos y darles una bonificación económica para que así puedan disfrutar de su última noche en Milán —Luc sonrió mientras acercaba a Bella a su lado.

—¿Ha salido todo bien, *papa*? ¿Nos marchamos a casa mañana? —preguntó Grace, cuya voz reflejaba lo cansada que estaba.

Luc la tomó en brazos y le dio un beso en la mejilla. La pequeña se abrazó estrechamente a su cuello. Él cerró los ojos; su corazón rebosaba gratitud por los puentes que habían logrado cruzar en su relación.

—Todo ha salido bien, y sí, mañana nos vamos a casa. Si esta noche duermes bien y mañana desayunas como es debido, habrá tiempo para un *gelato* antes de que salgamos hacia el aeropuerto.

—¡Qué rico! También quiero limonada —dijo Grace, bajándose de los brazos de su padre y tomando a Heather de la mano—. Vamos a la cama. Estoy muy cansada. Tengo que dormir mucho antes de levantarme por la mañana.

Mientras Grace y su niñera se marchaban de la sala, Luc miró a Bella, sonriendo. Ante su sorpresa, Bella lo abrazó con fuerza.

—Tu hija tiene más confianza y está más despreocupada cada día —dijo, apartándose levemente—. Creo que no tiene ninguna duda de que su papa la quiere.

—Gracias por decir eso.

Sólo Bella y Luc sabían cuánto significaban aquellas palabras.

—Ha sido una noche muy larga, así como lo han sido estos días pasados —dijo María, que parecía temblar por los sentimientos reprimidos que la embargaban—. Me alegro de que todo haya acabado. He estado tan preocupada…

—No tienes nada de lo que preocuparte —dijo Luc.

El mismo también había estado muy preocupado por su

hermano y por el efecto que todo aquello podría tener en María. Se acercó a su tía, le tomó una temblorosa mano entre las suyas y la abrazó.

—Sabes que me lo puedes contar, *zia*. Lo que ocurrió en el pasado. Haré lo que sea para que no sufras y no estés preocupada. Ahora tú eres mi familia y quiero que confíes en mí.

A María se le llenaron los ojos de lágrimas y apretó la mano de Luc.

—Luchino, yo quería protegerte, pero debería haberme enfrentado a los hechos, debería haberte dicho lo que yo había hecho cuando te acercaste a mí en Melbourne. Simplemente tenía mucho miedo de que me rechazaras, de que te enfadaras conmigo, y por eso he estado dejándolo.

Según hablaba, a María le temblaba la boca.

A Luc se le formó un nudo en el estómago. Estaba muy confundido e inquieto.

—¿Qué quieres decir, *zia*?

A María le volvió a temblar la boca mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas…

—Quiero decir que soy… que soy tu…

—Bueno, bueno, bueno. ¡Qué imagen más agradable!

Al reconocer aquella voz que denotaba enfado, Luc se apartó de María y se acercó a su hermano.

—Dominic —dijo, tratando de proteger a su tía y a Bella. Frunció el ceño—. ¿Qué quieres? Estás borracho.

—Ha sido pura casualidad que tus diseños hayan sido los más populares. Todavía eres el segundón, y siempre lo serás.

—Querrás decir que soy un segundón para ti —dijo Luc, apretando las manos—. ¿No te has parado a pensar que a mí no me importa lo que tú pienses, o lo que piense nadie? Ya no me importan esas cosas. He seguido hacia delante.

—No te atrevas a llamar a Luchino «segundón». Él es mucho mejor hombre de lo que tú nunca podrás llegar a ser —dijo Bella tras de Luc, agarrando a éste con fuerza por el brazo.

—Deja en paz a Luchino —dijo María.

—Mejor todavía… —Luc miró a su hermano y sintió desprecio y pena por él.

Se preguntó cómo habría sido capaz de negarse a reclamar a Grace como hija suya.

—¿Por qué no te vas a casa, hermano?

Al ver que Dom se negaba a moverse, Luc se dirigió a María y a Bella.

—Subid arriba. Me reuniré con vosotras cuando termine con esto.

La expresión de la cara de Bella dejó claro que no quería dejarlo solo, pero agachó la cabeza y tomó a María del brazo.

—Vamos, María.

—Buenas noches, *zia*, mañana continuaremos con nuestra conversación. Acuéstate y no te preocupes por nada —entonces Luc se dirigió a Bella—. Te veré pronto.

—Ella no es tu tía, Luchino —las duras palabras de Dominic cargaron el ambiente de tensión.

Bella dudó qué hacer y trató de llevarse a María de allí. Pero su jefa se quedó pálida y parecía que no podía moverse.

Luc sintió ganas de agarrar a su hermano por la garganta y apretar hasta que el desdén que éste sentía se apagara. Dominic no tenía derecho a hacer daño a María, y estaba claro que lo había hecho, aun cuando él no entendía qué era lo que había querido decir Dominic.

Se planteó si la familia había excomulgado a María legalmente. Miró a su tía y sintió un profundo vínculo con ella. Fuera cual fuera la verdad, no iba a permitir que Dominic la hiriera.

—Márchate, Dominic. Márchate ahora mismo y quizá considere no hacerte daño.

—Vamos, María. Marchémonos —pidió Bella, tirando del brazo de su jefa.

—Pobre y tonto Luchino. No te enteras, ¿verdad? —dijo Dominic, mirando a continuación a María y de nuevo a Luc—. Eres el único que no lo sabe. Otra vez. ¿Cómo te hace sentir?

Luc se acercó a agarrar a Dominic de la solapa de la chaqueta.

Pero su hermano se echó para atrás, riéndose salvajemente. Pudo oír a María comenzar a sollozar mientras le pedía a Dominic en italiano que lo dejara, que le permitiera ser ella la que se lo dijera.

Entonces Luc sí que se sintió como el tonto; el único que no sabía de qué hablaban. Agarró a su hermano de la camisa, sin darle tiempo esa vez de apartarse.

—Dime qué es. Cuéntame este gran secreto que crees que me dejará hundido.

Al ver lo enfadado que estaba Luc, Dominic se calmó un poco. Entonces se soltó.

—Ella es tu madre, una mujerzuela. La familia debía haber renegado de ambos. Pero nuestro abuelo era débil. Te mantuvo en la familia porque yo era su único nieto, y él pensaba que, por si

acaso, nuestros padres debían tener dos hijos.

Aquello dejó paralizado a Luc, que estaba luchando por asimilarlo cuando Dominic continuó hablando.

—¡Yo estaba harto! Pero el abuelo insistió en que te criaran como hermano mío. No debías haber estado ahí. Nuestros padres siempre lo supieron. Les molestaba tu sola existencia.

Luc miró a María y le quedó todo claro. Sintió como si se lo hubiese tragado la tierra, enterrándole en la oscuridad hasta que no pudiera ver nada, hasta que no pudiera respirar. Él era hijo de María. La miró a la cara y deseó que su hermano desapareciera de allí.

—Vete, Dominic, ahora mismo.

Éste comenzó a reírse… hasta que miró a Luchino a los ojos. Dejó de reír y sus ojos reflejaron miedo. Entonces levantó la barbilla.

—Tengo la sartén por el mango, hermano. Te puedo hacer daño. Si esto no es suficiente, puedo quitarte a la mocosa…

—¡Luc! —exclamó Bella, poniéndose delante de él y agarrando el puño que había levantado él—. ¿No te das cuenta de que es eso lo que quiere? Una pelea en público para darte mala imagen. No le des ese placer —entonces miró a Dominic—. Es una pena de hombre. Ya tiene demasiadas cosas con las que cargar en su conciencia.

—No me pesa la conciencia —dijo Dominic, levantando la cabeza y mirando sin rastro de remordimiento. Pero se mantuvo a cierta distancia a Luc—. Soy un hombre felizmente casado con tres hijos. Puedo hacer lo que quiera. No tienes ningún tipo de control sobre mí, Luchino. Me río ante la idea de que pienses que puedes darme órdenes…

—¿Ah, sí? ¿Crees que iba a dejar las cosas como estaban y no dar pasos para proteger a mi hija y sus intereses, Dom? —dijo Luc.

Le satisfizo observar la intranquilidad que reflejaba la cara de su hermano.

Bella estaba disgustada, María lloraba, y el causante de todo era Dominic. Pero iba a aprender de lo que Luc era capaz.

—¿No te has percatado de la imparable venta de acciones en tus tres compañías más importantes durante los últimos años? Cada vez que tienes un agujero financiero, hay alguien que te compra unas cuantas acciones.

Luc hizo una pausa.

—Vamos a ver. ¿Cuáles han sido las más recientes canalizaciones? Ah, sí. Cien invitados a un casino durante un fin de

semana con todos los gastos pagados, ¿no es así? Y antes de eso, un crucero por el mundo con todos tus tan «renombrados» amigos.

—¿Cómo puedes saber todo eso? —preguntó Dominic, que parecía estar encogiendo de tamaño ante aquellas revelaciones.

Bella estaba en silencio al lado de Luc, todavía agarrándolo de la mano. Tomó también la mano de María, que se había secado las lágrimas y estaba mirando a Dominic llena de furia.

—A través de una administración financiera, he comprado las suficientes acciones de tus empresas como para poder hacerte la vida muy desagradable si tratas de hacernos de nuevo daño a María, a mí, o a cualquier otro miembro de mi familia. ¿Me entiendes, Dominic? Trata de herir a aquéllos que yo quiero y seré yo el que te haga daño a ti.

Dominic comenzó a decir una serie de improperios, se dio la vuelta y se marchó. Pero había comprendido.

Entonces Luc se dirigió a María y a Bella, cuya cara reflejaba impresión y confusión.

—Vamos a llevar a *zia* María a su habitación —dijo Luc, que deseaba apartar a María de las miradas indiscretas—. Éste no es lugar…

—Estoy de acuerdo. María debe darte una explicación —dijo Bella con la voz calmada.

Pero Luc pudo sentir el remolino de emociones que se había apoderado de ella. Se preguntó si estaría culpando a María por haberlo abandonado.

Se planteó si él mismo lo hacía. Pero incluso si quisiera culparla, él era la última persona en tener ese derecho.

—Dejemos que María se recomponga y que me dé esa explicación.

—Lo haré. Te lo prometo, Luchino —fue todo lo que pudo decir María, que estaba muy emocionada.

Se dirigieron a la habitación de María en silencio, un silencio cargado de emociones. Luc no sabía qué decir, ni qué pensar, ni qué desear. No sabía ni para qué tenía que prepararse.

Al llegar a su habitación y abrir la puerta, a María le temblaron las manos al indicarles a ambos que entraran. Todavía estaba muy pálida, pero parecía dispuesta a aclararlo todo.

—No quiero molestar, y además no estoy segura de querer enterarme de más cosas. Mis hermanas y yo… Luc y tú deberías arreglar esto los dos solos.

—Pero Luchino te necesita a su lado —dijo María, levantando la cabeza. Su expresión reflejaba orgullo y humildad—. Sea lo que sea

lo que pienses de mí, Arabella, tanto si me condenas como si no, quiero que estés aquí para… mi hijo.

Luc frunció el ceño. Estaba a punto de decir algo cuando Bella se le adelantó.

—Por favor, perdóname, María. Esto es muy difícil para mí porque me recuerda mi propio pasado y hace que me comporte de manera… protectora con Luc. Pero no quiero hacerme ideas preconcebidas sobre ti.

—Por favor, quédate —le pidió Luc a Bella, a la mujer que tanto significaba para él.

Finalmente Bella asintió con la cabeza y todos entraron en la habitación. Se sentaron alrededor de una mesa.

Bella tomó la mano de Luc entre las suyas, y éste le dirigió a María la mirada más alentadora que pudo.

—¿Qué ocurrió, María? ¿Cómo fue que tú acabaste viviendo en Australia y yo acabé viviendo con la familia de Dominic?

—Fue como ha dicho Dominic —María apretó las manos con fuerza. Su expresión reflejaba la tensión a la que se había visto sometida durante aquellas últimas semanas.

—¿Te quedaste embarazada… sin estar casada? —preguntó Luc, que sabía que por aquel entonces era un asunto peliagudo.

—Sí —a María le temblaron los labios, pero fue capaz de contener las lágrimas. Parecía dispuesta a contarlo todo sin desmoronarse.

—¿Por qué? ¿Por qué me dejaste marchar y nunca trataste de conocerme? Por lo menos después, cuando hubiera pasado todo, podrías haber…

—Permítele que se explique —reprobó Bella con dulzura.

Bella había crecido, había cambiado durante las últimas semanas. Luc pensó que quizá habría cambiado lo suficiente como para aceptarlo con toda su historia.

—Me quedé embarazada de ti cuando tenía dieciséis años, Luchino —susurró María, mirando al suelo. Pero entonces levantó la cabeza y miró a su hijo directamente a los ojos, con el dolor y el sufrimiento reflejado en los suyos—. Pensaba que estaba enamorada, pero la familia pagó a tu padre para que me abandonara. Se marchó del país y me dejó sola. Entonces me dieron a elegir; o te entregaba a los padres de Dominic cuando nacieras, momento en el que me tenía que marchar y no volver a verte nunca, o ellos harían que me fuera imposible encontrar trabajo ni ayuda en Italia si me quedaba contigo. Yo no tenía dinero ni esperanza…

Luc se percató de que los que habían tenido la culpa de todo aquello habían sido sus abuelos, no María.

—Fueron unos monstruos al hacerte eso, María. Debió de ser tan duro para ti… —dijo Bella, rompiendo el silencio que se había creado.

—Me compraron un billete de avión para Australia —prosiguió María, mirando a Luc, apesadumbrada—. Trabajé muy duro y con los años logré crear mi propio negocio, pero también me gasté dinero para consolarme cuando me deprimía. Y eso se ha convertido en un hábito muy difícil de abandonar.

—Entonces yo aparecí en el mundo que habías construido y te causé incluso más angustia —dijo Luc, que en realidad no se arrepentía de haberlo hecho.

María se acercó para tomar la mano que su hijo tenía libre.

—Sólo me angustié porque no sabía cómo decirte la verdad. ¡Quería hacerlo y suplicarte que me dejaras ser tu madre de nuevo!

Bella se llevó el puño a la boca. Se levantaron. Luc tenía agarrada la mano de María, mientras Bella apretaba su hombro contra él de la misma manera que había visto que hacía con sus hermanas; como una muestra de solidaridad que le llegó al corazón.

—Fuiste a Australia e hiciste de tu vida un éxito —Luc carraspeó —. Pero nunca trataste de ponerte en contacto conmigo.

Saber aquello dolía. Apretó su hombro contra el de Bella, ya que sabía que ella había pasado por lo mismo cuando sus padres las habían abandonado.

—Escribí a los padres de Dominic, lo cuales me dijeron que eras feliz y que estaban encantados contigo. Me dijeron que te querían y que con ellos estabas muy seguro —explicó María, suplicándole a su hijo con los ojos que la perdonara—. No quise amenazar tu felicidad. Después, cuando te convertiste en un hombre, sentí… que no tenía ningún derecho a aparecer en tu vida.

María esbozó una pequeña y triste sonrisa.

—Cuando escuché los mensajes que me habías dejado en el contestador automático, apenas podía comprender qué estaba ocurriendo, pero tenía miedo de verte, tenía miedo de que ya supieras lo que yo había hecho y de que me odiaras. Tenía miedo de que lo único que quisieras fuera decirme todo eso. Pero tú no fuiste feliz con ellos, ¿no es verdad? Lo siento tanto.

María comenzó a llorar, y Luc no pudo soportarlo más. Abrazó a su tía, a su madre, y mientras lo hacía se dio cuenta de que Bella también se acercó a hacer lo mismo.

—No llores, *zia*, *mamma*. No estoy enfadado —Luc tragó saliva

con fuerza y la abrazó aún más estrechamente—. No estoy enfadado. Lo comprendo. Yo he… yo también he hecho cosas. Algún día te lo contaré.

Decidió no hacerlo en ese momento, ya que María ya había tenido suficiente.

Parecía que Bella también se había dado cuenta, porque acarició el brazo de María.

—Estás agotada. Creo que sería buena idea si ahora descansaras.

Luc estuvo de acuerdo. Quería que Bella lo abrazara, en privado. Quería respirar su aroma y dar rienda suelta a los acalorados sentimientos que lo tenían agarrotado por dentro. Tenía una madre. Era maravilloso, extraño e increíble. Pero era estupendo e iba a asegurarse de que aquello funcionara.

Dejó de abrazar a María, pero no soltó su mano.

—Todavía puedo seguir siendo tu hijo durante mucho tiempo, si tú deseas tener esa relación conmigo.

—Sí, sí —dijo María, comenzando a llorar dé nuevo.

Luc volvió a abrazarla y lo hizo durante largo rato.

—Vete a la cama —le dijo a su madre cuando por fin la soltó—. Prométeme que vas a descansar y que no te vas a preocupar por nada. Lo que ha ocurrido esta noche es estupendo. Y el futuro también lo será. Nosotros haremos que así sea.

—Me gustaría mucho que así ocurriera —dudó si seguir hablando y esbozó una temblorosa sonrisa—. Hijo mío.

—Buenas… buenas noches —dijo Luc, temeroso de desmoronarse.

Sacó fuerzas y se dirigió a la puerta. Mientras Bella abrazaba a María y se despedía de ella, respiró profundamente para recomponerse.

Cuando Bella lo alcanzó y ambos salieron al pasillo, él trató de tomarle la mano y, cuando ella lo aceptó, suspiró aliviado.

—No quiero marcharme. Quiero… necesito abrazarte.

—Es lo que yo también necesito —admitió Bella.

En la habitación de María, mientras Luc había asimilado lo que le había confesado su madre, ella misma se había dado cuenta de una cosa. Amaba a Luc. Lo había amado desde hacía seis años. Y ese amor era muy fuerte en aquel momento, muy profundo y completo. Le embargaba el corazón, el alma y el cuerpo. Deseaba a Luchino, lo necesitaba, así como necesitaba demostrarle esos sentimientos…

—Le tengo que decir la verdad a Grace —espetó Luc mientras se dirigían hacia el pasillo donde estaban sus habitaciones. Se detuvo al llegar a la puerta de la suya—. Hay gente que lo sabe y no puedo

protegerla completamente de que llegue alguien y se lo diga. Es mejor que se entere por mí.

Bella también se detuvo, y los recuerdos de lo que había ocurrido en aquel mismo hotel hacía años se apoderaron de su mente. Pero los apartó; sólo eran recuerdos.

—Grace todavía es muy pequeña y ha tenido miedo. No sé si está preparada…

—No, todavía no —dijo Luc—. Pero cuando esté preparada, cuando se sienta segura, se lo contaré para que lo sepa y no le puedan hacer daño con ello.

—Sí —dijo Bella, que sintió cómo el deseo de tener a Luc crecía dentro de ella.

Él le acarició la mejilla y ella presionó su cara contra la palma de la mano de Luc. Pero se advirtió a sí misma que las cosas entre ellos no estaban completamente resueltas.

No habían arreglado sus problemas. Pero parecía que Luc ya confiaba en ella. No quería discutir, todo lo que quería hacer era demostrarle lo que sentía por él.

—Llévame adentro, Luchino. Has dicho que necesitabas abrazarme y quiero que lo hagas.

Le acarició el pecho y dejó su mano sobre el corazón de aquel hombre al que amaba.

—*Dio*, Arabella, preciosa mía —dijo Luc, temblando al dirigir su mano a tocar la cara de ella, a acariciarle los labios—. ¿Sabes lo que estás aceptando? —entonces la abrazó.

—No pasará nada entre nosotros que ambos no deseemos —le dijo ella al oído.

Con un leve gruñido, Luc sacó la llave de la habitación de su bolsillo y abrió la puerta, apresurando a Bella a entrar.

—Quiero hacerte el amor, tener intimidad contigo y no dejarte marchar nunca. ¿Me entiendes, Bella?

Ella no podía pensar en otra cosa que no fuera en el hombre que tenía delante y en lo que le pedía su cuerpo, que era que estuviese con él en aquel preciso momento.

—No te echo la culpa de lo que pasó con… con Grace. Y… te deseo mucho. Necesito que tus brazos me abracen, necesito oír tu corazón latiendo acompasadamente con el mío.

—Bella, *mia cara*. ¡Te he deseado tanto! —dijo, abrazándola con fuerza y respirando su aroma.

Bella sintió cómo le temblaban los brazos a Luc, cómo le latía el corazón contra el suyo.

—Por favor, Luchino, hazme el amor —pidió, apartando

cualquier duda de su mente…

Capítulo 13

—Te voy a hacer el amor entregándote todo mi corazón, Bella *mia* —susurró Luc. Habían ocurrido tantas cosas que todavía se sentía nervioso.

Amaba a aquella mujer. Quizá la había amado desde la primera noche que la había visto, hacía seis años en aquel mismo hotel.

—No hay nada que desee más que hacerte el amor, Bella. Lo admito —se sinceró, abrazándole la espalda—. Permíteme demostrarte…

Luc la deseaba tanto que le aterrorizaba, ya que aquel deseo hacía que perdiera el control y le dejaba indefenso. Pero no se podía apartar. Tenía que poseerla.

—Luc. Yo… te necesito —dijo Bella desde lo más profundo de su corazón. Tenía hambre de él, pero eso era sólo el principio. Su corazón lo anhelaba y, aunque eso la aterrorizaba, tenía que acercarse a él.

—Entonces tócame y siente cómo mi cuerpo arde por ti —ordenó Luc, colocando la mano de ella sobre su pecho. La miró profundamente a los ojos.

Bella sintió cómo le quemaba la piel y cómo se le aceleraba el corazón.

Luchino era fuerte y a veces aquella fortaleza le hacía parecer inflexible, pero tenía un corazón muy bondadoso que había mostrado aquella noche, así como también en anteriores ocasiones.

Bella le había pedido que se alejara de ella y que saliera de su vida. Dio un grito ahogado al recordarlo, preguntándose cómo iría a ser capaz de vivir sin él. En aquel instante parecía imposible. Presionó su cuerpo contra el calor y el hambre de él.

—Quiero tocarte, Luc.

En realidad necesitaba hacerlo; pensaba que, si no lo hacía, iba a morir…

—No quiero tener que parar.

Luc se rió ásperamente, provocando que a Bella le recorriese un escalofrío por la espina dorsal.

—Estoy ardiendo de deseo, por dentro y por fuera. No puedo pensar en otra cosa que no seas tú.

Entonces comenzaron a desnudarse. Debajo del vestido que llevaba aquella noche, Bella sólo llevaba bragas y unas medias sujetas por ligas negras. Luc le acarició los pechos para después bajar la cabeza y comenzar a besarlos. Ella cerró los ojos y dejó que las emociones se apoderaran de su cuerpo. Con cada caricia, él dejaba claro la adoración que sentía por ella. Con cada palabra que

murmuraba la alababa, le dejaba claro cuánto la deseaba y necesitaba.

Luc la besó con una delicadeza exquisita y les quitó a ambos el resto de la ropa que tenían puesta. Entonces la abrazó estrechamente y fue a echarla sobre la cama, mirándola a los ojos.

—¿Luc? —a Bella le temblaron las manos y se abrazó a su cuello. Le tembló la boca y la apretó contra la mejilla de él.

—No digas nada. Simplemente deja que te haga el amor.

Ambos se miraron a los ojos, y una corriente de profunda pasión les invadió; tenían hambre de algo más que lo físico, y eso era lo que a ella le daba miedo.

Pero entonces se le olvidaron todos los miedos al sentir el abrazo de él, un abrazo que parecía abarcar todas sus esperanzas y sueños, sus miedos y necesidades…

—Yo nunca he…

Parecía que él lo sabía. Una fiera mirada de posesión y determinación marcó la expresión de Luc.

—Bella. *Dio* —dijo, poniéndose sobre ella. Le temblaron los brazos al ir a acariciar su cara—. Eres tan preciosa. Quiero adorar tu cuerpo hasta que grites por mí…

Entonces comenzó a hacer justo eso, y la llevó al límite de la pasión… hasta que ella pensó que no podía sentir nada más, momento en el cual llevó a ambos al clímax de los sentidos.

Cuando se hubo calmado, la abrazó. Ella supo que nada la había preparado para aquello y que nada de lo que vendría después se asemejaría a lo que acababa de vivir.

Luc le acarició la espalda posesivamente y tapó a ambos con el edredón, arropándolos cálidamente.

Bella se acurrucó junto a él y luchó contra el súbito ataque de pánico que le entró al enfrentarse a lo que todo aquello había significado para ella. Se había dado cuenta de que amar a Luc le dejaba sin control; estaba indefensa ante él.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Luc, abrazándola con fuerza.

Pero Bella no podía contarle sus incomprensibles miedos. Por lo menos no en aquel momento en que ni ella misma podía enfrentarlos.

—No pasa nada. Estoy bien.

Luc la acurrucó contra él y ella tuvo que reprimir las lágrimas que comenzaron a brotar de sus ojos para que él no se percatara. Entonces se quedaron dormidos.

Por la mañana temprano, se ducharon juntos. Mirándola a los ojos, Luc le enjabonó el cuerpo. Bella no podía apartar la mirada,

no podía dejar de mirar la intensidad, las promesas y la determinación que veía reflejados en los ojos de él.

Se le aceleró el corazón de manera peligrosa y tentadora al mismo tiempo que los miedos que la noche anterior le habían acechado aparecieron de nuevo.

Amar a Luc y aceptar sus sentimientos hacia él la dejaría siendo muy vulnerable. Le entregaría su corazón y él podría hacerle daño.

Se preguntó si podría aceptar a su hija y amarla como Grace se merecía o si, de nuevo, se vería agobiada por sentimientos de ineptitud y por una incapacidad de dar más.

Ese tipo de compromiso era implacable y absorbente, y Bella lo sabía muy bien; ella había agotado sus reservas al guiar a sus hermanas tras el abandono de sus padres.

Luc también parecía preocupado. Se vistieron y desayunaron mientras amanecía.

Tras hacerlo, Luc apartó su taza de café y dirigió su mirada hacia el sofá para mirar a Bella, con tal expresión de determinación reflejada en la cara que… la asustó.

Entonces ella se levantó, sujetando el albornoz que llevaba puesto con fuerza.

—Me debería ir. Nos marchamos hoy…

Luc también se levantó y habló calmadamente.

—Estoy enamorado de ti, Arabella. Lo he estado durante mucho tiempo. Anoche lo acepté, y no creo que hacer el amor fuera tampoco para ti sólo un acto físico. Creo que sientes algo por mí, algo muy profundo. Y quiero tener esos sentimientos conmigo, cueste lo que cueste.

Bella quería creer que Luc hablaba en serio, pero su pasado estaba repleto de pérdidas, había sufrido mucho y, en aquel momento, cuando quería creer en él, cuando quería creer que podía responder a aquel amor que él le ofrecía, cuando quería ser lo suficientemente fuerte como para entregarle sus emociones… se dio cuenta de que no podía.

Se sintió enferma porque creía sinceramente que no podía hacerlo.

—Por favor. Esto es demasiado. No puedo… —no pudo continuar hablando.

E incluso en medio de todo aquel pánico se preguntó si él realmente la amaría. Quería aferrarse a esa esperanza, agarrarse a ella. Pero no podía.

—Anoche fue maravilloso —susurró, tratando de no pensar en las solitarias noches que le esperaban.

Pero era mejor detener todo aquello en aquel momento, antes de aprender a confiar en él y que sus deficiencias aparecieran.

—No sabía que iba a llegar a esto. Tú dejaste claro que nunca te comprometerías de nuevo con una mujer.

—Pensaba que sabías que había cambiado —dijo él, mirándola a la cara.

—Yo… yo, no puedo… Tenemos que regresar a Australia, a la vida real —dijo Bella, deseando marcharse en aquel mismo momento y no parar hasta llegar a su habitación en su piso de Melbourne, para encerrarse en ella—. Esto sólo ha sido…

—Esto «no sólo ha sido»… —comenzó a decir Luc, cuyos ojos reflejaron el enfado que empezó a sentir.

Bella no podía mirarlo. Él era todo lo que su corazón había estado deseando desde hacía seis años. Pero en aquel mismo hotel ella había construido sueños y, en aquel momento, quería su amor incluso más de lo que lo había hecho en el pasado, pero…

—No puedo cambiar lo que soy o lo que siento. No puedo darte el amor que necesitas, Luc.

Un amor incondicional, ilimitado. Eso era lo que quería Luc, y ella quería que lo tuviera, pero no sería ella quien se lo diera. No podía dar esa clase de amor porque estaba rota por dentro.

Entonces se dirigió hacia la puerta.

—¿Qué ocurre ahora, Arabella? —preguntó él, cuyo cuerpo irradiaba tensión, mirándola a los ojos, exigiendo respuestas que ella no podía darle.

A Bella le dolió el corazón; era un dolor profundo y pesado porque no quería perderlo, y sabía que así iba a ser.

—Se ha acabado. Sé que serás parte de la vida de María, y lo respeto y apoyo. Hablaré con ella para poder trabajar más desde casa. Estoy segura de que podemos arreglar las cosas de tal manera que yo vaya menos a la tienda. Nuestros caminos no se tendrán que cruzar mucho.

—A pesar de todo lo que ha ocurrido, estás decidida a tirar todo esto por la borda —dijo, esbozando una dura mueca—. Ya no eres una quinceañera que está tratando de soportar el abandono al que ha sido sometida. Eres una afectuosa y bondadosa mujer joven capaz de comprometerse… si eso es lo que eliges.

Luc se dirigió hacia la puerta y la abrió. Entonces se echó para atrás.

—Lo más que puedo creer es que no eliges hacerlo —dijo sin tratar de retenerla.

Bella quería y necesitaba que la tocara, que la abrazara…

Pero se dijo a sí misma que debía acostumbrarse a ello; que de aquella manera iba a ser su futuro.

—No me arrepiento de lo que ocurrió anoche —dijo, mirándolo a los ojos y levantando la barbilla—. Fue la experiencia más maravillosa de mi vida y nunca la olvidaré.

—Pero no me amas lo suficiente como para quedarte conmigo.

Bella no podía responder. Con el corazón roto, salió de la habitación y se marchó.

Durante tres días, Bella apenas comió, ni durmió, ni habló a sus hermanas. No había podido imaginarse cuánto podía doler aquello. Cada día que iba a la tienda de María era una tortura, ya que estaba constantemente preguntándose si Luc iría a entrar.

Quizá algún día él encontraría a alguien que lo amara como él se merecía. Le dolió el corazón al pensar que aquello podía ocurrir, y no pudo terminar el *sandwich* que había llevado para comer al lado del río.

Cuando vio a una niña pequeña correr hacia un pequeño puente que había sobre el río, se quedó mirando un momento hasta que se dio cuenta de que era Grace. Dio un grito.

Era sábado por la tarde, la tienda había cerrado y ella había ido allí para pensar, para tratar de encontrar un poco de paz antes de regresar al piso.

Volvió a gritar al ver que Luc estaba allí y que se detenía delante del banco en el que estaba sentada ella.

—Hola, Arabella —sin esperar a que ella contestara, se sentó a su lado—. Esperaba encontrarte por aquí.

Parecía calmado, pero uno de los músculos de su barbilla se puso en tensión y apretó las manos.

—He venido mucho por aquí estos últimos días. Parece que no puedo hacer ejercicio, ni beber té, por lo que coser es ahora mi trabajo…

Bella no podía hacer nada de lo que hacía normalmente para aliviar la tensión, por lo que la gran bola de nervios e infelicidad se estaba haciendo cada vez más grande dentro de ella. Ni incluso cuando sus padres las habían abandonado podía recordar haberse sentido tan deprimida.

—¿Por qué has venido aquí, Luc? ¿No sería mejor que te mantuvieras apartado?

—Arabella, he cometido errores. He sobrevivido al engaño de mi ex mujer y de mi hermano para luego hacer daño a mi hija; la

persona a la que más tenía que proteger —Luc apretó las manos con más fuerza—. No quiero que esto, que nosotros, también seamos un error. Estamos hechos el uno para el otro, tú y yo. Si pudieses confiar en mí…

—Quiero hacerlo —todo el amor que Bella sentía por Luc la invadió—. Quiero estar contigo.

Se percató de que Grace se estaba bajando del puente y que se echaba en un montículo cubierto de hierba, pero no podía dejar de pensar en aquello. Por primera vez, admitió el resto de sus miedos.

—Yo no tengo nada que darle a… una familia. Durante meses he luchado para tratar de controlar mis sentimientos, me he sentido vacía e infeliz, de alguna manera desconectada. Te amo, Luc, tanto que a veces me duele sólo al respirar y saber que no estás ahí. Me preocupo por Grace y quiero estar en vuestras vidas, pero los recuerdos de mi pasado se oponen a ello. Tratar de dar tanto, tratar de amar tanto, me asusta. ¿Qué ocurriría si me comprometo contigo y no logro ser una buena madre para tu hija?

Lo miró, desnudando sus sentimientos ante él.

—¿Qué ocurriría si no fuese suficiente para ti? ¿Si te fallara de alguna manera? ¿Si no quisieras estar más conmigo? ¿Qué ocurriría si yo diera y diera y luego no hubiese nada más que dar?

—Yo siempre te querré y te amaré, Arabella.

Aquellas palabras tenían la misma áurea de verdad que cuando él le había hablado a su hija en términos similares.

—Y mientras tú des, yo también lo haré. Nos llenaremos el uno al otro si me permites darte ese apoyo.

—No comprendo —dijo Bella, pero de repente recordó.

Recordó a Chrissy, enfadada y decidida, la primera vez que hubo llevado a casa el cheque con el que le habían pagado en el trabajo. Le había suplicado que le dejara aportar aquella cantidad de dinero para los gastos de la familia. Le había dicho que sabía lo que estaba haciendo y que era su decisión.

Recordó a Soph, cuando todavía había estado en el colegio, perdida, con miedo, pero decidida a compartir el peso de la carga emocional que le correspondía. Le había pedido que le hablara de cómo se había sentido cuando sus padres les hubieron abandonado, ya que nunca había hablado de ello. Le había dicho que ella podía abrazarla.

Sólo había sido en los últimos meses cuando Bella había comenzado a mostrar sus debilidades, sólo un poco, ante sus hermanas. Las había sacado adelante y las había querido, ¡pero había puesto límites en lo que ellas podían hacer en compensación!

—He apartado a todo el mundo de mí —dijo, percatándose de ello—. He estado tan ocupada tratando de mantenerme a salvo, que incluso cuando traté de proteger a mis hermanas, no les permití acercarse a mí completamente.

Pero podía abrirse y dejar que otras personas llegaran al fondo de su corazón. Ella era fuerte. Podía hacerlo. Podía. No era un caso de incapacidad para poder hacerlo o de que no fuera capaz de dar suficiente amor.

El problema era que tenía miedo. Pero tenía que ser más fuerte que sus temores y hacer que éstos la abandonaran.

Sintió esperanza. Se preguntó si el pequeño corazón de Grace se había sentido también invadido por la esperanza como le ocurría al suyo en aquel momento.

—Danos una oportunidad, Bella —imploró y a la vez ordenó Luc —. Cuidar de tus hermanas fue duro para ti; fue una enorme responsabilidad. Las querías mucho y ahora estás empezando a aprender a recibir el amor que ellas te dan para así llenarte. Hay un vínculo muy fuerte entre vosotras tres que nunca se romperá. ¿Has pensado en eso? Nosotros también podríamos crear un vínculo como ése.

La expresión de la cara de Luc insistía en que ella considerara sus palabras y en que le creyera.

—Acepta mi pasado como parte de mí, pero deja que sea yo el que pague por él. No me castigues; soy yo el que tiene que decidir afrontarlo y responder por él.

La verdad era que Luc había respondido por su pasado. Había incluso pagado por él, día tras día.

—Oh, Luc. Perdóname —susurró—. Sé… sé que nunca vas a volver a fallarle a Grace. Quiero que te perdones a ti mismo por ello y, por favor, quiero decirte que sí.

Sí a Luc, sí a Grace y sí a todo. Si era complicado, que lo fuera. Si le dolía cuando las cosas se pusieran difíciles, si se preguntaba cómo irían a salir adelante y si su relación funcionaría, Luc tenía razón; estarían los dos juntos. Ambos se enfrentarían unidos a lo que fuese.

—Una madre para Grace —murmuró ella, abrazando el concepto por primera vez. Había querido amar a la pequeña. Se dirigió a Luc, para decirle que ella sería la mejor madre que le fuera posible y que ya amaba a Grace. ¡Si él pudiera perdonarla!

—Yo puedo vivir de nuevo con una niñera.

Al oír la voz de Grace, Bella levantó la cabeza.

La pequeña estaba de pie, cerca de ellos, con una expresión muy

seria.

—Quiero que *papa* y tú seáis felices. Yo me marcharé con la niñera Heather, si eso es lo que queréis.

—¡No es lo que quiero! Y tampoco es lo que tu padre quiere —dijo Bella. Sus preocupaciones dieron paso a una ola de amor hacia aquella niña. Se levantó y se acercó a Grace, tomándola en brazos.

Unos suaves bracitos la abrazaron por el cuello, y Bella la apretó suavemente contra ella, hundiendo su cara en el oscuro pelo de la pequeña.

—Quiero ser parte de tu familia, Grace. Quiero amaros a tu papa y a ti, quiero que los tres estemos juntos para siempre. Simplemente tenía miedo de no ser capaz de haceros felices a tu padre y a ti.

Grace se echó para atrás en los brazos de Bella y miró a ésta a la cara.

—Entonces no me marcharé. De todas maneras no estoy segura de que mi *papa* me hubiese dejado —la pequeña sonrió tímidamente —. Porque él me dijo que me quería para siempre.

Bella tragó saliva y bajó a la pequeña al suelo.

—Tu papa no quiere dejarte marchar, y así es como debe ser.

—Después de todo voy a tener una nueva *mamma*, ¿no es verdad? Bella va a ser mi *mamma* —dijo la pequeña, dirigiéndose a su padre.

—Sí. Sí, vas a tener una nueva *mamma* —dijo Luc, emocionado, abrazando a su hija.

—Yo me voy al puente. Me voy a quedar allí durante mucho rato, para ver si veo patos.

Grace tomó la iniciativa de qué hacer, ya que Luc parecía muy perdido.

Entonces le susurró al oído:

—Creo que deberías besarla, *papa*. Funcionó cuando la rana quería a la princesa.

—Gracias, Grace. Lo recordaré.

Entonces Luc observó cómo su hija se dirigía de nuevo al pequeño puente. Cuando miró de nuevo a Bella, ésta no pudo reprimir una sonrisa.

—Hay cosas peores que ser comparado con una rana, ¿lo sabías?

—Lo sé —contestó él, acercándose a ella—. Ven aquí. Quizá tú puedas convertirme en un apuesto príncipe.

Bella aceptó el beso de Luc, poniendo todo su corazón al devolverlo. Tras besarla durante largo rato, él levantó la cabeza, y ella sonrió.

—Sea lo que sea lo que tengamos por delante, lo afrontaremos

juntos —se comprometió Luc.

En lo más profundo de su corazón, Bella sabía que lo decía en serio.

—Siento haber dejado que mis miedos se interpusieran entre nosotros. No puedo soportar pensar en no estar contigo. Te llevo en mi corazón y mi alma. Siempre te he llevado conmigo. Simplemente es que he necesitado todo este tiempo para aceptarlo y admitirlo.

—Bella, amor mío —dijo Luc, mirando hacia delante.

Bella siguió con la mirada lo que miraba él. Grace estaba de pie en el puente, dándoles la espalda, pero mirándoles de reojo sobre su hombro, probablemente pensando que no se daban cuenta. Bella sonrió.

—Grace está segura. No creo que se vaya a mover de ahí hasta que no vayamos a por ella.

Luc sacó algo del bolsillo de sus pantalones; una pequeña bolsita de terciopelo.

—No es un anillo convencional, pero representa mis sueños sobre un futuro contigo.

Entonces sacó el anillo y miró a Bella fijamente.

—Di que te casarás conmigo, Bella. He esperado tanto tiempo.

A ella se le nubló la mirada y la emoción provocó que se le creara un nudo en la garganta, pero parpadeó para apartar las lágrimas y miró el anillo de oro y nácar.

—Es precioso. Al darle la luz se ven más colores reflejados en él.

—Nuestras vidas serán igual. Serán más ricas a medida que pasemos más tiempo juntos —entonces le puso el anillo y le levantó la barbilla—. No lo has dicho.

—Me casaré contigo —dijo ella, poniéndole la mano sobre el corazón—. ¡Oh, sí, me casaré contigo!

Luc la abrazó y la besó hasta que ella se derritió en sus brazos y lo deseó con toda su alma.

Cuando dejó de besarla, la miró a los ojos y frunció levemente el ceño.

—Estoy acostumbrado a hacer lo que quiero, a estar al mando. A veces tengo que luchar contigo para tener el control.

—A mí también me gusta tener el control, pero estoy aprendiendo que a veces debe ser compartido, o incluso cedido durante un tiempo a otra persona. Ello implica confianza, y yo confío en ti, Luc —dijo, acariciándole el pecho—. Solías llevar algo aquí, sobre tu corazón.

—Una fotografía de Grace —dijo él, mirando a su hija—. Desde que se escapó, no quería olvidarme de ella, ni siquiera durante un

minuto. Ahora llevo la fotografía en mi cartera. Me he dado cuenta de que ella está en mi corazón todo el tiempo, tanto si tengo recuerdos físicos como si no.

—Tú estás en mi corazón de la misma manera.

Bella se dio cuenta de que era verdad. Él era el amor de su vida. Siempre lo había sido y siempre lo sería. En su dedo, el anillo brillaba a la luz del sol. Sabía que era un diseño único.

Entonces miró al puente y vio que Grace había desistido de fingir que los estaba ignorando. La pequeña estaba bailando sobre el puente, emocionada.

—Quiero más pequeños como ella —dijo Bella.

Quería darle hermanos a Grace, el compromiso de una familia, para siempre.

—Quiero estar contigo a solas. Quizá no para darle esos hermanos a Grace justo ahora, pero te quiero en mis brazos. Quiero quedarme dormido amándote, despertarme a tu lado y amarte de nuevo, saber… que no va a terminar.

Luc se detuvo para respirar profundamente.

—Siento haber creído lo peor de ti sobre tu acuerdo con María. Eres muy generosa, y me equivoqué contigo.

—Gracias por reconocerlo. Ambos nos hemos equivocado, pero eso ya es parte del pasado.

Entonces se acercaron a Grace. Bella sonrió al ver a la pequeña quedarse muy quieta cuando los vio. Le tendió la mano a la niña.

—¿Te importaría si empiezo a ser tu nueva *mamma* ahora mismo? No estoy segura de que pueda esperar a casarme con tu padre para serlo.

—¡Sí! Vamos a la casa para decirle a Heather que tengo una nueva *mamma* —dijo Grace, emocionada—. ¿Quiere esto decir que tendré hermanos? Me gustaría.

—Es una posibilidad —dijo Luc, abrazando los hombros de Bella.

—Bien —dijo la pequeña, tomando una mano de cada uno en las suyas y comenzando a dirigirse al sendero por el que habían entrado—. Tenemos que hacer una fiesta. No puede haber un anillo y besos sin una fiesta.

Luc y Bella sonrieron. ¡Estaban de acuerdo!

Epílogo

—Este jardín es muy embriagador, ¿no crees? —dijo Luc, mirando las flores del jardín de detrás de la tienda de Joe, donde predominaba el rosa—. Después de esto, estoy seguro de que voy a apestar a flores durante una semana.

Luc hablaba en voz baja para no ofender a su anfitrión.

Joe, el mecánico, el anfitrión en cuestión, estaba sobre la barbacoa. Parecía que a Bella y a sus hermanas les gustaba cómo cocinaba su amigo. No se habían separado del musculoso hombre desde que había comenzado a cocinar. Luc podía haber sentido celos de su novia, de su futura esposa. Pero Bella le había explicado que eran sólo amigos.

—Las chicas le animaron a crear este jardín —dijo Nate Barret, sonriendo—. Joe se hizo amigo suyo cuando ellas se mudaron aquí, y eso significó mucho para todas.

—Entonces yo también le tengo que estar agradecido —dijo Luc, atento a Bella.

Cuando ella lo miró y le sonrió coquetamente, a él se le aceleró el corazón. Entonces Grace le tiró de la manga de la camisa para reclamar su atención.

—¿Qué quieres, *piccola*? —preguntó, agachándose al nivel de su hija.

—¿Podemos probar la comida? —preguntó la pequeña, sonriendo—. Huele muy bien.

Luc tomó en brazos a su hija.

—Podemos comer lo que quieras. Quizá tu abuela tenga alguna sugerencia de lo que deberíamos probar primero.

María estaba al lado de Bella y de las hermanas de ésta. La tensión que su madre había tenido reflejada en los ojos ya había desaparecido. Al verlos acercarse, sonrió.

—Aquí está mi nietecita —dijo María con orgullo y placer. Entonces miró a Luc con los mismos sentimientos reflejados en la mirada.

Grace había aceptado sin problemas que María hubiera pasado a ser su abuela en vez de su tía. De hecho, le había agradado mucho tener una abuelita.

—Tengo muchos familiares y tendré aún más —anunció Grace.

Joe terminó de cocinar varios pinchos de carne y se los ofreció a los comensales.

—Eso es —dijo Nate, agitando el brazo de la pequeña—. Tienes un padre y una nueva mamá, a tu abuela María, a la tía Chrissy y a la tía Sophia. Y a mí, el tío Nate.

Joe carraspeó y Nate prosiguió hablando.

—Y un tío honorario, porque Joe es como un hermano para Chrissy, Bella y Sophia.

Bella estaba muy contenta. Luc sonreía, ya que su novia estaba más relajada cada día. Sus vestidos se estaban vendiendo rápidamente. ¡Hasta tenía a cuatro empleadas para ayudarla a coser! Él quería casarse con ella lo antes posible…

—¿Cómo está la comida? —preguntó Joe a sus invitados—. Quiero saber si el dinero que invertí en el curso de cocina ha merecido la pena.

—Todo está maravilloso.

—Divino.

—Nunca antes había probado algo tan rico —dijo Sophia—. Quizá yo misma haga un curso de cocina.

—Un brindis —dijo Joe, levantando su lata de cerveza. Carraspeó y miró a Luc y a Bella.

Luc abrazó a su novia, la cual se había mudado con él una semana después de haber aceptado su anillo. Se casarían dentro de un mes.

Era poco tiempo, pero él no podía esperar más.

—Por Arabella y Luchino —dijo Joe.

Todos los demás levantaron sus latas de bebida.

—Que vuestro matrimonio sea estupendo y, si necesitáis una persona que se encargue del servicio de cocina, consideraré ayudaros.

Todos rieron ante aquello. Luc miró a Bella y deseó llevarla a su casa, a su cama, y tenerla allí hasta que ya no pudiera demostrarle de más maneras cuánto la amaba.

De repente, Chrissy se puso tensa e hizo un extraño sonido. Agarró a su marido del brazo y apretó, forzando una torcida sonrisa.

—Hum, ¿sabéis que hemos estado hablando de cuántos familiares nuevos tiene Grace? Pues está a punto de tener otro. Acabo de romper aguas.

—Voy a telefonear a una ambulancia —dijo Bella, apresurándose a tomar su bolso—. Siéntala en una silla, Nathanial —espetó—. ¿No te das cuenta de que la mujer está a punto de dar a luz?

—Dios mío. Deprisa. Voy a acercar el coche a la puerta —Nate agarró a Chrissy por el brazo. Pero la soltó para buscar desesperadamente las llaves del coche en sus bolsillos.

María se acercó a Chrissy y comenzó a tratar de tranquilizarla,

en italiano, por lo que la parturienta no entendió nada.

Luc tomó en brazos a Grace y agarró con su otra mano a Bella.

—¡Daos prisa! El bebé puede llegar en cualquier momento.

—Apagaré la barbacoa —dijo Joe—. Podemos ir en mi cuatro por cuatro. Podemos ir todos, y yo puedo conducir rápido.

Durante un momento de locura, todos comenzaron a dar vueltas, ansiosos, mientras Chrissy estaba allí de pie con los ojos como platos.

—¡Calmaros! —gritó Sophia.

La impresión de ver a la pequeña de las hermanas Gable tomar el mando, provocó que todos se estuvieran quietos.

—Joe, bájale a Chrissy unas toallas limpias de tu piso. ¡Ahora! —ordenó Soph.

—Luc y Bella, llevad a Grace y a María en vuestro coche. Nos veremos en el hospital —dijo, indicándoles el hospital que Chrissy había elegido para dar a luz—. Nate, tus llaves están en el bolsillo de tu camisa. Agárralas, lleva a tu esposa al coche y conduce con cuidado hacia el hospital. Yo iré con Joe y nos veremos allí.

En ese momento, Chrissy gimió y se agarró la tripa.

—Está bien. Conduce con cuidado, pero lo más rápido que puedas —le ordenó Soph a Nate.

Mientras se dirigían a su coche, Bella miró a Luc.

—Estoy a punto de convertirme en tía —dijo, con un brillo protector reflejado en la mirada—. Será mejor que cuiden bien de mi hermana en el hospital.

—Estará bien —la tranquilizó Luc, dándole un fugaz beso en la boca—. Estaremos todos allí para asegurarnos de que así sea.

Bella respiró profundamente.

—Está bien. Tienes razón. No tengo que perder los nervios. Sólo me encargaré de la situación si Nate se desmorona o si los médicos no hacen bien su trabajo o si… —su voz se fue apagando mientras se apresuraban hacia el coche.

Luchino iba detrás de ella, sonriendo.

—Esa es mi Arabella.

Fin